

LA NARRATIVA TESTIMONIAL SOBRE EL SITIO DE QUERÉTARO

ESTRATEGIAS RETÓRICAS DE ACUSACIÓN Y VINDICACIÓN
SOBRE EL ÚLTIMO EPISODIO DEL IMPERIO

Alfonso Milán



CLÁSICOS DE LA
REFORMA LIBERAL



LA NARRATIVA TESTIMONIAL SOBRE EL SITIO DE QUERÉTARO

ESTRATEGIAS RETÓRICAS DE ACUSACIÓN Y VINDICACIÓN
SOBRE EL ÚLTIMO EPISODIO DEL IMPERIO

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

Secretaria de Cultura



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Felipe Arturo Ávila Espinosa

Director General

LA NARRATIVA TESTIMONIAL SOBRE EL SITIO DE QUERÉTARO

**ESTRATEGIAS RETÓRICAS DE ACUSACIÓN Y VINDICACIÓN
SOBRE EL ÚLTIMO EPISODIO DEL IMPERIO**

Alfonso Milán

MÉXICO 2023

Portada: A. Vent, *Rendición de Maximiliano en el Cerro de las Campanas*,
1895 (detalle), óleo sobre tela. Acervo de la Secretaría de la Defensa
Nacional, Dirección General de Archivo e Historia. Sedena.

Primera edición en formato electrónico, INEHRM, 2023.

D. R. © Alfonso Milán

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México (INEHRM),
Plaza del Carmen 27, Colonia San Ángel, C. P. 01000,
Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.
www.inehrm.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

ISBN: 978-607-549-376-3

HECHO EN MÉXICO

*Con afecto para
Mayra, Víctor Ioán,
Myrna y Rosario.*

*Quaeque ipse miserrima vidi
Et quorum pars magna fui.*

VIRGILIO

Índice

| | |
|--------------------|----|
| INTRODUCCIÓN | 11 |
|--------------------|----|

CAPÍTULO 1.

LA NARRATIVA TESTIMONIAL

| | |
|---|----|
| Las formas de la memoria y su escritura | 32 |
| La memoria escrita en el siglo XIX mexicano | 38 |
| Memorias informativas y administrativas..... | 40 |
| La narrativa testimonial, otra forma de la memoria | 51 |
| Presencia de la mentalidad retórica en la cultura letrada del México del siglo XIX | 58 |

CAPÍTULO 2.

ELOGIO Y VITUPERIO

| | |
|---|----|
| Cinco testigos. Perfil biográfico y horizonte (Albert Hans, José Luis Blasio, Bernabé Loyola, Sóstenes Rocha y Francisco O. Arce) | 70 |
|---|----|

| | |
|--------------------------|-----|
| Elogios a la virtud..... | 84 |
| Vituperio al vicio..... | 105 |

CAPÍTULO 3.

DENUNCIA Y REFUTACIÓN

| | |
|---|-----|
| Cuatro testigos europeos. Perfil biográfico y horizonte (Carl Khevenhüller, Samuel Basch, Félix de Salm Salm e Inés de Salm). | 120 |
| Manuel Ramírez de Arellano y su disputa con el lugarteniente del Imperio..... | 154 |
| Vicios, defectos y carencias que motivaron la denuncia | 160 |
| La vindicación | 175 |
| La rectificación | 193 |
| CONCLUSIONES | 199 |
| ANEXO | 209 |
| FUENTES CONSULTADAS | 219 |



Introducción



Uno de los acontecimientos de mayor trascendencia para el México del siglo XIX fue, sin lugar a duda, la Intervención Francesa y el Segundo Imperio. Autores mexicanos y extranjeros han estudiado esta etapa desde distintas perspectivas. Los estudios históricos han tratado temas como las ambiciones coloniales de Napoleón III, la aparente simpatía entre el conservadurismo mexicano y la intervención, la disputa militar entre republicanos e imperialistas, la lucha civil de Juárez y los liberales, la personalidad de los soberanos Maximiliano de Habsburgo y Carlota de Bélgica, las representaciones artísticas y culturales, entre otros tópicos, produciendo, así, una extensa historiografía del periodo.

En 1970 Martín Quirarte escribió *Historiografía sobre el imperio de Maximiliano*, un texto ambicioso, dedicado a analizar las producciones más importantes sobre el tema. No obstante, el análisis quedó reducido a nueve ejes de discusión,¹ porque, a decir del autor, “examinar la bibliografía sobre el

¹ Destacan los análisis sobre las crónicas de viaje que alentaron las ambiciones imperialistas de los franceses, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* y *Lettres sur l'Amérique du Nord*, de Alejandro de Humboldt y Michel Chevalier, respectivamente. Éstas revisan la bibliografía de los intervencionistas mexicanos José María Gutiérrez Estrada y José Manuel Hidalgo, así como las producciones de los defensores de la República, entre las que destaca *Revistas históricas sobre la Intervención Francesa*, de José María Iglesias. También estudian las obras producidas durante el Porfiriato en defensa del actuar del gobierno juarista.

referido tema [...] resultaba extremadamente difícil”.² Quirarte sentenció que una de sus pretensiones era que *Historiografía sobre el imperio de Maximiliano* viera la luz en 1967, año en que se celebraba el primer centenario del triunfo de la República, pero nuevos documentos que salieron a la luz, en coincidencia con tal aniversario, retrasaron la publicación.³

En este ánimo de “celebración”⁴ apareció la obra *El sitio de Querétaro según protagonistas y testigos*, prologada por Daniel Moreno y editada por Porrúa. Ésta resultó ser sólo un compendio de las narrativas testimoniales más importantes sobre el sitio, con apenas una breve introducción a las mismas. El texto está dividido en dos apartados. En el primero se encuentran las memorias *Recuerdos de México, memorias del médico ordinario del emperador Maximiliano*, por Samuel Basch; *El sitio de Querétaro: memorias de un oficial del emperador Maximiliano*, del oficial francés Albert Hans; *Apuntes históricos sobre el sitio de Querétaro*, del general Sóstenes Rocha, e *Informe*, del general Mariano Escobedo.

El segundo apartado de *El sitio de Querétaro según protagonistas y testigos* contiene íntegramente el *Memorando sobre el proceso del archiduque Fernando Maximiliano de Austria*. El material fue escrito por los abogados del archiduque, Mariano Riva Palacio y Rafael Martínez de la Torre, y por la trascendencia para éste, también se reproduce íntegramente la Ley del 25 de enero de 1862, promulgada por Benito Juárez y que fue utilizada por el consejo de guerra que sentenció a

² Martín Quirarte, *Historiografía sobre el imperio de Maximiliano*, 1993, p. 7.

³ *Idem*.

⁴ Por su parte, el Gobierno del Estado de Querétaro publicó en el mismo año, 1967, una serie bibliográfica destinada a exaltar los valores de la República. Entre los materiales se encuentra *El sitio de Querétaro: del 11 de marzo al 15 de mayo de 1867*, de Francisco O. Arce, y la amena *El sitio de Querétaro en 1867: Memorias íntimas de Bernabé Loyola*. En el año 2009 ambas obras fueron reimpresas.



muerte a Maximiliano. Estos documentos han sido de vital trascendencia para los diversos estudios que se han elaborado sobre el proceso jurídico del emperador y su posterior ejecución.⁵

Pero *Historiografía sobre el imperio de Maximiliano* tenía otra finalidad: según Quirarte, “abrir ruta para propiciar nuevos estudios sobre el tema”.⁶ Este periodo histórico no ha sido abandonado por los investigadores; al contrario, continúa vigente en el interés intelectual de muchos. Esta afirmación queda sustentada en los trabajos que la comunidad académica ha emprendido durante los últimos años, muchos de los cuales se han acercado a la historia cultural,⁷ política y social.⁸

Entre los trabajos que más destacan se encuentran los realizados por la doctora Erika Pani, *Para mexicanizar el Segundo Imperio* (2001) y *El Segundo Imperio* (2004). Su primer texto puede inscribirse dentro de la historia del ámbito político, y brinda la oportunidad de conocer de cerca el ima-

⁵ José Manuel Villalpando, *Maximiliano frente a sus jueces*, 1993; Jorge Mario Magallón Ibarra, *Proceso y ejecución vs. Fernando Maximiliano de Habsburgo*, 2005.

⁶ Martín Quirarte, *Historiografía sobre el imperio de Maximiliano*, p. IV.

⁷ Los estudios culturales se enfrentan con las formas originarias de capturar la realidad de acuerdo con la lógica de la investigación científica, caracterizada por lineamientos rígidos como la objetividad de la fuente y la posibilidad de entender las acciones a partir de la intencionalidad de los actores. Para autores como Roger Chartier, la historia cultural aborda el estudio de las representaciones y los imaginarios, junto con el de las prácticas sociales que los producen; también se ocupa por los modos de circulación de los objetos culturales. Cfr. Roger Chartier, *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, 1992.

⁸ En esta cuestión, una de las pioneras en el estudio del proyecto asistencialista del Segundo Imperio es Ángela León Garduño. Cfr. Ángela León Garduño, *El proyecto de monarquía social durante el Segundo Imperio Mexicano: (1864-1867)*, 2017.



ginario de los políticos mexicanos que colaboraron de cerca con Maximiliano. Tales personajes estaban convencidos de que el Imperio era un proyecto de gobierno viable, que terminaría con el permanente estado de crisis y guerra en que se encontraba sumido el país desde su independencia.

En lo tocante a *El Segundo Imperio*, es una especie de continuación del trabajo de Quirarte, ya que Erika Pani llevó a cabo un estudio de la producción historiográfica del Imperio. El estudio rescató de manera particular las obras de los viajeros europeos, puso particular atención en las explicaciones que dieron sobre el fracaso de la aventura imperial. Recogió también las versiones construidas por los historiadores mexicanos del último tercio del siglo XIX y principios del XX, generalmente marcadas por la tendencia liberal heredada del ideario juarista.

Otro historiador que se dio a la tarea de estudiar con entusiasmo este periodo de la historia nacional fue Konrad Ratz. De este autor pueden mencionarse dos textos: *Querétaro: fin del Segundo Imperio Mexicano* (2005) y *Tras las huellas de un desconocido. Nuevos datos y aspectos de Maximiliano de Habsburgo* (2008). El primero no es un análisis crítico de la vasta historiografía consultada por el autor, sino resulta una narración de tipo informativa, que va conduciendo al lector por los hechos más importantes de este episodio. Inicia con un breve prelude sobre la Intervención Francesa, para después narrar los sucesos más notables e incluso curiosos ocurridos durante el sitio queretano, como las batallas más relevantes, los intentos por salvar la vida de Maximiliano, su violento fin en el Cerro de las Campanas, el arribo de su cadáver a Austria, hasta la descripción de los monumentos y lugares de memoria que se erigieron en la ciudad con el paso de los años. Konrad Ratz tuvo acceso a documentos inéditos de México y Austria, así como a importante material fotográfico, los cuales enriquecieron de manera notable su obra.



En *Tras las huellas de un desconocido*, Ratz trae a la luz pública cuestiones personales del emperador, como su inclinación a la poesía, el trato que tuvo para con la familia de Carlota, los intentos de acercamiento hacia Benito Juárez, las políticas liberales que trató de establecer en su gobierno, las cartas enviadas a su esposa, su enjuiciamiento y la hipótesis romántica que afirma que el archiduque no murió fusilado.

En el ámbito local, destacan los trabajos de algunos profesores de la Universidad Autónoma de Querétaro, como *Querétaro devastado. Fin del Segundo Imperio* (2007), de Blanca Gutiérrez Grageda; *Miradas sobre los últimos días de Maximiliano de Habsburgo en la afamada y levítica ciudad de Querétaro durante el sitio a las fuerzas del imperio en el año de 1867* (2009), de Ramón del Llano Ibáñez, y el trabajo del historiador y cronista del estado, hoy fallecido, Andrés Garrido del Toral, *A 150 años del sitio de Querétaro y el triunfo de la República* (2017).

La obra de Blanca Gutiérrez versa sobre la destrucción a la que se redujo la ciudad después de concluida la guerra. Estudia el drama humano que vivieron los queretanos y las políticas diversas y contrapuestas que siguieron las autoridades para subsanar los daños. La autora también analizó la polémica participación del coronel Miguel López en la entrega de la plaza a los republicanos.

El texto de Ramón del Llano, por su parte, es una compilación muy similar a la de Daniel Moreno, en tanto que rescata las versiones de otros testigos del sitio. De igual manera, presentó las narraciones del doctor Hilarión Frías y Soto, Carlos Miramón e Ignacio Manuel Altamirano. Mientras que el texto de Andrés Garrido se enfoca en las operaciones militares y el posterior juicio al que fueron sometidos los principales imperialistas.

Empero *Historiografía sobre el imperio de Maximiliano*, de Quirarte, contiene otra invitación sugerente y que se ha atendido: “La narración de los sucesos de Querétaro consti-



tuye la parte más complicada de la historia del imperio”⁹ De tal suerte, este estudio se ha consagrado a una selección de 14 narraciones testimoniales sobre este hecho de armas. Se ha procurado que todos los grandes momentos en la historia del sitio se encuentren representados. Asimismo, se incluyen narraciones castrenses que dan cuenta de las batallas más representativas, testimonios civiles que informaron sobre el ánimo de los queretanos durante las operaciones y las crónicas de varios viajeros europeos, cuyo horizonte de enunciación influyó de manera determinante en la descripción que hicieron sobre las ciudades, y la conducta “contraproducente” de ciudadanos mexicanos y que incidieron, según su mirada, en la caída del Imperio.

Estas producciones, aparecidas apenas un par de años después de la caída de Querétaro, representan una veta fructífera para llevar a cabo un ejercicio hermenéutico. Konrad Ratz señaló que tales testimonios, “a veces contradictorios, a veces compatibles fueron surgiendo algunos problemas sin solución definitiva”.¹⁰ La afirmación resulta bastante atinada, pues muchos testigos centraron su atención en un determinado suceso y omitieron otros, el estilo narrativo es distinto, la manera de juzgar la participación ajena llega a ser polémica al recalcar las virtudes y los vicios de cada uno.

Todas las características mencionadas en los testimonios respondían a un determinado fin, a la necesidad de expresar una serie de motivos personales y colectivos para actuar en un sentido u otro. Sea cual fuere el propósito de estas narraciones, se encuentran enmarcadas bajo ciertos principios dominantes de la época y por el horizonte de enunciación en que se movía cada autor. La comparación de tal

⁹ Martín Quirarte, *op. cit.*, p. 82.

¹⁰ Konrad Ratz, “Nuevas investigaciones en torno a la estancia de Maximiliano en Querétaro”, en Patricia Galeana (comp.), *La definición del Estado mexicano 1857-1867*, 1999, pp. 508-509.



diversidad en estilos y formas en el discurso, así como los diferentes motivos personales que los autores persiguieron en sus narraciones, valiéndose de moldes y géneros retóricos, justifica el presente trabajo.

La metodología utilizada para llevar a cabo el estudio sobre la narrativa testimonial sobre el sitio de Querétaro retoma elementos propuestos por el arte retórico. En este sentido, se adoptó lo que Áron Kibédi denominó *segunda actitud frente a la retórica*, es decir, considerarla como una disciplina paralela a la hermenéutica. Por lo tanto, se toma como el arte de interpretar textos o, en otras palabras, un esquema de análisis del discurso.¹¹ Se entiende por *retórica* la teoría de la argumentación que proporciona un sistema de análisis adecuado para la orientación persuasiva.¹²

Aristóteles definió la retórica como “la facultad de discernir en cada circunstancia lo admisiblemente creíble”,¹³ lo cual reducía al pensamiento retórico al puro *inventio*.¹⁴ (Eta-

¹¹ Áron Kibédi Varga, “Université et limites de la rhétorique”, *Rhetorica*, 2000, p. 18.

¹² El sistema plurisecular de la retórica se puede identificar con una disciplina global del hecho literario y ha demostrado, a lo largo de los siglos, ser lo suficientemente flexible y polifacético como para aplicarse a toda clase de textos. Cfr. Eugenia Houvenaghel, *Alfonso Reyes y la historia de América. La argumentación del ensayo histórico: un análisis retórico*, 2003, p. 22.

¹³ Aristóteles, *Arte poética. Arte retórica*, 2007, p. 86.

¹⁴ La teoría aristotélica sobre la persuasión es una teoría que privilegia el aspecto mental de la retórica, la *inventio*. No obstante, a través de los siglos se han experimentado importantes matices y modificaciones en su estructura teórica y en su misma concepción durante el transcurso de su utilización e interpretación en épocas sucesivas. Por ejemplo, en la República Romana desembocó en el sistema de Cicerón y Quintiliano, quienes desarrollaron y refinaron sobremanera los aspectos de la *dispositio* y *elocutio*. En la Edad Media se presentó una atención especial al componente de organización global del texto, mientras que, en los siglos XVIII y XIX, las aportaciones correspondían principalmente a elementos de exornación verbal del discurso.



pa de búsqueda de pensamientos apropiados para el discurso persuasivo). En efecto, el tercer libro de la *Retórica* de Aristóteles brinda herramientas teóricas sobre la ordenación de ideas y recursos persuasivos con la finalidad de ocultar, modificar, simular o adornar la presentación de los hechos, según unas determinadas conveniencias (*dispositio* y *elocutio*). Esta propuesta aspira a proporcionar los medios técnicos que respondan a las disposiciones psicológicas, morales e intelectuales de los diversos oyentes. Otra finalidad es que se aprovechen las enseñanzas de una ética y de una psicología ya doctrinariamente bien constituidas.

Siendo así, cuando en este libro se hace referencia a la retórica, se habla de todo un sistema mental que retoma estructuras de análisis de la retórica clásica, y que los letrados del siglo XIX conocían, cultivaban e incluso utilizaron para persuadir a los lectores acerca de sus opiniones. No se afirma, sin embargo, que los testigos del sitio de Querétaro, la mayoría de ellos militares, conocieran a la perfección las estrategias retóricas del pensamiento clásico, pero sí se establece que existen en sus memorias, ordenamientos pretextuales (*inventio*) y textuales (*dispositio* y *elocutio*) para sostener una postura y así persuadir¹⁵ a sus

Para Jesús González Bedoya, la evolución histórica de la retórica se vincula con la mentalidad filosófica de la época y, más exactamente, con la base en la valoración de opinión subjetiva en relación con la investigación objetiva. Esto es muy importante, pues, si la verdad se considera como una evidencia racional, sostenida por argumentos lógicos, la retórica se concibe como un método destinado a hallar argumentos válidos e ideas certeras que pueden persuadir sobre lo que se declara. Cfr. Eugenia Houvenaghel, *op. cit.*, p. 23; Tomás Albaladejo, *Retórica*, 1989, p. 19, y Jesús González Bedoya, "Perelman y la retórica filosófica. Prólogo de la traducción española", *Tratado de argumentación*, 1989, p. 10.

¹⁵ Debe entenderse a la *persuasión* como el acto de "llevar a creer algo", "hacer creer", lo cual es distinto de convencer o "hacer comprender". Este último requiere una respuesta excesivamente racional del lector.



lectores de tomar una posición con respecto a los hechos narrados.

En el *Arte Retórica*, establecida por Aristóteles desde el siglo IV a. C. y adoptada por autores posteriores, como Cicerón y Quintiliano, propuso un conjunto de técnicas de persuasión que se desarrollan gracias a un conocimiento previo que permitirá usar esas herramientas con mayor soltura. Dejó claro que en el discurso hay tres elementos: orador, discurso y receptor. Aristóteles, además, sistematizó y estableció una tipología correspondiente, que constituiría el modelo de la preceptiva posterior.¹⁶

Según Aristóteles, el público establece la estructura del discurso partiendo siempre de dos grupos de receptores. Los que toman una decisión sobre el tema planteado en el discurso (géneros deliberativo y judicial) y los que no actúan ni toman postura sobre la cuestión tratada (género demostrativo). Realizó, así, una clasificación tripartita de los géneros.

Una premisa rectora en este texto será observar que varias obras sobre el sitio de Querétaro se pueden comprender a la luz de dos géneros: el género demostrativo o epidíctico (discurso, por lo general, de tipo ornamental y destinado a alabar o denostar a un individuo) y el género judicial o forense (clase de discursos que son utilizados ante un tribunal de justicia). La esencia de este último género es acusar o defender mediante pruebas la participación negativa o positiva de un sujeto en un evento dado.

Antes de entrar de lleno a la comparación entre los géneros retóricos y la narrativa testimonial del sitio de

Recuérdese que la retórica se distingue precisamente de la lógica por incluir argumentos emotivos entre sus métodos básicos. Cfr. Chaïm Perelman y Lucie Olbrechts-Tyteca, *Tratado de la argumentación*, 1994, p. 6.

¹⁶ Bice Mortara Garavelli, *Manual de retórica*, 1991, p. 120.



Querétaro, parece pertinente dedicar el primer capítulo a establecer las diferencias entre la memoria y la narrativa testimonial. Para sustentar las diferencias, se realizará una revisión de los diversos textos que, en el siglo XIX, se rotulaban bajo el término *memoria*. Recordemos que, todavía para el final del referido siglo, la historia no contaba con un estatuto disciplinario propio. Esto implicaba que la cultura letrada, perteneciente al México postindependiente, que incursionaba en ella, recurriera a elementos propios de la literatura, del periodismo o del arte; en suma, a los archivos culturales compartidos por comunidades del conocimiento a lo largo de los años (con las técnicas de la retórica incluidas). El resultado fue la producción de novelas históricas, vindicaciones, periódicos, leyendas y cuadros de costumbres, los cuales también se rotularon con la palabra *memoria*.

De tal manera, el objetivo del primer capítulo será establecer un deslinde entre la memoria, como un proceso de registro, reproducción del pasado colectivo y de larga duración, y memoria referida a una narración en primera persona, de corta duración, en la cual se describen los principales sucesos en los que participaron y fueron testigos quienes las escribieron.

Para referir a este tipo de memoria se ha designado el término *narración testimonial*, cuyas características principales son las siguientes: la escritura como forma de organizar la memoria, la presencia de un evento coyuntural que motiva la *inventio* y la *dispositio*, la observación y participación del autor en el evento, la trasmisión y defensa de un tipo de identidad, y la aportación de pruebas que confirman la participación efectiva o censurable tanto del autor como la de otros sujetos involucrados.

En el segundo capítulo se realizará una lectura, a partir del género demostrativo de la retórica, para observar



cómo los testigos elogiaron o denigraron a otros participantes en los hechos. Cabe recordar que este género hace uso de las técnicas persuasivas destinadas a lograr la admiración y distracción del receptor, el cual no puede juzgar sobre los hechos que se le están narrando. La virtud y el vicio se convirtieron en los elementos que los autores recuperaron para culpar o alabar a los demás. Los autores que se han escogido para ejemplificar esta vertiente son Albert Hans, subteniente francés de artillería; José Luis Blasio, joven mexicano y secretario particular del emperador; Bernabé Loyola, un acaudalado hacendado queretano, y los generales republicanos Sóstenes Rocha y Francisco O. Arce.

Se presenta, en primer lugar, un perfil biográfico de los autores citados y se hace referencia a elementos constitutivos en la enunciación de sus obras. A continuación, se repasa el proceso diegético, aquel en el que el autor y testigo presenta al lector a los implicados en el relato, sus acciones y pensamientos, resalta las virtudes autoproyectadas en sus textos, aunque no sólo las de ellos, sino las de otros sujetos, como Maximiliano, personajes del bando contrario o sujetos colectivos, como el ejército o la población indígena. Las principales virtudes identificadas fueron la fortaleza y la magnanimidad, características que, en el caso de la causa imperial, no fueron suficientes para impedir el colapso de la empresa de Maximiliano.

El género demostrativo también contempla el vituperio, pues admite considerar actuaciones dignas de rechazo y condena. El vicio resulta perjudicial para una causa e influye de manera negativa sobre la buena disposición y virtudes inherentes a un individuo. Los autores revisados también tomaron la palabra para señalar los vicios de otros, entre los cuales se encontraban la injusticia y cobardía.



En el tercer capítulo se analiza la narrativa testimonial que tenía un doble propósito: por un lado, acusar ante la opinión pública las actitudes negativas que otros individuos había adoptado con la finalidad de acabar con el Imperio; por otra parte, observar cómo los acusados también utilizaron la escritura para responder y lavar su honra. En este apartado se ejemplifica utilizando el género judicial, cuyas características se citan brevemente: existe siempre una disputa esencial, se presenta una acusación y una consecuente defensa ante un juez o tribunal, quien debe decidir según las argumentaciones y las pruebas expuestas en cada caso sobre los mismos hechos, para llegar así a una conclusión.

El género judicial posee una mayor carga dialéctica, ya que se enfrentan dos posiciones que proponen soluciones opuestas, destinadas a influir en el veredicto. En este género el uso de las técnicas retóricas es más notorio, puesto que se trata de echar mano de ellas de la manera más eficaz posible para convencer al lector. Lo que convence no deben ser las palabras, sino las pruebas y los hechos.

Bajo este modelo discursivo, se verán algunos autores europeos, entre ellos el conde Carl Khevenhüller, oficial austriaco, heredero de una noble familia austriaca; Félix de Salm Salm, coronel prusiano combatiente de la guerra de secesión norteamericana; y Samuel Basch, médico de cámara de Maximiliano. Ellos lanzaron acusaciones argumentadas, sustentadas en pruebas, tales como documentos, cartas y notas periodísticas, cuya finalidad era persuadir al receptor de que los generales Leonardo Márquez, Miguel Miramón y el coronel Miguel López fueron culpables de la toma de la plaza el 15 de mayo de 1867. En tanto que la princesa Inés de Salm Salm, esposa del coronel prusiano, acusó al doctor Vicente Licea, quien embalsamó el cadáver del emperador, de traficar ilícitamente con la ropa y otras reliquias.



Por su parte, el general mexicano Manuel Ramírez de Arellano, jefe imperial de artillería durante el sitio, también expresó su condena hacia Leonardo Márquez, a quien tachó de querer buscar la muerte del emperador para consumir una supuesta venganza por haber sido desterrado del país en misión diplomática.

Los acusados no permanecieron en silencio, pues respondieron a las acusaciones en textos vindicatorios. Tanto Márquez como Licea escribieron haciendo énfasis en su inocencia, al mismo tiempo que reviraron convirtiéndose ellos en los acusadores; utilizaron sus propias estrategias discursivas y pruebas documentales para culpar a sus detractores.

En este capítulo también se abordan las llamadas *rectificaciones*, aparecidas a raíz de este acontecimiento coyuntural. Representan, también, una respuesta con un fin persuasivo respecto a una acusación, con la salvedad de que no eran escritas por quien se consideraba injuriado, sino por algún otro individuo que también había sido testigo y participante en los hechos. El propósito de la rectificación era “aclarar” persiguiendo un fin principal: completar una historia que aparentemente no había sido contada de manera fidedigna. Ello implicaba una calumnia u ofensa que debía enfrentarse, para así vindicar el honor de una sola persona, como de una colectividad. Su espíritu de defensa pone a las rectificaciones en el terreno del género judicial. Las rectificaciones que se rescatan para este ejercicio son las del doctor Hilarión Frías y Soto a la obra de su colega, el doctor Basch; y la de Ignacio de Peza y Agustín Pradillo a la narrativa testimonial de Félix de Salm-Salm.



CAPÍTULO 1

La narrativa testimonial



Llanamente, la memoria se refiere a la capacidad de recordar algún evento o circunstancia que ha resultado significativo. No obstante, reflexionar en torno a ella representa un gran desafío epistemológico, pues implica aludir a una serie de discusiones emparentadas. Por ejemplo, desde el ámbito narrativo, se puede debatir sobre su organización temporal, la búsqueda de algún tipo de identidad individual o colectiva y del papel que juega el sujeto que memora a través de la escritura.¹ Desde la perspectiva simbólica, se puede discutir sobre los ritos y prácticas enfocadas a rescatar el pasado, así como sus formas de representación.

Puede discutirse la condición o circunstancia biológica de la memoria como un proceso cognitivo que faculta al ser humano para obtener, conservar y utilizar la diversidad de conocimientos y habilidades.² Puede orientarse, de igual manera, como un sistema de conservación y reproducción de información y, por lo tanto, sobre sus herramientas y formatos destinados a almacenarla.³

¹ Francisco Brioschi y Costanzo di Girolamo, *Introducción al estudio de la literatura*, 1988, pp. 199-234.

² Emilio Rodríguez Herrera, *Campeche e identidad en el discurso de la memoria*, 2010, p. 36.

³ Esta discusión estaría centrada en las características intrínsecas del formato en que se almacena la memoria: un libro, un lienzo o un material audiovisual. Ello hace reflexionar en torno a la validez y eficacia de formatos modernos, concretamente aquellos que ofrece la tecnología y que autores como Jacques Le Goff califican como “mu-

Paul Ricoeur afirma que la memoria se echa a andar o “se ejerce”, esto es, que “el sentido de la memoria” va más allá de conservar simplemente una huella material, un documento u otro registro sobre los hechos pasados, sino que debe propagar la necesidad de reproducir tradiciones y costumbres, de contraer compromisos con las acciones loables que otros han asentado, dejar constancia de la virtud, cuestionar la arbitrariedad y, eventualmente, perdonar.⁴

De lo que estamos ciertos es que la memoria remite al pasado y es activada en el presente. En este proceso intervienen tres elementos: el individuo que memora, el contexto social y un género discursivo a través del cual se evoca. La ausencia de alguno de estos componentes hace prácticamente imposible recordar o apelar al pasado. Remitirse al pasado responde a una inquietud que se presenta en el individuo y que pretende influir en el contexto social del presente de su enunciación y del futuro.

Para algunos autores, como Elizabeth Jelin, es imposible encontrar una definición única para la memoria; en cambio, sí es viable hablar de “procesos de construcción de las memorias”,⁵ de memorias en plural. Dicha construcción implica explorar diversas posibilidades sobre la forma y la finalidad de recabar, guardar y reproducir información. La construcción de memorias trata de responder a las siguientes preguntas: ¿para qué se memora? ¿Cómo se memora? ¿Quién memora? Su respuesta se encuentra en función de la disciplina desde la cual se desea abordar al pasado.⁶

taciones en la memoria”. Cfr. Jacques Le Goff, *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, 1991, pp. 131-181.

⁴ Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*, 2004, p. 583.

⁵ Elizabeth Jelin, *Los trabajos de la memoria*, 2001, p. 15.

⁶ Por ejemplo, desde la antropología las construcciones de la memoria estarían compuestas principalmente por los ritos y las prácticas de una sociedad determinada; para la sociología, los bloques constituti-



Un ejemplo acerca de los diferentes caminos que puede seguir la memoria se encuentra presente en la escritura de la historia en el México del siglo XIX. Buena parte de los discursos escritos se rotulaban con la palabra *memoria* o *memorias*. Incluso siendo una mera cuestión de título, la memoria a la que se referían tenía acepciones distintas.⁷ Los autores de esa centuria redactaron memorias para exaltar las condiciones naturales, sociales y las potencialidades económicas del país. Hubo memorias sobre héroes ficticios que, a través de su valentía y decisión, contribuyeron a construir una idea de patria; memorias que pretendían informar sobre la adminis-

vos pueden estar formados por los deseos conscientes o inconscientes de restauración de lazos sociales, amistosos y afectivos. Desde el ámbito de la historiografía, se propone que una de las aristas en la construcción de las memorias se enfoque en la elaboración de un género discursivo nutrido de una noción espaciotemporal muy específica, emanada de un evento coyuntural donde el autor es participante y testigo, y en la que se busca preservar identidades tanto colectivas como individuales.

⁷ Para citar algunos ejemplos, se presentan algunos títulos de textos producidos durante el siglo XIX. Nótese que la palabra *memoria* no remite a un género narrativo en específico: *Memoria Estadística de Oaxaca y descripción del valle del mismo nombre* (1821) (relación estadística del estado de Oaxaca, por Carlos María de Bustamante); *Memorias de un guerrillero* (1897) (novela histórica dedicada al recuerdo de la Guerra de Reforma, escrita por Juan Antonio Mateos); *Memoria que el secretario de Estado y del Despacho de Relaciones y Exteriores e Interiores presenta a su cargo, leída en la sesión de 8 de noviembre de 1823 e impresa por orden del Soberano Congreso* (1823) (informe sobre el estado que guardaba el Ministerio de Relaciones Exteriores durante el imperio de Agustín de Iturbide, por Lucas Alamán); *Memoria política instructiva enviada desde Filadelfia en agosto de 1821 a los jefes independientes del Anáhuac, llamado por los españoles Nueva España* (1821) (manifiesto en el que fray Servando Teresa de Mier intentaba convencer a Agustín de Iturbide de que abandonara la idea de querer traer un monarca europeo a México y decidirse por implantar una república); *Memorias* (1819) (texto autobiográfico del dominico fray Servando Teresa de Mier, donde relató su exilio en España entre 1795 y 1805 y su participación en la Guerra de Independencia).



tración del gobierno; memorias como arengas o manifiestos políticos; memorias autobiográficas y memorias de personajes que, a partir de su condición como testigos de un evento coyuntural de primer orden, dejaron un testimonio sobre las experiencias vividas. A esta última intención en la memoria se la ha denominado *narrativa testimonial*.

El siglo XIX mexicano está lleno de episodios históricos que fueron recordados a través de este tipo de narrativa. Quizás uno de los más importantes, por la gran cantidad de testimonios y por su heterogeneidad, fueron los que se escribieron a partir del sitio de Querétaro de 1867, mismo que puso fin al Segundo Imperio Mexicano. Entre ellas destacan *Recuerdos de México, memorias del médico ordinario del emperador Maximiliano* (1870), de Samuel Basch; *El sitio de Querétaro: memorias de un oficial del emperador Maximiliano* (1868), de Albert Hans; *Mis memorias sobre Querétaro y Maximiliano* (1869), de Félix Salm Salm, y *Maximiliano íntimo: El emperador Maximiliano y su corte. Memorias de un secretario particular* (1905), de José Luis Blasio.

Antes de abordar de lleno estos testimonios, parece pertinente que este primer capítulo esté destinado a discutir tres asuntos fundamentales: primero, analizar aquello que se considera memoria desde una perspectiva teórica, para poder comprender mejor el sentido y la intención de los discursos escritos que en el siglo XIX se consideraban como memorias. En seguida, analizar las características constitutivas de la narrativa testimonial, para al final exponer brevemente la continuidad del pensamiento retórico en la cultura letrada del siglo XIX.

LAS FORMAS DE LA MEMORIA Y SU ESCRITURA

Jacques Le Goff establece, en el texto *Historia y memoria*, que la diferencia entre ambas estriba en que la primera es una



disciplina que pretende ordenar y explicar la historia vivida de los hombres. En este tenor, los científicos recuperan fuentes y testimonios para hacer inteligible el pasado. Este proceso se logra utilizando las técnicas y métodos a su alcance en un determinado contexto y a la luz de las condiciones sociales, políticas e ideológicas de su época.⁸

Por otro lado, la memoria es para este autor la *materia prima* de la historia, específicamente la memoria colectiva. Ésta no es consciente de sí, por lo tanto, resulta ser el lugar en que mejor se manifiestan los sentimientos religiosos, la identidad, el júbilo o la tristeza de los hombres.⁹ La memoria colectiva sacraliza y rechaza toda discontinuidad y toda cronología: es enteramente reacia a los métodos de la historia.¹⁰ La me-

⁸ Ana Carolina Ibarra, “Entre la historia y la memoria. Memoria colectiva, identidad y experiencia. Discusiones recientes”, en Maya Aguiluz Ibarra y Gilda Waldman M. (coords.), *Memorias (in)cógnitas. Contiendas en la historia*, 2007, p. 24.

⁹ Para Pierre Nora, también existe una diferencia de fondo entre la historia y la memoria. Mientras la primera “es la reconstrucción siempre problemática e incompleta de lo que ya no es. La memoria es un fenómeno siempre actual, un lazo vivido en presente eterno”. En otras palabras, la historia es una narración del pasado, cuyo horizonte queda sustentado por la comprensión de lo que pasó realmente. Por su parte, la memoria, aunque también resulte una narración del pasado, queda sustentada por la constancia y tradición de los antepasados. La memoria juega libremente con los hechos, transformándolos para que puedan interpretarse conforme a los intereses del presente. A la memoria lo que interesa es la veracidad de lo que cuenta, no acercarse a la realidad de lo que sucedió y que ya no se puede experimentar. En este sentido, diríase que la memoria se alimenta de la tradición, de la reproducción de costumbres, de un tipo de acción que ha ocurrido en el tiempo pasado, que se captura y almacena en el presente y que se conserva para el futuro; es categoría que se transporta de generación en generación. La historia, por su parte, está ligada con las huellas, con los vestigios, con instrumentos tangibles que pueden servir para contestar la pregunta: ¿cómo pudo haber sido? Cfr. Pierre Nora, *Entre memoria e historia: La problemática de los lugares*, 1984, p. 23.

¹⁰ *Ibid.*, p. 26.



moria se trasmite, entonces, de generación en generación. Dicho fenómeno es posible porque se produce un vínculo afectivo, porque representa para el individuo núcleos de pertenencia que permiten reconocer *quién soy y a dónde pertenezco*. En este contexto la memoria, como habría de anunciar Maurice Halbwachs, tiene un marco social; se relaciona con los diferentes grupos y medios a los que pertenecemos.

No hay memoria “fuera de los marcos referenciales de los que los seres humanos ubicados en la sociedad se sirven para fijar y reencontrar su memoria”.¹¹ Bajo esta perspectiva, la colectividad comprende grupos, clases sociales y corrientes de opinión, los cuales apartan del espectro la idea de lo individual: “es el punto de encuentro de varias corrientes de pensamiento colectivo que se cruzan en nosotros, se producen estos estados complejos donde uno ha querido ver un estado único, que no existe sino gracias a nosotros”.¹² Por lo tanto, la escuela de Halbwachs considera a la memoria como colectiva, porque en nuestro pensamiento se cruzan en todo momento “multitud de corrientes que van de una conciencia a la otra, y donde el pensamiento es el lugar de encuentro”.¹³ De tal suerte, se puede argumentar que “la conciencia individual no es más que el lugar de paso de estas corrientes, el punto de encuentro de los tiempos colectivos”.¹⁴

¹¹ Maurice Halbwachs, *Los marcos sociales de la memoria*, 2004, p. 121.

¹² Maurice Halbwachs, citado en Jorge Mendoza García, *El conocimiento de la memoria colectiva*, 2004, p. 50.

¹³ *Idem*.

¹⁴ Cabe establecer que la memoria colectiva, a la que hace referencia Halbwachs, se encuentra más ligada a una concepción sociológica que a una histórica, es decir, para el investigador francés la memoria no refiere sólo a la capacidad del individuo para recordar acontecimientos sucedidos antes de su nacimiento, interpretarlos y ponerlos por escrito, sino al carácter colectivo de los marcos sociales de la memoria: el recuerdo, los sueños, el lenguaje, las prácticas sociales y su continua reproducción. Éste es el sentido real de una memoria. Por



Sin embargo, Frank Ankersmit pugna por las memorias de tipo individual, principalmente aquellas que la “historia institucionalizada”¹⁵ había censurado, como las que se vinculan al trauma, al crimen, al olvido. Darle voz a la memoria, en cierto sentido, es un acto liberador del pasado, acto que en varios casos está ahí para paliar algún un tipo de sufrimiento.

En la memoria, sin embargo, no sólo se refugian los acontecimientos traumáticos que buscan algún tipo de alivio, también es un terreno propicio a través del cual otro tipo de acontecimientos son comunicables en tanto que surgen narraciones con intenciones vindicatorias, de rescate de lazos sociales, para restaurar cierto tipo de derechos, asegurar una posición en el futuro, etcétera. En este sentido, la memoria se nutre por el acontecimiento o la acción que ha ocurrido en el tiempo pasado, que se captura y almacena en el presente y que gracias a la escritura se conserva para el futuro.

Debemos entender *la acción* como una imitación de la realidad. Paul Ricoeur propone que esa imitación, la que

tanto, cada grupo se diferencia de los demás según el modo en que interprete sus acontecimientos pasados comunes.

¹⁵ Roger Chartier considera que ésta miraba al pasado como el producto de fuerzas sociales e históricas supra individuales y priorizaba el “estudio de las coyunturas económicas o demográficas, o de las estructuras sociales”, antes que las acciones individuales de los hombres. Esta visión “panorámica” y ampliamente aceptada en la comunidad científica dio paso a toda una corriente institucionalizada en academias, escuelas e instrumentos de divulgación, cuyo propósito era reconocer dichas fuerzas dominantes. Bajo ese modelo, el pasado fungió como una realidad objetiva que revestía a la disciplina histórica con tintes de progreso y la convertían en una “suerte de archivo” que resguardaba el devenir de los procesos sociales que se habían presentado en el desarrollo de la humanidad. *Cfr.* Roger Chartier, *op. cit.*, pp. 45-56.



ya había estudiado Aristóteles en la *Poética*, se representa a través de un tipo de discurso. Es precisamente en la acción donde inicia la configuración del tiempo por medio de *mimesis*,¹⁶ la cual se referirá a la disposición de los hechos mediante la construcción de la trama o *mythos*.

Este tipo de memoria “rescatada” brinda, a partir de la privatización del pasado, según Ankersmit, la posibilidad de abordar un tiempo previo de manera más directa. Desde esta perspectiva, la discusión sobre la memoria no gira alrededor de las representaciones sociales tradicionales, sino desde las representaciones más íntimas como el testimonio.

Ankersmit sostiene que quizá uno de los desarrollos más importantes de la posmodernidad sea el abandono de esta noción sobre un pasado gobernado por fuerzas supraindividuales y abordado en común acuerdo por una comunidad intelectual que dicta las pautas metodológicas conjuntamente aceptadas.¹⁷ Aunque la historia sigue considerándose un todo, en la posmodernidad le es lícito al historiador cavar “un pequeño agujero”, relacionándose así con el pasado desde un nivel más personal. Este encuentro es denominado por Ankersmit *privatización del pasado*. La división de la historia en la posmodernidad ha venido cancelando la visión abarcadora y fomentando propuestas como las de Ankersmit o Chartier, en el sentido de establecer una discusión histórica a partir de “un punto particular”, es decir, se

¹⁶ Ricoeur traduce, literalmente, *mimesis* como el “proceso activo de imitar o representar una acción”. Pero ¿qué es susceptible a ser representado? Ricoeur da otra vez la respuesta: representamos las ideas humanas mediante la construcción de la trama. La acción es una forma de perseguir y condensar al tiempo en tres etapas: la *prefiguración*, es decir, tomar conciencia del mundo y de las ideas; la *configuración*, que es la obra escrita o de arte que ha condensado dichas ideas, y la *reconfiguración*, la interpretación del público que ha hecho suya la obra escrita. Cfr. Paul Ricoeur, *Tiempo y narración 1*, 2007, p. 83.

¹⁷ Frank. R. Ankersmit, *Historical representation*, 2000, p. 153.



privilegia la reflexión de un hecho, un relato, una práctica.¹⁸ De tal suerte, las inquietudes intelectuales de generaciones recientes de historiadores han venido relacionándose con la microhistoria, la cultura, la memoria individual.¹⁹ Los testimonios enunciados a raíz de un evento coyuntural como el que se propone aquí, resultarían un objeto de estudio ideal dentro de las propuestas de Chartier y Ankersmit.²⁰ La individualización de la memoria conlleva a la primacía del *yo* en los mecanismos de reproducción y resguardo del pasado. La introspección personal lleva también a uno de los ejercicios primitivos de la memoria: la escritura. Ésta exige un uso correcto del lenguaje: buena sintaxis, semántica y coherencia, lo que dotará al discurso de una mayor comprensión

¹⁸ Roger Chartier, *op. cit.*, p. 46.

¹⁹ Ankersmit argumenta que el testimonio emanado de una memoria individual no establece una relación de neutralidad entre emisor y receptor, tal como lo haría un discurso histórico tradicional, sino que marca una huella moral y empática entre el testigo y el público, pp. 155-156.

²⁰ Como se ha señalado, Frank Ankersmit tiene como principales paradigmas los testimonios provenientes de episodios violentos. Como lo expresó Beatriz Sarlo, el testimonio que aborda el pasado traumático le hace frente al olvido y es, en cierto sentido, un acto liberador contra el sufrimiento. Al traer de regreso cuestiones que se mantenían olvidadas, se incorpora en el testimonio una realidad desnuda y sin restricciones a la representación histórica privatizada. Sarlo va más allá, pues el testimonio traumático, además de liberar un estado emocional, ayuda a comprender el mundo de las víctimas, condenar culpables, sentar un precedente y buscar justicia. *Cfr.* Beatriz Sarlo, *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*, 2006, p. 13. Paul Ricoeur también se pronuncia en este último aspecto al considerar que un elemento imperativo del deber de recordar se presenta cuando incorporamos al trabajo de la memoria el concepto de justicia: “Es la justicia, la que al extraer de los recuerdos traumatizantes su valor ejemplar, transforma la memoria en proyecto; y es este mismo proyecto de justicia el que da al deber de memoria la forma del futuro y del imperativo”. Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*, p. 109.



e, indudablemente, permitirá realizar al receptor una mejor interpretación. El narrador que pretende dar a conocer una historia, o en palabras de Paul Ricoeur, “llevar a cabo las explicaciones históricas”,²¹ tiene que dotar su relato de sentido, lo que implica construir una dimensión espaciotemporal en donde se desarrollen los componentes textuales (acontecimientos y acciones).

Luego entonces la primacía del *yo* en el relato y su transmisión a partir de la escritura son columnas que sostienen la narrativa testimonial, dos características que a su vez son fundamentales en los relatos que analizaremos en páginas posteriores.

LA MEMORIA ESCRITA EN EL SIGLO XIX MEXICANO

Siguiendo a Aristóteles, la poética constituye un instrumento que sirve para indicar la creación artística en general, la cual es concebida como una imitación de la realidad sensible.²² Dicha realidad se puede distinguir por medio de géneros, siendo el más importante la tragedia, pero también la epopeya, la comedia y la poesía.

De la misma manera que Aristóteles distinguió géneros a través de los cuales se imita la acción, se clasificarán los géneros en los que la cultura letrada del siglo XIX incursionó y que se rotulaban con la palabra *memoria*. No obstante, existe otro elemento de la cultura clásica, fuertemente arraigada en los hombres de letras del siglo XIX: la imparcialidad y el compromiso de decir la verdad, a la manera que lo enunciaron Cicerón, Cornelio Tácito y Luciano de Samosata, quienes incitaban al letrado a “estar animado del deseo de decir la verdad, y que no se halle expuesto a callarla, [...] que llame a las

²¹ Paul Ricoeur, *Historia y narratividad*, 1999, p. 89.

²² Aristóteles, *Arte poética*. *Arte retórica*, 2007, p. II.



cosas por su nombre sin inquietarse por la ofensa o el agrado que esto resulta”.²³

Enunciar la verdad resulta un desafío complicado. Las élites letradas manifestaron “su verdad” a partir de dos supuestos: sus creencias personales y la destreza, armonía y pulcritud con que escribieron sus obras, lo que revestía a las mismas con un alto grado de verosimilitud.

Es difícil razonar sobre lo que para Alamán, Mora o Bustamante era la verdad. Preferimos concentrarnos, a la manera poética, en el género a través del cual enunciaron la realidad que percibían del país. En este contexto, José María Luis Mora describió, a través de cuadros estadísticos, las condiciones geográficas, económicas, demográficas y políticas de la República. La realidad percibida por Guillermo Prieto, entre otros, se plasmó en los cuadros de costumbres, que describían de manera chusca e irónica las tragedias y alegrías ocurridas en la escena popular, pero también fueron un medio ideal para hacer sátira y burla de las élites. En el campo de la novela, destacaron los trabajos de Juan Antonio Mateos y Vicente Riva Palacio, donde personajes reales e imaginarios pelearon con gallardía por la emancipación de la patria.

La historia del siglo XIX, como un género más de la literatura, cumplía una función muy especial: “ser un medio para el arte de la descripción y persuasión que usa un contenido específico: el pasado”.²⁴ De esta manera, se encuentran dos diferentes géneros de documentos que se rotulaban como *memoria*: las memorias de carácter estadístico y los informes de labores ministeriales, que se encontraban más cercanos a la

²³ Cicerón, citado por Manuel Larrainzar, “Algunas ideas sobre la historia y la manera de escribir la de México”, en Juan A. Ortega y Medina, *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, 1970, p. 155.

²⁴ María Luna Argudín, “La escritura de la historia y la tradición retórica (1834-1885)”, en Jorge Ruedas de la Serna, et al., *La tradición retórica en la poética y la historia*, 2004, p. 44.



descripción física del territorio nacional e implicaban preservar datos y cifras sobre las actividades económicas de sus habitantes. Mientras tanto, en un sentido persuasivo sobre el patriotismo y la identidad nacional, se halla un tipo de memoria más emotiva, como las novelas, la poesía y los relatos autobiográficos, donde cobraron mayor relevancia las hazañas de los personajes más representativos de la historia nacional.

MEMORIAS INFORMATIVAS Y ADMINISTRATIVAS

La noción del buen gobierno como fin del Estado apareció a partir de las transformaciones del pensamiento político en el siglo XIII, e implicaba alcanzar el bien común en sus manifestaciones más variables, no sólo en relación con la observancia del derecho existente, sino en la legislación de nuevas leyes que implementaran la elevada misión que entrañaba la utilidad pública. Por tanto, se esperaba que el “buen gobierno” dedicara sus esfuerzos a la solución de problemas que se presentaban dentro del territorio sobre el cual se iba constituyendo la experiencia administrativa. Tal experiencia se cultivó en la Nueva España y siguió vigente durante los primeros años del siglo XIX a través de las memorias administrativas que los virreyes dejaban a sus sucesores. Estas memorias tenían valor jurídico como norma supletoria del gobierno. Las memorias administrativas desempeñaban también un papel continuador de políticas entre los gobernantes, como de insumo jurídico supletorio para estimular su implementación en pro de la utilidad pública.²⁵

²⁵ Omar Guerrero Orozco, “La investigación histórica: notas sobre la historia de la Secretaría de Gobernación”, en Patricia Galena (comp.), *Normatividad archivística*, 1997, p. 106.



Este tipo de memorias versaba sobre la situación geográfica de una determinada zona del país;²⁷ se escribían bajo una forma expositiva, casi noticiosa. Tenían por objeto describir físicamente un territorio y a sus habitantes, “destacando las potencialidades de progreso, los problemas que impiden acceder a él y las propuestas de solución que se consideran pertinentes”.²⁸

Los cuadros estadísticos brindaban la oportunidad de conocer a fondo territorios aparentemente desconocidos. Eran informes que se sustentaban en la aparente verosimilitud de las cifras. En el cuadro estadístico no había cabida para la ficción; al contrario, el uso de datos duros y documentos fehacientes le daba a este tipo de documento, según la concepción de la época, un carácter científico.²⁹

²⁶ No podemos decir que este tipo de memoria es propia del siglo XIX, pues, desde el XVI, la Corona española mandó que se realizaran descripciones geográficas de los territorios conquistados. Durante la Colonia se siguieron realizando este tipo de memorias estadísticas, aunque las autoridades novohispanas decidieron darle un orden expositivo a la información recabada. Por tanto, se elaboraron cuestionarios específicos, que permitieron obtener los datos requeridos. Esta estructura en las memorias estadísticas básicamente se siguió utilizando durante el siglo XIX. Cfr. José Marcos Medina Bustos, “Las memorias estadísticas en la primera mitad del siglo XIX: el caso del noreste mexicano”, en José A. Ronzón y Saúl Jerónimo Romero (coords.), *Formatos, géneros y discursos. Memoria del Segundo Encuentro de Historiografía*, 2000, p. 226.

²⁷ Un trabajo muy ilustrativo sobre las características de este tipo de memorias puede encontrarse en la tesis de José Medina Bustos para obtener el grado de maestro en historiografía de México, *Sonora, tierra en ‘guerra viva’: visiones sobre una sociedad de frontera (1822-1850). Un análisis historiográfico de cinco memorias estadísticas de la época de autores oriundos de la región*, 1998.

²⁸ José Marcos Medina Bustos, “Las memorias estadísticas en la primera mitad del siglo XIX: el caso del noreste mexicano”, p. 217.

²⁹ Entre los trabajos más destacados a los que se puede hacer mención, se encuentran *Resumen de la estadística del Imperio Mexicano* (1822), de Simón Tadeo Ortiz de Ayala, y la primera parte del texto *México y sus*



La descripción científica que suponían los cuadros estadísticos brindaba al Estado la oportunidad de conocer los recursos del país, para así tratar de instrumentar las acciones que se consideraban necesarias para que el país se desarrollara y alcanzara a las naciones civilizadas. Ésta fue una manera más de colaborar en la forja de la nación.

LOS INFORMES DE LABORES MINISTERIALES

El 8 de marzo de 1822, José Manuel de Herrera, primer ministro de Relaciones Exteriores del México independiente, se presentó ante el Congreso para exponer el estado que guardaba su ministerio. Un año más tarde, ya desaparecido el Primer Imperio de Agustín de Iturbide, Lucas Alamán también compareció ante el Congreso como ministro del Interior y de Relaciones Exteriores con el mismo fin. En ambos casos, los ministros escribieron una relación o *Memorias* sobre los trabajos desarrollados en sus ministerios.

En el caso de Alamán, el documento se tituló *Memoria que el secretario de Estado y del Despacho de Relaciones y Exteriores e Interiores presenta a su cargo, leída en la sesión de 8 de noviembre de 1823 e impresa por orden del Soberano Congreso*. Ambos documentos fueron presentados sin que existiese alguna disposición de carácter administrativo o constitucional que obligase a ello.³⁰ Estos informes se suman al elemento descriptivo sobre la nación que se estaba formando; estaban escritos, asimismo, para rendir cuentas, dar validez, legitimidad y autoridad a las acciones de gobierno o administrativas que se habían realizado durante cierto tiempo. Aunque su

revoluciones (1836), de José María Luis Mora, titulada "Estado actual de México". Este último autor elaboró una relación estadística de las condiciones geográficas, económicas, demográficas y políticas de la República y en particular de cada estado y territorio.

³⁰ Jorge Flores D., *Memorias inéditas*, 1973, p. 7.



carácter fue más del tipo administrativo y político, resultan fuentes válidas para conocer la realidad del país en aquel momento.

MEMORIAS LITERARIAS

Una vez concluida la Intervención Francesa, una élite intelectual, influenciada por el pensamiento liberal, romántico y retórico, entre los que se encontraban Ignacio Manuel Altamirano, Manuel Payno, Juan Antonio Mateos y Vicente Riva Palacio, entre otros personajes, se preocupó por construir la identidad nacional a partir de la escritura, es decir, a través de la literatura en sus más variados géneros: “los idiomas, la oratoria, la poesía, todos los escritos inspirados por la imaginación o que son la expresión de un sentimiento, la historia y todos los ramos anexos a ella”.³¹

El acto de escribir sobre la nación mexicana, además de ayudar a forjar un patriotismo liberal, implicó también una diferenciación respecto a otras naciones. En este sentido, para los autores que incursionaron en la literatura, era de mayor relevancia la función educativa y a la vez identitaria que la literatura podría tener, más que su valor intrínseco.³²

³¹ Luis de la Rosa, “Utilidad de la literatura en México”, en Jorge Ruedas de la Serna (coord.), *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*, 1996, p. 87.

³² Para la investigadora María Luna Argudín, la literatura, además de una función educativa y promotora de la identidad nacional, “era una forma de observar y reflexionar sobre la realidad”. En tal sentido, ante una realidad tan convulsionada, la literatura también resultó una especie de foro en que los distintos actores políticos manifestaban sus posiciones ideológicas. Cfr. María Luna Argudín, “La construcción de la historiografía liberal: construcción de saberes y los principios dominantes, 1822-1850”, en José A. Ronzón y Saúl Jerónimo Romero (coords.), *Reflexión en torno a la historiografía contemporánea*, 2002, p. 280.



La narrativa enfatizaba en la majestuosidad del paisaje, las costumbres y el heroísmo del mexicano ante el invasor extranjero. Estos elementos resultaron fundamentales para la construcción del patriotismo y fueron aludidos, una y otra vez, tanto dentro de las novelas históricas como en los cuadros de costumbres.

LOS CUADROS DE COSTUMBRES

Tuvieron su origen a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX en Inglaterra y Francia, con escritores como Richard Steal, Joseph Etienne Jouy y Honoré de Balzac, respectivamente.³³ Los cuadros de costumbres, creados con temas mexicanos durante el siglo XIX, fueron una importación europea de los cuadros de escritores españoles principalmente, como Serafín Estébanez Calderón, Mesonero Ramos y Mariano José de Larra.³⁴

Estos cuadros retrataban un lugar propicio para encontrar *lo nacional*, esto se observaba en la narración de las costumbres y tradiciones de la sociedad mexicana, las cuales se constituían por el idioma, los valores, los ritos. Los cuadros de costumbres eran memorias que eludían a la brillantez y oscuridad de los paisajes urbanos y rurales. Guillermo Prieto señaló que los autores que pretendieran incursionar en este género debían contar con una “observación prolija y profunda del país en que escriben, tacto delicado para presentar la verdad en su aspecto más risueño y seductor, y un juicio imparcial, enérgico y perspicaz, que los habilite para ejercer con independencia y tino la ardua magistratura de censor”.³⁵ Para

³³ José Milla, *Cuadros de costumbres. Selección*, 2002, p. 9.

³⁴ Marlén Paola Navarro Hernández, *Retrato de costumbres: la sociedad mexicana del siglo XIX en la narrativa de José Tomás de Cuéllar*, 2005, p. 57.

³⁵ Guillermo Prieto, *Obras completas II. Cuadros de costumbres 1*, 1993, p. 402. Uno de los cuadros de costumbres que este autor tituló como *me-*



Carlos Monsiváis, este tipo de memorias se circunscriben “a lo literario calor hogareño; en lo político efusión patriótica; en lo nacional la riqueza de lo pintoresco, y en el recuento de viajes comprensión y alabanza del mundo”.³⁶

El cuadro de costumbres se caracteriza por hacer una crítica mordaz hacia los vicios sociales, los cuales se creía que no permitían el progreso nacional. Las descripciones particulares acerca de los vicios fueron puestas por los autores de modo exagerado en el carácter de sus personajes, la mayoría encarnados por “el bandido”, “el lépero” o “el pelado”, pero también se retrató a los mercaderes, que aparecen como figuras perniciosas que obtienen grandes beneficios sin producir gran cosa.³⁷ La crítica también se dirigía a los monopolios que impedían liberar las fuerzas económicas del país. Guillermo Prieto criticó los monopolios de la siguiente manera: “La exaltación del privilegio, la esclavitud del aprendiz, la intercepción tiránica del modo honesto de vivir, el emporio del retroceso, la repulsión del extranjero, [...] con intereses opuestos de la sociedad en general”.³⁸

Otros autores que cultivaron la novela costumbrista fueron Manuel Payno, Ignacio Manuel Altamirano y José Tomás de Cuéllar. En sus obras, los elementos más triviales se

moria fue *Memorias de un Abelardo de mi tiempo*, cuya historia narra la popularidad de un amigo de Prieto entre las mujeres. Cfr. Guillermo Prieto, *Obras completas* III. *Cuadros de costumbres* 2, 1993, pp. 405- 412.

³⁶ Carlos Monsiváis, *A ustedes les consta, antología de la crónica en México*, 1993, p. 25.

³⁷ Mientras el bandido guarda una relación ambigua con la comunidad, en el entendido de que causa miedo y admiración, al comerciante se le observa como agente externo, sobre todo si es extranjero, puesto que medra y se enriquece de la necesidad de los demás. Cfr. Carlos Illades, *Nación, sociedad y utopía en el romanticismo mexicano*, 2005, p. 110.

³⁸ Guillermo Prieto, *Obras completas* XXV. *Periodismo político y social* 5, 1993, p. 150.



tornaban fundamentales para explicar y crear el modo de ser del mexicano: expectativas que se creaban y desbarataban en torno a bailes, convites, figuras políticas, paseos por la ciudad, crímenes, oficios, atuendos, hechos sobrenaturales y un largo etcétera.³⁹ El costumbrismo reflejaba el folclor de una sociedad que iba formándose una identidad propia.

LA NOVELA HISTÓRICA

El deseo de forjar una identidad nacional también estuvo presente en los novelistas mexicanos del siglo XIX. Para lograr su propósito, dotaron a sus narraciones de dos aspectos fundamentales: la descripción que exaltaba el territorio nacional⁴⁰ y el heroísmo de sus personajes, quienes, en la mayoría de los casos, eran personajes importados de la vida real pero también daban cabida a personajes ficticios, los cuales se desenvolvían en diferentes estratos sociales y en las esferas más altas del poder político, como militares, clérigos, médicos, hacendados, etcétera. Estos personajes ficticios permitían al lector conocer los diferentes lugares y personas que representan los estratos altos de la sociedad.⁴¹

Fue precisamente Ignacio Manuel Altamirano quien se preocupó por integrar en la literatura los elementos distintivos de la nación mexicana: el ambiente, el espacio, las cos-

³⁹ Carlos Monsiváis, *op. cit.*, p. 26.

⁴⁰ Los primeros esfuerzos por reflejar una cultura mexicana relacionada con el espacio pueden encontrarse en la novela *El periquillo sarniento*, de José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827) o en las poesías de Juan José Martínez de Lejarza (1785-1824). Julio Jiménez Rueda argumenta que, si bien *El periquillo sarniento* había dado el tipo de la novela de ciudad, bien pronto los autores se fueron al campo en busca de escenarios concernientes para sus obras. *Cfr.* Julio Jiménez Rueda, *Letras mexicanas en el siglo XIX*, 1989, p. 110.

⁴¹ Alfredo Moreno Flores, *Horizontes que se cruzan: El cerro de las campanas y La historia de la guerra de Méjico*, 2008, p. 54.



tumbres o el idioma. Para el literato guerrerense, “la poesía y la novela mexicanas deben ser vírgenes, vigorosas, originales, como lo son nuestro suelo, nuestras montañas, nuestra vegetación”.⁴² En este contexto, Altamirano consideró que habría que rescatar la literatura nacional de la subordinación de los modelos extranjeros y hacerla más original, más mexicana.

Una discusión fundamental sobre la novela, particularmente la histórica, es si este género debe ser considerado como una memoria que rescata de manera fidedigna el pasado. Para la doctora María Luna, las novelas son “un testimonio y parte constitutiva del discurso y del horizonte de una época”.⁴³ Es decir, las novelas pueden testimoniar las formas de convivencia del pasado y registrar incluso aquello que a primera vista nos parecería irrelevante, pero presente dentro de la vida cotidiana, como las formas de vestir, los modismos en el lenguaje, la distribución espacial de las ciudades, el tipo de alimentos, los valores sociales, políticos y religiosos; en resumen, los usos y costumbres del pasado. Bajo esta óptica, la novela resulta una buena fuente memorística, pero no necesariamente un espejo fidedigno de los procesos políticos, sociales y económicos que se presentan como contexto.

Por otro lado, se suscita un enfrentamiento ante la incertidumbre que representa la ficción. La ficción brinda al relato cierto dramatismo que de alguna forma resulta indispensable para que el lector mantenga el interés en la novela, máxime en las propias del siglo XIX que se presentaban

⁴² Ignacio Manuel Altamirano, “Revistas literarias”, *La literatura nacional*, 1949, p. 14.

⁴³ María Luna Argudín, *Historiografía general del siglo XIX: Constitución de saberes, principios dominantes y sus géneros de expresión*, 2008, p. 49.



por entregas, también conocidas como *folletinescas*.⁴⁴ En la mayoría de los casos, los autores lograron “una convivencia armónica entre los sucesos históricos y la ficción”,⁴⁵ la cual se enfocó en las situaciones humanas y en personajes secundarios: héroes imaginarios que pelearon al lado de grandes caudillos, como Ignacio Zaragoza, Porfirio Díaz y Mariano Escobedo.

En este sentido, Michael Pollack elaboró un concepto que definió como *heroización*, que frecuentemente se presenta en las novelas históricas. El término remite a la “magnificación de la persona, en la cual se condensan las experiencias más espectaculares y las virtudes más sublimes”.⁴⁶ Este proceso presenta a un personaje extraído de la esfera pública, más humanizado, más sensible y, hasta cierto punto, más cercano al lector. Las virtudes y expresiones excelsas logradas a partir de una *heroización* fueron fundamentales en la literatura decimonónica, fuertemente influenciada por el liberalismo y romanticismo, pero todavía no podemos hablar de una his-

⁴⁴ En México se siguió la tradición francesa de publicar por entregas las obras literarias. Entre las novelas más destacadas que vieron la luz bajo este formato se encontraban *El pistol del diablo* (1845-1846), de Manuel Payno; *Un año en el hospital de San Lázaro* (1845-1846), de Justo Sierra O'Reilly; *El cerro de las campanas* (1868) y *El sol de mayo* (1868), de Juan Antonio Mateos.

⁴⁵ En el artículo “Por los umbrales de la novela histórica”, Leticia Algaba discute la pertinencia y utilidad de los prólogos, introducciones y notas preliminares adoptadas por los literatos mexicanos para delimitar los pasajes históricos con los de ficción. Cfr. Leticia Algaba, “Por los umbrales de la novela histórica”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman (coords.), *La república de las letras, asomos a la cultura escrita del México decimonónico, vol. 1, Ambientes, asociaciones y grupos. Movimientos, temas y géneros literarios*, 2005, p. 290.

⁴⁶ Michael Pollack, *Memoria, olvido, silencio. La producción de identidades frente a situaciones límite*, 2006, p. 88.



toria de carácter científico,⁴⁷ y que no aparecería en México sino hasta la restauración de la República y de la mano de Gabino Barreda, con la fundación de la escuela positivista.

Altamirano consideró que la novela histórica estaba llena de verdades, pero no verdades comprobables, sino de una verdad en sentido retórico. Es decir, era verdadera en tanto lograra contribuir en la formación de la identidad nacional, inculcara en la juventud sentimientos nobles y generosos, y formara un aliento doctrinario.⁴⁸

Para los literatos, autores de ficciones que ahondaron en temas históricos, la intención primordial era narrar, más no probar. “La historia no tenía por consiguiente, que analizar con frialdad sino emocionar como la poesía, puesto que, a fin de cuentas, la verdad poética, como lo había proclamado Aristóteles, era superior a la verdad histórica”.⁴⁹ Bajo esta lógica la novela histórica, en particular, y la literatura romántica, en general, no ponían sobre la mesa una propuesta esclarecedora de la verdad en términos estrictamente históricos, puesto que la verdad estribaba en el manejo poético del lenguaje y el cumplimiento del mensaje civilizatorio. Es importante mencionar estos elementos que constituyen la

⁴⁷ El primer autor que, además de incluir una ambientación histórica también utilizó documentos históricos para desarrollar en sus novelas, fue Vicente Riva Palacio. Este literato recurrió al archivo de la Inquisición y algunos de sus personajes están tomados de las confesiones originales de los presos del Santo Oficio, con los que elaboró sus relatos incluidos en *El Libro rojo* (1871) y *México a través de los siglos* (1884-1889), además de en sus novelas *Martín Garatuza. Memorias de los tiempos de la Inquisición* (1868) y *Monja, casada, virgen y mártir* (1868).

⁴⁸ Juan Alfonso Milán López, “El discurso de las litografías que acompañaron a las novelas históricas de Mateos y Riva Palacio durante los primeros años de la República Restaurada (1868-1870)”, en *Historia Mexicana*, 2022, p. 48.

⁴⁹ Véase el prólogo de Juan A. Ortega y Medina para la obra de William H. Prescott, *Historia de la conquista en México*, 1970, p. xiv.



creación de unidades de sentido, pues se hallan presentes en la escritura de historias o memorias que, si bien no son de carácter ficcional, sí tienen la intención de narrar y persuadir a sus lectores mediante estos recursos narrativos y retóricos.

LAS MEMORIAS AUTOBIOGRÁFICAS

De acuerdo con Bernd Neumann, la autobiografía constituye un género puramente europeo, cuyo iniciador fue san Agustín con sus *Confesiones*. Tuvo un periodo de auge durante el Renacimiento, específicamente en las ciudades italianas.⁵⁰ La principal característica de este género narrativo⁵¹ es la permanencia del *yo*. En la autobiografía, el modo discursivo se mueve entre el *yo*, que observa, que vive, goza, padece, y *el mundo* en el que interactúa con otros hombres y en que se enfrenta a diversas situaciones. Para el autor resulta de vital importancia narrar aquello que ha sido importante en su vida, lo que acerca al relato autobiográfico a la descripción. Es una característica muy común de este tipo de textos que se relaten periodos selectos de las diferentes etapas de la vida, infancia, adolescencia, juventud y vejez, acontecimientos de la vida íntima, propios del sujeto.

Otra característica interesante de la autobiografía es el establecimiento de un proceso de selección; “la memoria total es imposible”.⁵² Escoger algunos pasajes de la vida anterior y suprimir otros es el resultado de la voluntad del autor, de su deseo de que algunos hechos sean recordados y otros no. La selección puede responder a una intención justificativa,

⁵⁰ Bernd Neumann, *La identidad personal: autonomía y sumisión*, 1973, p. 5.

⁵¹ Quizá las dos grandes memorias autobiográficas del siglo XIX mexicano sean *Memorias* (1876), de fray Servando Teresa de Mier, y *Memorias de mis tiempos* (1853), de Guillermo Prieto.

⁵² Elizabeth Jelin, *op. cit.*, p. 10.



de exponer su comportamiento y su toma de decisiones ante una situación determinada, máxime si el autor ocupó un lugar de privilegio en el gobierno o estuvo vinculado a un suceso de relevancia histórica. Siendo así, el relato autobiográfico se encontraría también del lado de la persuasión.

LA NARRATIVA TESTIMONIAL, OTRA FORMA DE LA MEMORIA

En el siglo XIX también es común otro tipo de memorias, las que forman nuestro objeto de estudio y que se han denominado *narrativa testimonial*, también rotuladas como *memorias*. En esta forma literaria, el autor juega un rol fundamental, asemejándose al relato autobiográfico, pues invariablemente fue testigo del pasado que rememora. El autor articula, a través de la escritura en formato de diario o bitácora, ese momento. Este tipo de memoria, a diferencia de los cuadros estadísticos y los informes de labores, no pretende ponderar la información cuantitativa, tampoco tiene la finalidad de describir atmósferas sociales ni idealizar tipos ideales como lo harían los cuadros de costumbres o las novelas respectivamente, sino que refleja el horizonte particular de quien la escribe, enfatizando las situaciones placenteras o de angustia por las cuales ha atravesado durante una coyuntura particular.

Tal tipo de memoria mantiene algunas semejanzas con la autobiografía, puesto que las dos formas giran en torno a una persona y, generalmente, se narran en primera persona. Sin embargo, la narrativa testimonial se ajusta menos estrechamente en la intimidad subjetiva de una persona y dedica más espacio al entorno, a las circunstancias, a los encuentros, a la vida pública. Además, el espacio temporal de la narrativa testimonial suele ser menos extenso; abarca pe-



riodos relativamente cortos.⁵³ De igual forma, la referencia espacial es limitada, es decir, los sucesos que se memoran, se circunscriben a un espacio reducido, al centro neurálgico en donde ocurre el acontecimiento coyuntural, cuyas coordenadas generalmente no traspasan los límites de una ciudad. Su ordenamiento, más detalladamente cronológico, se realiza a través de apuntes previos. De allí que su estructura sea menos coherente, más fragmentaria y acumulativa. Destaca, de igual manera, la permanente actualidad de los acontecimientos y vivencias, los cuales no se recopilan *a posteriori*, sino de modo simultáneo y progresivo.

La narrativa testimonial se delimita por el campo temático netamente personal y coyuntural. Entonces, se sugiere que el texto se analice en función de la construcción del sujeto referenciado (autor y testigo), que corresponde al sujeto de la enunciación y al sentido retórico utilizado por éste para evaluar los acontecimientos provocados por la coyuntura. Junto al propósito primario de referir una serie de sucesos a los que se les imprime un sentido, la narrativa testimonial suma otras intencionalidades: convertirse en un medio de denuncia, una vía para vindicar honores propios y ajenos, describir la magnificencia o decadencia de una época en la que el autor jugó un rol principal y, en algunos casos, generar un alto interés público y que se transforme para el autor, una forma de obtener ingresos económicos. El principio de autoridad que ostenta el testigo es un factor que despierta

⁵³ Otra distinción entre la narrativa testimonial y la autobiografía estriba en que esta última suele recordar etapas primarias de la vida: la infancia, adolescencia, hasta llegar a la vejez. Por su parte, a la narrativa testimonial le interesa contar el “relato productivo” de la persona, es decir, cuando desempeña un cargo reconocido socialmente. Desde esta perspectiva, el ámbito de lo privado no guarda ningún interés para el público lector. *Cfr.* Francisco Rodríguez, “El género autobiográfico y la construcción del sujeto autorreferencial”, en *Filología y Lingüística*, 2000, p. 11.



la curiosidad del lector, lo que incide en él para querer enterarse de lo ocurrido, ya sea por morbo o por el llano deseo de saber. Sea cual fuere el propósito original, debería atenderse y debatir los procesos de sistematización y técnicas utilizadas por el autor para persuadir y convencer al lector de lo que está afirmando. A continuación, se comentan sus principales características:

LA ESCRITURA COMO FORMA DE ORGANIZAR LA MEMORIA

Se ha dicho aquí que una de las acepciones de la memoria es su capacidad de retener información, y una forma efectiva de hacerlo es por medio de la escritura. Una de sus particularidades es que registra, de manera más o menos perdurable, aquello que pretende ser recordado. Si bien es cierto que otras manifestaciones, como la pintura, la oralidad, los ritos transmitidos de generación en generación, pueden conseguir el mismo fin, la escritura brinda la posibilidad de dar más detalles. En la narrativa testimonial el autor tiene la clara intención “de no dejar nada fuera”, de exponer de manera precisa “lo que vio con sus propios ojos”. Este ejercicio “crea la ilusión de que lo concreto de la experiencia pasada quedó capturado en el discurso”.⁵⁴

LA PRESENCIA DE UN EVENTO COYUNTURAL QUE MOTIVA LA *INVENTIO* Y LA *DISPOSITIO*

El tiempo narrativo empieza a gestarse a partir de un acontecimiento que ha dejado una huella significativa en la vida del testigo. Es importante mencionar que el acontecimiento que motiva la escritura no es necesariamente una experien-

⁵⁴ Beatriz Sarlo, *op. cit.*, p. 67.



cia negativa o dolorosa; puede tener matices esperanzadores o liberadores, ya que el evento coyuntural desencadena sucesos favorables para unos y negativos para otros. De esta manera, cuando en la narrativa testimonial se rememoran eventos traumáticos o de conflicto, en el proceso autorreferencial se observa al autor como víctima, ha sufrido por la acción de un *culpable*, al que van destinados todos los señalamientos negativos.

El evento coyuntural es por lo general de breve duración, aunque a partir de él se encadenan situaciones que se alargan por un tiempo indefinido. El suceso que motiva el acto de escribir es siempre controversial. No hay homogeneidad en los puntos de vista a la hora de abordarlo. Es un suceso único, irrepetible e irreparable. Esa constituye una de las mayores frustraciones en la víctima, pero también es un motivo para denunciar lo acontecido, lo que ya no tiene arreglo y ha quedado mancillado. Generalmente se rememora con añoranza y desventura.

Para el *victimario*, el evento coyuntural abre la posibilidad de establecer un nuevo orden del que se verá beneficiado. Es muy escasa la narrativa proveniente de este sector, pues quien sale adelante de un evento coyuntural puede recurrir a muchas otras instancias (no precisamente las narrativas) que surgen a partir de la nueva situación, para legitimar su actuación. A lo largo de esta investigación, se observa que abunda la narrativa testimonial proveniente del lado simpatizante de la causa de Maximiliano. Por su parte, resulta muy reducido el número de testimonios adscritos a la causa republicana. Una posible explicación a esta ausencia es que, a partir del orden republicano y constitucional consolidado a partir del fin del Segundo Imperio, el gobierno legitimó su discurso por varios medios, entre ellos la educación, la literatura y las artes.



LA OBSERVACIÓN Y PARTICIPACIÓN DEL TESTIGO

El autor puede asumir dos posturas. La primera es la de simple observador que estuvo presente donde se suscitó el acontecimiento coyuntural que disparó el acto de escribir, pero este personaje no participó de manera importante en los hechos. Para Jesús G. Maestro, este es un *narrador homodieético*: “Forma parte de la historia que cuenta, pero, si bien puede hacerlo como protagonista, no utilizará el lenguaje para referirse siempre a sí mismo, sino para comunicarse, bien con otro personaje al que convierte en destinatario inmanente de su propio discurso”.⁵⁵

La segunda postura es aquella donde quien escribe no fue un simple espectador, sino que fungió de manera importante en el suceso que se está narrando. En este último caso, el autor es el principal protagonista del evento. Maestro lo llama *narrador autodieético*.

Se trataría, pues, de un sujeto de la enunciación (yo) intensamente modelizado en el enunciado de la historia, al convertirse él mismo en el objeto principal del relato, y adquirir de este modo una relación de identidad entre narrador y personaje protagonista [...] el sujeto hablante se convierte con frecuencia en el tema de la historia, y se sirve habitualmente de la focalización interna al contemplar la realidad desde el punto de vista de la conciencia individual.⁵⁶

En torno a él se desencadenan las desgracias o los acontecimientos más memorables. Puede haber otros personajes

⁵⁵ Jesús G. Maestro, *Introducción al estudio de la literatura*, 1997, p. 20.

⁵⁶ *Idem*.



cuyo rango o estatus sea más alto, pero no son ellos quienes toman la voz principal en el discurso.

El autor, como protagonista y testigo, es portador y creador de la memoria misma. Ostenta un principio de autoridad por haber estado ahí, en donde sucedieron los hechos. “Se le reconoce, se le busca, [...] a primera vista casi omnipresente. El testigo, antes que nada, es el testigo como sobreviviente”.⁵⁷ Ha superado la violencia, la ignominia, el olvido o la revolución que implica el acontecimiento coyuntural. Su condición de sobreviviente le aporta credibilidad y respeto, tiene el derecho y la autoridad para ser escuchado. Él se presenta como un narrador fiable de *su* historia. La aparición y constancia del *yo* narrativo se hace presente en la narrativa testimonial con la misma intensidad y frecuencia que en la narración autobiográfica, aunque se detiene a contar con más detalle su presencia y su actuación en el breve lapso que supone el acontecimiento coyuntural.

LA TRASMISIÓN Y DEFENSA DE UN TIPO DE IDENTIDAD

Un elemento característico de la memoria es su sentido persuasivo. Ésta se presenta de manera más explícita en la narrativa testimonial. Una constante en esta narrativa es que el autor pretenda transmitir y compartir sus valores. En este sentido, su relato siempre tendrá una pretensión de verdad, una verdad con la cual tratará de convencer al lector que actuó de manera correcta frente a determinada situación o que sus creencias y convicciones eran las correctas.

Respecto al curso distinto que toma la historia frente a sus expectativas, el autor mantiene una posición de nostal-

⁵⁷ François Hartog, “El testigo y el historiador”, en *Historia y Grafía*, 2002, p. 41.



gia y desamparo, pues se siente en un estado de indefensión ante el futuro, y apela, a través de recursos retóricos, como la teatralidad y el dramatismo, para tocar las emociones del lector, para crear, así, un vínculo o una identificación.

LA APORTACIÓN DE PRUEBAS

El autor de la narrativa testimonial también escribe para dejar una constancia o prueba sobre las desgracias o las glorias que ha provocado el acontecimiento coyuntural. La prueba está en función del pasado que se ha trastocado, sobre las consecuencias que ha provocado en el presente; también es una especie de legado y advertencia a las generaciones futuras sobre los efectos que puede seguir produciendo tal evento.⁵⁸ Es común observar, en la narrativa testimonial, la inserción de todo tipo de documentos: cartas, oficios, órdenes, fragmentos de otros relatos, etcétera, cuya finalidad es contrastar y comparar lo dicho por otros testigos. El autor que utiliza otros documentos en su narrativa testimonial pretende incidir en el lector, convencerlo a través de *pruebas* sobre la *verdad* de los hechos que consigna.

El testimonio también es una prueba en cuanto a los padecimientos físicos y psicológicos que el autor ha sufrido. En este sentido, la narrativa testimonial puede convertirse también en un documento que denuncia a aquellos que han provocado un tipo de padecimiento. Contrariamente, estos documentos justifican las conductas y las acciones que han asumido los supuestos victimarios.

⁵⁸ En este sentido, la memoria no sólo es retrospectiva en cuanto interpreta los sucesos del pasado, sino prospectiva porque brinda una perspectiva para interpretar los acontecimientos del presente y prever los del futuro. *Cfr.* Emilio Rodríguez Herrera, *op. cit.*, pp. 44-45.



PRESENCIA DE LA MENTALIDAD RETÓRICA EN LA CULTURA LETRADA DEL MÉXICO DEL SIGLO XIX

Un asunto de suma importancia y que debe traerse a cuento es que las memorias a las que hemos aludido, incluida la narrativa testimonial, no responden únicamente a un horizonte cultural y simbólico exclusivo del romanticismo y el liberalismo, sino a la influencia que ejerció la matriz clásica en los hombres de letras de la época. Tratados sobre la retórica y poética se convirtieron en un eje regulador de la educación. Para Leonardo Martínez Carrizales, existía un interés de la comunidad letrada de la época en conocer y practicar la lengua latina, pero también de:

la imitación de modelos clásicos al escribir y al hablar, la memorización de lugares célebres en la tradición clásica, la lectura disciplinada de los manuales de preceptiva, la incorporación en la conciencia letrada de un sistema de géneros del discurso constituido sobre la base de los sistemas respectivos en la Retórica y Poética.⁵⁹

Platón y Aristóteles emprendieron empresas deliberativas y de enseñanza muy importantes: la Academia y el Liceo, respectivamente. La esencia de ambas escuelas era el estudio de la filosofía, pero la Academia se preocupaba más por la metafísica y el trascendentalismo, aunque tratase temas prácticos como la educación y la política; por su parte, la inclinación más importante del Liceo era la lógica y la ciencia. La naturaleza de ambas escuelas fue la discusión y el afán de conocimiento.

⁵⁹ Leonardo Martínez Carrizales, "La mentalidad retórica. Apuntes sobre la cultura letrada en México durante el siglo XIX", en Leticia Algaba, *Las licencias del novelista y las máscaras del crítico*, 2008, p. IV.



En un sentido muy parecido, las élites letradas del México del siglo XIX se reunían en tertulias o juntas literarias para deliberar acerca de las características que deberían tener la literatura y las pautas normativas de la identidad nacional. La aparición de “asociaciones de intelectuales” (muchas de ellas adoptaron el nombre de *Academias*),⁶⁰ además de ser órganos donde se discutían las corrientes literarias, las formas en las que debería contarse la historia y las doctrinas políticas en boga, también sostenían una misión educativa. Eran un lugar de aprendizaje, misión compartida con la Academia platónica.⁶¹

Es importante mencionar la postura de una de estas asociaciones literarias, conocida como el Ateneo. Sus miembros sugerían que, a la hora de escribir la historia sobre el país, se debía fijar su origen en el momento en que éste alcanzó su independencia, y que la nueva nación se suscribiera a la cultura occidental. Esto iba en detrimento de los orígenes prehispánicos del país como una etapa constitutiva, pues se consideraba que su cuerpo social había muerto. No se practicaban más ni sus costumbres ni religión y ya no se hablaban sus dialectos, por ello se desdeñaba contar o escribir la *historia* de estos grupos, pues “sus historias no sirven para el arte de gobernar ni para comprender el presente. De este modo

⁶⁰ V. gr. *La Academia de Letrán*, que articuló al núcleo de eruditos y literatos formado por Manuel Tossiat Ferrer, José María y Juan Nepomuceno Lacunza, Guillermo Prieto y Andrés Quintana Roo. A partir de 1863 abrió sus puertas a cualquiera que cumpliera el trámite de someter un texto en verso o prosa a la consideración de sus miembros. Cfr. Carlos Illades, *op. cit.*, pp. 54-62.

⁶¹ Un buen tema de discusión puede ser el alcance de la misión educadora por parte de estas asociaciones. No eran asociaciones abiertas a un gran número de personas; por el contrario, se encontraban reducidas a grupos pequeños, muchos de ellos, miembros de las logias masónicas.



[...] la utilidad de la historia se cifra en la visión ciceroniana de la Maestra de la Vida".⁶²

Pero la influencia de la matriz clásica en la cultura letrada no quedó enclaustrada en los muros de las instituciones educativas; fue llevada a varios campos. Primeramente, en la práctica de la oralidad dentro de la esfera política,⁶³ su dominio resultó vital para que el hombre público, llámese ministro, abogado o clérigo, lograra persuadir a su auditorio a través de la correcta ejecución de la *elocutio*.

En segundo lugar, encontramos una sistematización teórica en la escritura y en sus productos mediante sistemas de géneros, adaptación de modelos y herramientas propias de la retórica y que son visibles a lo largo de la producción literaria de esta centuria, llámese cuento o novela, por citar un par de casos. En estas páginas es común identificar las técnicas, tópicos y lugares comunes que personajes como Aristóteles y Cicerón habían formulado para resaltar el *ethos* del

⁶² Uno de los personajes que sostuvo con más ahínco esta idea fue Lucas Alamán, miembro del Ateneo. Cfr. María Luna Argudín, "La escritura de la historia y la tradición retórica (1834-1885)", 2004, p. 50.

⁶³ Esta matriz de la literatura se nutrió de una vasta tradición que se remonta a la Edad Media, cuando se empezaron a desarrollar tratados y modelos para elaborar y pronunciar textos y discursos para la administración pública. Dichos tratados surgen a partir del siglo XI. Entre ellos se encuentra el *ars dictaminis* para la escritura de cartas y documentos destinados a la administración pública, y el *ars praedicandi* para la preparación de sermones (por cierto, utilizada con éxito por las órdenes religiosas establecidas en la Nueva España para la evangelización de los indígenas). Más tarde, en el siglo XIII, apareció en Italia el *ars aragandi*, tratados seculares empleados en las instituciones políticas y gremios. Paulatinamente, el uso de los modelos retóricos se expandió en la vida cotidiana con discursos para pronunciarse en situaciones muy específicas, como bodas, asambleas, funerales, cátedras universitarias, etcétera. Cfr. Carmen Bobes *et al.*, *Historia de la teoría literaria. II Transmisores. Edad Media, poéticas clasicistas*, 1998, pp. 158-166.



sujeto enunciante, señalar las carencias y defectos de otros, para refutar y vindicar prestigios propios y ajenos.

Ahora bien, en las 14 narrativas testimoniales que se analizarán a profundidad en los capítulos 2 y 3, es común observar estos tópicos, técnicas y lugares comunes, que constituyen una construcción retórica destinada al elogio y al vituperio no sólo de los terceros involucrados en el suceso, sino de los propios autores. En este sentido, dichas memorias se convirtieron en una especie de foro para designar culpas y justificar acciones.

Antes de entrar de lleno con las narraciones que nos atañen, a continuación, presentamos al lector poco familiarizado con el tema, una cronología de los sucesos históricos más importantes, una reseña de ubicación de los lugares recurrentes en los testimonios, un cuadro con información básica sobre las obras y un mapa del sitio militar (Véase Anexo).



CAPÍTULO 2

Elogio y vituperio



La retórica clásica supone una clasificación que establece criterios y límites perfectamente englobados en una visión exhaustiva de las posibilidades del discurso, donde entran variables fundamentales como “el interés del emisor, el tipo de receptor, la finalidad a conseguir, la naturaleza del mensaje y sus posibilidades de ubicación respecto del presente del discurso”.¹ Dicha clasificación puede encontrarse en la serie aristotélica formada por el *genus symbouleutikón*, *genus dikanicón* y *genus epideiktikón*, constituida en la retórica latina como *genus deliverativum*, *genus iudiciale* y *genus demonstrativum*.² Ésta se presenta como la plataforma de una fecunda reflexión sobre la comunicación retórica y un sólido

¹ Antonio García Berrio, “Retórica como ciencia de la expresividad (Presupuestos para una retórica general)”, *Estudios de lingüística*, 1984, p. 30.

² Esta es una tipología de los géneros retóricos posterior a la que constituyó la *retórica* enunciada por Anaxímedes de Lámpsaco en la obra *La retórica a Alejandro*. Esta es la obra más antigua que se conoce sobre retórica y durante mucho tiempo fue atribuida a Aristóteles; sin embargo, en el siglo pasado se pudo demostrar la autoría de Anaxímedes de Lámpsaco, sofista contemporáneo de Aristóteles, aunque sin total unanimidad por parte de algunos investigadores. Esta obra apenas y se considera un manual, aunque escrito con mayor amplitud de miras y desarrollo técnico. Abarca, además del género judicial, los otros dos campos que ya Platón echaba en falta: deliberativo y epidíctico. Estos últimos, a partir de Aristóteles, si no de la propia *La retórica a Alejandro*, se establecieron definitivamente como géneros oratorios. Además, en este último material da un tratamiento más amplio de la argumentación, que por primera vez ofrece la división entre argumentos técnicos y no técnicos. Por último, se interesa por cuestiones estilísticas, lo que con el tiempo se llamaría *elocutio*. Cfr.

punto de partida para una explicación integral de los discursos escritos.³

Para clasificar esta tipología, Aristóteles empleó un sistema de clasificación consistente en establecer, primeramente, dos tipos de *genus* para, a continuación, dividir una de estas dos, a su vez, en otro par, de lo cual se derivan los tres tipos. Luego entonces, los géneros retóricos quedan establecidos a partir del examen y clasificación del oyente (*akroatés*) del discurso. El primer paso es distinguir entre el oyente que no decide y el que decide: “Forzosamente, el oyente es o espectador o árbitro”.⁴ El segundo paso es diferenciar, dentro del oyente árbitro, de acuerdo con el tiempo en el que esté situado el objeto de la decisión: “y si árbitro, o bien de cosas sucedidas, o bien de futuras”.⁵ De esta manera, Aristóteles obtiene tres tipos de oyentes, que determinan tres tipos de discurso: “el que juzga acerca de cosas futuras, como miembro de la asamblea; y hay el que juzga acerca de cosas pasadas, como juez; otro hay que juzga de la habilidad, el espectador”.⁶ Sobre esa lógica, resultan tres discursos retóricos: deliberativo, jurídico y demostrativo.

Para desarrollar el presente capítulo, se utilizarán como metodología las pautas del género demostrativo, ya que la naturaleza de éste se encuentra encaminada al elogio o a la denigración de un individuo. Un elemento distintivo en la narrativa testimonial sobre el sitio de Querétaro es el constante halago y vituperio que los autores hicieron ya sea sobre Maximilia-

José Sánchez Sanz, *Retórica a Alejandro, de Anaxímedes de Lámpsaco*, 1989, pp. 11-19.

³ Tomás Albaladejo, “Los géneros retóricos: clases de discurso y constituyentes textuales”, en Isabel Paraíso (coord.), *Téchne Rhetoriké. Reflexiones actuales sobre la tradición retórica*, 1999, p. 58.

⁴ Aristóteles, *op. cit.*, p. 91.

⁵ *Ibid.*, p. 92.

⁶ Tomás Albaladejo, “Los géneros retóricos: clases de discurso y constituyentes textuales”, p. 56.



no, los actores políticos más importantes o los propios compañeros de armas.

El *genus demonstrativum* centra su atención en individuos particulares, a los que se trata de alabar o denostar. Se concentra en hechos pasados, aunque igualmente se puede referir a sucesos del presente, y está dirigido a un público que no tiene capacidad para influir sobre los hechos, solamente a interpretar la manera de presentarlos que tiene el orador, alabándolos o vituperándolos. Este género se enfoca en la virtud y en el vicio. Sus polos son el elogio o encomio y la ofensa o vituperio.

El auditorio puede estar o no de acuerdo con el elogio o el vituperio que realiza el orador. En esta vertiente, quien enuncia el discurso usa todos los medios posibles y que considere necesarios para lograr persuadir al auditorio. El autor no busca establecer verdades, sino lograr la verosimilitud del relato gracias a la estrategia discursiva que utilice, tratando ya sea de ponderar las virtudes o los vicios, dándole, así, la apariencia de objetividad e historicidad. En otras palabras, el autor va “tratando de convencer al público de las cualidades o de los defectos de la persona o de la cosa que constituyen el objeto de su discurso”.⁷ Para autores como Tomás Albaladejo el género demostrativo:

Tiene menos marcado el carácter dialéctico, pues solamente habla un orador y no existe réplica discursiva de la parte que defiende lo contrario; sin embargo, el orador en estos discursos actúa implícitamente de modo dialéctico al tener en cuenta al construirlos cuáles pueden ser los puntos objetables de su planteamiento.⁸

⁷ Kurt Spang, *Fundamentos de retórica*, 1984, p. 61.

⁸ Aristóteles estableció una relación entre la dialéctica y la retórica, señalando que ambas “versan sobre cosas que son conocidas por todos



La cita anterior nos hace reflexionar sobre el papel que juega el oyente ante este tipo de discurso. El diálogo es inexistente, pues el auditorio sólo es un espectador “que goza pasivamente con el resultado del interés estético de oyente en el asunto y la formulación literaria del discurso”.⁹ Recuérdese que se trata de hechos ya pasados o presentes; se valora solamente el talento del orador, y pasa a segundo plano si el oyente comparte o no lo que se comunica.

De esta manera, se analizará la narrativa testimonial de cinco individuos, a quienes les tocó presenciar de cerca los últimos momentos del Segundo Imperio Mexicano. Cada uno de ellos formó una opinión positiva o negativa respecto a la figura del emperador, los ciudadanos queretanos, los adversarios y los hechos militares más relevantes. Finalmente, los autores se dieron tiempo para reflexionar sobre los acontecimientos políticos y sociales que se presentaron con la llegada del Imperio, y los que desde su perspectiva habrían de suscitarse con la caída de éste.

Aquí se considera que los testigos del sitio de Querétaro tomaron la pluma para exorcizarse de un acontecimiento que afectó profundamente sus vidas, ya sea por la pérdida de un ser que les resultó muy querido y entrañable (Maximiliano), como lo manifestaron José Luis Blasio y Albert Hans, o por la afectación de su patrimonio durante los combates, como le sucedió a Bernabé Loyola. La experiencia en cuestión pudo ser placentera o traumática; virtuosa o llena de vicios. En esta misma vertiente se expresa Erika Pani, pues señala que, en aquella coyuntura, “la escritura se convirtió en una forma de digerir la experiencia propia, de defender reputaciones

y no las delimita o incluye ninguna ciencia”. Por ello, todos participan de ambas e intentan inquirir y resistir a una razón. *Cfr.* Tomás Albaladejo, *Retórica*, p. 55.

⁹ Heinrich Lausberg, *Manual de retórica literaria*, vol. I, 1966-1968, p. 106.



tanto propias como ajenas, de terciar en uno de los debates más polémicos del momento y, por qué no, ganar algún dinero”.¹⁰

El capítulo se encuentra estructurado de la siguiente manera: en primer lugar, se presenta el horizonte de enunciación de los autores: Albert Hans, José Luis Blasio, Bernabé Loyola, Sóstenes Rocha y Francisco O. Arce. Se pone especial atención a los distintos estratos sociales y filiación política de los que provenían, cuestiones que fueron determinantes en las temáticas que desarrollaron en sus obras. Tal fue el caso de Albert Hans, miembro de las fuerzas expedicionarias francesas, cuyo discurso fue diametralmente opuesto al resto de los autores europeos, que en la mayoría de los casos vituperaron y condenaron a los mexicanos. Hans señaló en varios momentos su simpatía y solidaridad con los soldados mexicanos que combatieron junto a él, incluso reconoció y valoró las cualidades de los principales oficiales del ejército republicano.

Blasio fue el secretario particular del emperador, lo que le permitió entablar una relación muy cercana con él, casi paternal, por el trato protector y afectivo que siempre le brindó Maximiliano. Por esta razón, su libro se encuentra plagado de muestras de gratitud y admiración hacia su protector. Blasio narró con nostalgia y entusiasmo la elegancia y fastuosidad de la vida cortesana, la misma que se derrumbó en los difíciles días del sitio de Querétaro.

Bernabé Loyola fue un hacendado queretano que decidió escribir sus recuerdos sobre el sitio militar que padeció su ciudad. Su único fin fue dejar a sus numerosos hijos un testimonio acerca de las tropelías que tuvo que soportar al pagar impuestos forzosos y padecer el saqueo que las milicias hicieron en sus propiedades, aunque también aprove-

¹⁰ Erika Pani, *El Segundo Imperio*, 2004, p. 32.



chó la ocasión para señalar los defectos e indiscreciones de Maximiliano.

Por su parte, los generales republicanos Sóstenes Rocha y Francisco O. Arce testimoniaron sobre los episodios militares más importantes durante los 66 días de sitio. Rocha analizó la personalidad de sus principales compañeros de armas, y puso en duda la capacidad castrense de muchos de ellos, incluido Francisco O. Arce. Por su parte, este último se concentró en narrar la organización de los ejércitos republicanos que se acercaban a Querétaro, las características del terreno donde se libraron las principales batallas, y los desesperados intentos que hicieron los sitiados por salir de la plaza.

El capítulo continuará con un rastreo o vínculo entre los dos polos del género retórico demostrativo: elogio y vituperio, los valores exaltados y conductas censurables de parte de los sujetos más importantes en la historia del sitio.

CINCO TESTIGOS.
PERFIL BIOGRÁFICO Y HORIZONTE
(ALBERT HANS, JOSÉ LUIS BLASIO, BERNABÉ
LOYOLA, SÓSTENES ROCHA Y FRANCISCO O. ARCE)

Hans Georg Gadamer designa al *horizonte de enunciación* como “el ámbito de visión que abarca y encierra todo lo que es visible desde un determinado punto”.¹¹ La influencia que pueda tener el observador respecto a su situación en el mundo, su interés intelectual e incluso su participación en un evento coyuntural harán que el horizonte cambie, aunque el punto de observación sea similar, porque “el horizonte se desliza a paso de quien se mueve”.¹² El horizonte, por

¹¹ Hans Georg Gadamer, *Verdad y método*, 1988, p. 369.

¹² *Ibid.*, p. 375.



lo tanto, se encuentra enmarcado por una coordenada espaciotemporal y cobra coherencia a partir de los principios dominantes que lo constituyen, los que debemos entender como marcas culturales de una época, pues pretenden construir una identidad. En todo discurso afloran y determinan los recursos conceptuales empleados con los que esa sociedad indaga en sí misma.¹³

De tal manera, el discurso utilizado por los autores que a continuación se presentan se encuentra íntimamente ligado a pautas ideológicas y conductuales de la sociedad a la que pertenecían. Existe una apropiación y defensa al ideario político, militar, social y económico del que provienen. Mientras en Albert Hans encontramos una defensa de la intervención y el proyecto monárquico, en Bernabé Loyola vemos más una preocupación por el ultraje, la parálisis del comercio y del poder de la burguesía ante los excesos de la guerra. Para los militares como Rocha y O. Arce pesaron más las cuestiones de honor, valentía y destreza en el arte de la guerra.

ALBERT HANS Y LA DEFENSA DE LA RAZA LATINA

La conclusión de la Intervención Francesa no impidió que varios soldados expedicionarios y otros regimientos europeos, como los húsares austriacos y demás dispersos en el territorio, decidieran quedarse en el país. Entre ellos estaba Albert Hans, quien hizo campaña militar en el estado de Michoacán desde 1863 al mando del general imperialista Ra-

¹³ Silvia Pappe, "El concepto de principios dominantes en la historiografía crítica", en Gustavo Leyva (coord.), *Política, identidad y narración*, 2003, pp. 503-516.



món Méndez, por el cual expresó siempre su más profunda simpatía, al igual que hacia los soldados de origen indígena.

Durante sus días en Morelia, editó un periódico de corte conservador, *La Época*, donde él y sus partidarios expusieron sus ideas sobre la situación política del país.¹⁴ A finales de febrero de 1867, la brigada de Méndez evacuó la ciudad de Morelia rumbo a Querétaro, donde lo esperaba el emperador con las últimas huestes imperialistas que habían partido de la capital para reforzar la defensa frente a los ejércitos republicanos de Escobedo y de Corona. Hans observó los principales acontecimientos del sitio de Querétaro, en el cual combatió hasta que cayó la plaza el 15 de mayo. Hans fue hecho prisionero aquel día y, desde allí, él y otros 30 oficiales franceses manifestaron, a través de una carta, su adhesión y respeto por el emperador cautivo. Respondieron de esta manera a la solicitud de otros oficiales galos que, también desde prisión, le pidieron a Escobedo su incorporación al ejército republicano.¹⁵

Albert Hans fue confinado en diferentes cárceles de Querétaro y San Luis Potosí; sin embargo, después de algunos meses, fue indultado por el gobierno como casi todos los oficiales extranjeros. En 1868 se publicaron en Francia sus memorias sobre el sitio: *Querétaro Souvenirs d'un officier de l'empereur Maximilien (Querétaro: Memorias de un oficial del emperador Maximiliano)*. La traducción al español de sus memorias fue elaborada por Lorenzo Elizaga.¹⁶

¹⁴ Albert Hans, *El sitio de Querétaro: memorias de un oficial del emperador Maximiliano*, 1962, p. 15.

¹⁵ Félix Salm Salm, *Mis memorias sobre Querétaro y Maximiliano*, 1869, pp. 196-197.

¹⁶ En la parte final de este texto, como en el de Samuel Basch y otros extranjeros, se encontraba el famoso capítulo de “rectificaciones”, en las cuales se “enmendaba la plana al autor”, recordaban al lector “la condición de invasor que ostentaba el escritor”. En las rectificaciones se “defendía” o se “redimía” el honor y las decisiones tomadas por



En *El sitio de Querétaro* se sigue con puntualidad el rumbo que tomaron las batallas más relevantes, como las del 14 de marzo, 27 de abril y la acción decisiva del 15 de mayo. Hans ahondó en la personalidad y el carácter de los principales jefes, tanto imperialistas como republicanos; comprendió y compartió las angustias y las alegrías del soldado raso.

En 1899 obtuvo el cargo de cónsul general de Paraguay. Durante ese mismo año publicó en París el folleto titulado *La guerra de México según los mexicanos*. Hans falleció en Francia hacia 1930.¹⁷

JOSÉ LUIS BLASIO Y EL CEREMONIAL DE LA CORTE

Fue miembro de una familia de clase media de la ciudad de México, hijo de un militar conservador al servicio de Félix Zuloaga. Blasio conoció al emperador cuando contaba con 22 años. El primer encuentro se dio al acompañar a su madre a una audiencia con el soberano para pedir la libertad de su hermano de 15 años, quien había sido encarcelado por participar en las milicias republicanas. Gracias a su conocimiento y soltura en la lengua francesa, Blasio consiguió un

los hombres de la República. En la edición de 1962, misma que consultamos, se encuentra suprimido este capítulo de rectificaciones, ya que, en opinión de Salvador Abascal, el editor, “no formaban parte de la obra original y por su criterio liberal rabioso”. La “rectificación”, “refutación” o “vindicación” supondrían un diálogo que no prevé el género demostrativo, ya que la obra entraría en un proceso de tipo judicial donde se denuncia y se defiende. En este sentido, el texto de Albert Hans en ningún momento tuvo la intención de hacer una denuncia abierta, como sí lo hicieron otros autores europeos y que se analizarán en el tercer capítulo.

¹⁷ Oliva García de León Melo, *De historias contestatarias: el sitio de Querétaro y el fusilamiento de Maximiliano de Habsburgo a través de los escritos mexicanos y europeos de 1867 a 1869*, 2006, p. 176.



primer empleo como traductor al servicio de Félix Eloin, el consejero de más confianza del emperador durante la primera parte de su gobierno.¹⁸ Más adelante sustituyó a dicho consejero hasta convertirse en una de las personas de más confianza de Maximiliano, a quien acompañó de manera abnegada y fiel hasta su posterior suplicio en la “levítica” ciudad de Querétaro.

En 1905 apareció por primera vez la narrativa testimonial de José Luis Blasio: *Maximiliano íntimo: El emperador Maximiliano y su corte. Memorias de un secretario particular*. El texto carece de pretensiones políticas y falsos apasionamientos; es decir, el autor no se detuvo a dilucidar con detalle la difícil situación política en la que se encontraba el país y no aludió en demasía a las medidas gubernamentales que adoptó el emperador. Sobre la situación vivida en la ciudad de Querétaro,¹⁹ Blasio se resistió a elaborar calificativos negativos o denigrantes sobre los presuntos responsables de la funesta suerte de su mentor, llámense las autoridades que lo sentenciaron o los presuntos traidores de su propio bando. La obra está cargada de un fuerte dramatismo, lo que sin

¹⁸ Prólogo de Patricia Galeana en la obra de José Luis Blasio, *Maximiliano íntimo. El emperador Maximiliano y su corte. Memoria de un secretario particular*, 1996, p. 5.

¹⁹ La tercera parte del texto se titula “Querétaro” y está compuesta por 10 capítulos, pp. 283-428. Esta sección contiene pasajes lúgubres, como el momento en el cual el secretario describió la salida del palacio durante la mañana del 13 de febrero de 1867, la despedida del emperador de los húsares, entre los que destacaban Carl Khevenhüller y el barón Hammerstein. Blasio fue persuadido por el emperador para quedarse en el capital dado su origen civil; sin embargo, el secretario decidió permanecer fiel a la causa imperial y al soberano, en particular. Siendo así, emprendió junto al archiduque el camino hacia Querétaro. Además de secretario, el emperador le asignó otra función: tesorero. Cuando la tropa imperial salió de la ciudad de México, Blasio estaba siempre a su lado y listo para tomar algún dictado.



duda infiere en el ánimo del lector, quien no permanece indiferente ante la narración del secretario imperial.

A José Luis Blasio le interesó más narrar la forma que el fondo. Se enfocó principalmente en describir los códigos de conducta y las ceremonias propias de nobleza: se admiró de que Maximiliano reconviniera a los criados del Palacio de Puebla cuando le dispusieron una recámara con un lecho matrimonial para compartirlo con su esposa. Patricia Galeana se expresa en este sentido: “Ocupa largos párrafos para describir las joyas del emperador y demás personajes. Se refiere con más atención al color de las plumas de los sombreros, y a las botonaduras [...] de sus trajes que a la situación política del propio Imperio”.²⁰

Es interesante señalar que *Maximiliano íntimo* apareció 38 años después de los sucesos de Querétaro, mientras que otros testimonios, como los de Hans, Salm Salm y Basch, aparecieron apenas un par de años después. ¿Por qué tardó tanto Blasio en escribir sus memorias? Quizá porque constituirían una fuente de recursos ante una precaria situación económica, tal vez para recordar que su futuro prometedor en la corte fue truncado de manera abrupta con los sucesos del Cerro de las Campanas. Él mismo lo reflexionó en los siguientes términos:

Mi porvenir antes tan bello y brillante había sido cortado por la mano cruel del destino, mis ilusiones de felicidad no podían al momento realizarse. Era preciso aún esperar [...] Juzgando que la familia del emperador a la que debía en Viena presentarme cumpliría dignamente las disposiciones del muerto; creyendo que mi presencia allí serviría para obtener un buen éxito y que esperando éste en México pasaría aún

²⁰ Patricia Galeana, *op. cit.*, p. 6.



más tiempo sin que pudiera cumplir los únicos deseos que me quedaban de vivir tranquilo al lado de una esposa idolatrada, puesto que mis sueños de ambición y gloria habían quedado desvanecidos por el sangriento desenlace del drama de Querétaro, me decidía a partir y emprendí mi alma y que será la segunda confesión de mis errores y de mis faltas.²¹

En efecto, Blasio acudió a la corte de Viena, donde se entrevistó con el emperador austriaco Francisco José y la madre de Maximiliano, la archiduquesa Sofía. Dichos encuentros constan en el propio texto; sin embargo, fue poca la ayuda que el secretario pudo conseguir. Blasio no retornaría a México.

Al reeditar *Maximiliano íntimo* en 1996, Patricia Galena obtuvo acceso a documentos inéditos que dejan ver la angustiada situación económica del secretario. Cartas escritas a diferentes amigos, entre ellos José María Gamboa, subsecretario de Relaciones Exteriores durante el Porfiriato, una fechada el 3 de marzo de 1889. La misiva da testimonio de esta condición. 20 años después de la publicación de sus memorias, su situación no parecía mejorar. En otra carta escrita a un amigo apodado “Fatman”,²² confesó que había escrito un par de artículos para la *Revista Universal* de la ciudad de Nueva York, pero que el pago obtenido no correspondía a sus expectativas y que no se le aseguraban futuras colaboraciones. Blasio tenía contemplado volver a escribir sobre sus vivencias cerca del emperador Maximiliano en un texto que

²¹ Estas líneas pertenecen al borrador de la tercera parte del libro de Blasio. Cabe destacar que no fueron incluidas en la versión final del texto. Cfr. Patricia Galeana, *op. cit.*, pp. 13-14.

²² Dhyana A. Rodríguez sostiene que esta persona era el escritor Federico Gamboa, quien resultó pariente lejano de Blasio. Véase el material “El secretario de Maximiliano”, en *Relatos e Historias en México*, 2015, p. 39.



se titularía *La confesión de un palacio*; sin embargo, el haber dejado en México su biblioteca significó en retraso en la elaboración de dicho texto, mismo que nunca se publicó.²³

Para Martín Quirarte, las memorias de Blasio pretendían esclarecer asuntos domésticos y detalles sobre la vida del archiduque y sus servidores, antes que abarcar aspectos políticos. Quirarte comentó que *Maximiliano íntimo* se encuentra escrito con una parcialidad notoria favorable al soberano. Blasio “no pretendió hacer investigaciones históricas, sino simplemente evocar al pasado; dar vida a un tropel de recuerdos, reconstruir a su manera un mundo en el que él había vivido y que le fue particularmente grato”.²⁴

BERNABÉ LOYOLA Y EL TESTIMONIO PARA SU FAMILIA

Trabajó como administrador de las haciendas de Jurica y San Juanico, Querétaro. Quizá uno de los datos más curiosos en su vida fue que se casó con dos hijas de su patrón, don Timoteo Fernández de Jáuregui. En sus dos matrimonios llegó a tener más de 10 hijos. Esa relación familiar y su amistad con el general Mariano Escobedo lo ayudaron a ascender en la escala social queretana hasta convertirse en hacendado.

Durante el sitio militar de su ciudad, Bernabé Loyola fue identificado por los oficiales imperialistas como “gente pudiente” y fue obligado, junto con otros ciudadanos, a pagar impuestos forzosos.²⁵ Su hacienda de San Juanico, ubicada

²³ Patricia Galeana, *op. cit.*, pp. 15-16.

²⁴ Martín Quirarte, *Historiografía sobre el imperio de Maximiliano*, p. 83.

²⁵ Andrés Garrido del Toral informa de otra gente acaudalada que fue obligada a pagar impuestos: doña Guadalupe Piña de Mena, de la hacienda La Capilla; don Manuel Acevedo, de la hacienda Casa Blanca; don Eduardo Gutiérrez, de El Jacal Grande; doña Guadalupe de Samaniego, de las haciendas de Carretas y Callejas; don Gil Ramírez,



fuera de la ciudad, en la parte noroeste, resguardaba semillas y animales, botín bastante apreciado durante el sitio; fue asaltada una y otra vez.

Hilarión Frías y Soto, amigo de la familia Loyola, decía, en sus rectificaciones a la obra de Samuel Basch, que la casa de la hacienda “era una habitación magnífica, y montada con lujo europeo”,²⁶ incluso contaba con un piano, el cual era tocado con gran maestría por la esposa de Loyola, Catalina Jáuregui, y por uno de sus hijos. La magnífica hacienda de San Juanico fue saqueada hasta quedar prácticamente en la ruina: “desapareció todo aquel lujo. Los muebles de ricos tapices fueron hechos pedazos [...] las cortinas, los cielos rasos y los cuadros fueron arrancados, y el piano fue destruido en un momento”.²⁷ Ante el inminente saqueo, Loyola se internó en la ciudad. Fue constantemente amenazado de muerte por Miramón. No obstante, logró entablar amistad con los generales más importantes de ambos bandos.

Ayudado de un potente catalejo, se convirtió en el observador civil más importante del sitio. Durante los primeros días del asedio, subía al techo de la casa donde se refugiaba, ubicada en el Portal Quemado de la Plaza de la Independencia, para ver los combates. Aunque Loyola insistió en que no era su propósito principal narrar los sucesos de armas, sí se refirió a algunos enfrentamientos. Consideraba que el Ejército Imperial saldría triunfante, pues las tropas republicanas lo decepcionaron grandemente, a las cuales calificó como una chusma sin gran disciplina y blasones militares. Después de que Méndez lo obligó a pagar considerables cuo-

de la Hacienda de Carrillo, y doña Dolores de Ecala, propietaria de la de Alvarado. Cfr. Andrés Garrido del Toral, *A 150 años del sitio de Querétaro y el triunfo de la República*, 2017, p. 27.

²⁶ Samuel Basch, *Recuerdos de México, memorias del médico ordinario del emperador Maximiliano*, 1953, p. 424.

²⁷ *Idem.*



tas para el ejército sitiado, Loyola se escondió en el desván de la casa mencionada. No salió de allí hasta que Escobedo ocupó la plaza.

Loyola escribió sus memorias sobre esos días bajo el título *El sitio de Querétaro en 1867. Memorias íntimas, por el señor Bernabé Loyola*. En su exordio repitió varias veces que las escribió con la intención de que sus hijos tuvieran una idea de la ruina que sufrió San Juanico, además de los grandes daños causados a la ciudad. Es importante mencionar que, 100 años después de los acontecimientos, estas memorias se transformaron en un documento vindicativo en relación con las conductas que asumieron las autoridades republicanas de aquel entonces.²⁸

En las primeras páginas de sus memorias, no queda totalmente claro cuál de los dos bandos fue objeto de sus simpatías, pues narró los robos de ganado y la leva forzosa que tanto imperiales como republicanos hicieron en sus haciendas. Sin embargo, conforme el lector se adentra en su texto, se puede dar cuenta de que se alineó a la causa republicana, no sólo por el contacto cercano que llegó a tener con Escobedo, quien incluso lo invitó a administrar una de sus haciendas, sino por las constantes críticas que hizo sobre Maximiliano.

²⁸ Las memorias del señor Loyola aparecieron por primera vez en 1967, justo en el centenario del triunfo de la República y fueron publicadas por el Gobierno del Estado de Querétaro. En el texto introductorio se percibe una justificación en torno al procedimiento de las tropas republicanas durante el sitio. El texto de Loyola fue reeditado en 2009, una vez más bajo el auspicio del gobierno estatal. En esta ocasión el estudio previo, elaborado por Armando Ruiz Pérez, sugiere que el documento sea tomado más como un testimonio histórico sobre las penurias que enfrentó la ciudad a causa de las acciones de las tropas tanto imperiales como las republicanas, y no como un manifiesto político.



El relato transcurre entre las detenciones que sufrió a manos de oficiales imperialistas y republicanos, entuertos que muchas veces terminaban cuando era presentado ante los generales, a quienes conocía y lo dejaban en libertad. Durante aquellos días, Loyola se transformó en un administrador entre dos fuegos: mediante su amistad con el republicano Mariano Escobedo y con los imperialistas Tomás Mejía, Ramón Méndez y Mariano Reyes; entre la ayuda que brindó a sus peones al esconderlos de la leva republicana y los altos impuestos que tuvo que pagar a los imperialistas.

SÓSTENES ROCHA Y EL EXALTAMIENTO PERSONAL

La carrera militar del general Sóstenes Rocha comenzó con su ingreso al Colegio Militar en 1831. Participó en diversas acciones armadas a comienzos de la década de los cincuenta; la más importante fue la que emprendió en contra de los sublevados de la Revolución de Ayutla, encabezada por el general Juan Álvarez para derrocar la dictadura de Antonio López de Santa Anna.

Rocha militó en el lado conservador hasta 1857, cuando solicitó indulto al gobierno para servir en las fuerzas liberales. Empero, cuando formaba parte de la Guardia Nacional de Guanajuato, en 1858, fue tomado prisionero y se vio en la necesidad de volver a servir en el ejército conservador. En ese momento tuvo a los generales Severo Castillo y Miguel Miramón como sus principales jefes. Pero Rocha volvió al lado liberal en 1860. Sus fuerzas combatieron en la Guerra de Reforma, vio acción en el Estado de México y los pueblos colindantes a la capital del país. Una vez que los liberales alcanzaron el triunfo, entró a la ciudad al lado del general Jesús González Ortega en diciembre de 1861.

Sóstenes Rocha continuó su carrera militar contra la Intervención Francesa y el Segundo Imperio, como una de las



principales cabezas del Ejército del Norte. Se destacó en las batallas que se libraron en ciudades norteñas como Monterrey, Saltillo y Matamoros.²⁹

A raíz de la victoria obtenida por las tropas republicanas sobre Miramón en febrero de 1867, en San Jacinto, Zacatecas, se preparó la última ofensiva contra las fuerzas imperiales que se concentraban en Querétaro. Sóstenes Rocha quedó al mando de la división de infantería del Ejército del Norte. Participó en los principales combates del sitio queretano, como la batalla del 14 de marzo, el ataque a la Casa Blanca y la batalla del Cerro del Cimatario.

Rocha escribió sus impresiones sobre dichas batallas en un breve texto que tituló *Apuntes históricos sobre el sitio de Querétaro*. Concluyó los apuntes en París, cerca de 1878, y fueron publicados por primera vez en el diario neoleonés *El Porvenir* en 1944. Dos años más tarde, fueron reimpresos por el Archivo Histórico Mexicano, dirigido entonces por el general Juan García Rosas. El texto se encuentra dividido en dos apartados. En el primero, Rocha reflexionó sobre la personalidad y el talento profesional de los principales oficiales republicanos que sitiaban la plaza. También hizo un recuento pormenorizado de los recursos bélicos y materiales que tenían a su disposición los ejércitos del Norte y Occidente. La segunda parte de los *Apuntes* la dedicó a describir los acontecimientos más notables en las batallas ocurridas el 14 y 24 de marzo, y el 10. y 27 de abril de 1867.

La narrativa testimonial de Sóstenes Rocha es interesante por varias razones. En primer lugar, por ser un documento de carácter militar. Ilustra, de manera técnica y precisa, la estrategia previa a las acciones y los movimientos consecuentes de las tropas. El texto carece de referencias políticas. Esta ausencia quizá está vinculada al desinterés en el tema de

²⁹ Daniel Moreno, *El sitio de Querétaro según protagonistas y testigos*, p. 4.



parte de Rocha. Su afición por las armas fue preponderante. Después del triunfo de la República, se mantuvo activo combatiendo las sublevaciones contra el gobierno de Juárez; se enfrentó a Porfirio Díaz, al que siempre abatió.

El autor no persiguió una posición importante dentro del gobierno, aunque tuvo una comisión diplomática en Francia en 1876. A su regreso a México, cuatro años más tarde, dirigió el Colegio Militar. Rocha también ejerció el periodismo, administró la revista de corte marcial *El Combate*, además de publicar otros libros y folletos sobre el mismo tema.³⁰

FRANCISCO O. ARCE Y LOS ACTORES COLECTIVOS

O. Arce fue otro militar republicano que estuvo presente en el lugar donde cayó Maximiliano, y que escribió su versión sobre lo sucedido. No contó con la simpatía de muchos de sus coterráneos: el propio Sóstenes Rocha tenía una opinión desfavorable de él, lo acusaba de brindar más atención a la política que a los hechos de armas.³¹

O. Arce nació en la ciudad de Guadalajara, Jalisco, en 1831. Su primera instrucción la realizó en su ciudad natal, para después incorporarse al Colegio de Minería de la ciudad de México, donde interrumpió sus estudios para combatir la Intervención Norteamericana en 1847.

³⁰ Algunos de éstos son *Estudios sobre la ciencia de la guerra* (1879); *Enquiriación para los sargentos y cabos del Ejército* (1880) y *Ayuda de memorias del oficial mexicano en campaña* (1880). Cfr. Daniel Moreno, *op. cit.*, p. 6.

³¹ Rocha no fue el único que tuvo dudas sobre la participación de Otálora Arce en Querétaro. Fernando Iglesias Calderón, hijo del ministro juarista José María Iglesias, escribió en la obra *Ratificaciones históricas*, que O. Arce ni siquiera entró a la ciudad de Querétaro una vez tomada por las fuerzas republicanas. Cfr. Armando Ruiz Pérez, "Estudio Previo", en Francisco O. Arce, *El sitio de Querétaro del 11 de marzo al 15 de mayo de 1867*, 2009, pp. 13-14.



Continuó su carrera durante la Guerra de Reforma y la Intervención Francesa. Prestó sus servicios a los ejércitos juaristas en momentos trascendentes como la batalla del 5 de mayo de 1862 y las operaciones sobre Querétaro en 1867. Sobre este hecho, escribió *El sitio de Querétaro: Del 11 de marzo al 15 de mayo de 1867*. Se desconoce el momento exacto en que O. Arce escribió sus impresiones sobre el sitio, sólo se sabe que el 15 de mayo de 1887, 20 años después del triunfo republicano, dirigió una carta al periódico *El Correo de las Doce*, donde declaró sobre su participación en el evento: “hizo mérito de su activa y principal intervención en la toma de la ciudad”.³²

El texto apareció en 1967, junto con el de Loyola, como una conmemoración que el Gobierno del Estado de Querétaro hizo durante el centenario de este episodio. Las memorias de O. Arce tienen un orden expositivo similar al texto de Hans, aunque es mucho más breve. No obstante, en el proemio expuso la organización del ejército republicano que sitió la plaza y detalló de manera concisa los aspectos generales de la ciudad de Querétaro; consideró su situación geográfica y la solidez de sus construcciones, que la hacían “muy defendible”.

Al triunfo de la República, fue comisionado por Juárez para pacificar el estado de Guerrero, lugar donde más tarde se convirtió en gobernador. Desde este cargo emprendió una amplia campaña social, educativa y de infraestructura. En el terreno político enfrentó la oposición de liderazgos locales como los del general Vicente Jiménez, tío de Ignacio Manuel de Altamirano, pero O. Arce siempre logró imponerse, en la mayoría de las ocasiones con la ayuda de Benito Juárez. En

³² Francisco González de Cosío, “Reproducción a la introducción de la edición de 1967”, en Francisco O. Arce, *op. cit.*, p. 102.



1876 se adhirió al Plan de Tuxtepec, periodo en el cual fungió como comandante militar y gobernador de Sinaloa.

En los primeros años del Porfiriato, la figura política de Francisco O. Arce se engrandeció: se convirtió en diputado federal de 1881 a 1882 y, de nuevo, en gobernador de Guerrero de 1885 a 1893. Fue senador de la República de 1894 a 1898 y magistrado del Supremo Tribunal Militar de 1899 hasta 1903, año de su deceso.

ELOGIOS A LA VIRTUD

Las virtudes se comprendieron en el pensamiento clásico como las disposiciones subjetivas requeridas por comportamientos que operaban como imágenes sociales de lo moralmente relevante y loable. Aristóteles dejó establecido en su *Retórica* que “sin seriedad o con ella, alabábamos no sólo a Dios u objetos inanimados, sino también a los hombres”.³³ ¿Qué es aquello que produce la acción de alabar las acciones de los hombres? Aristóteles da la respuesta: la nobleza. Lo noble es aquello que siendo bueno es agradable. Necesariamente la virtud es noble, porque al ser algo bueno es laudable. La virtud es la facultad de hacer grandes bienes de varias maneras, y respecto a todo.

Aristóteles enlistó una serie de virtudes, a saber: la justicia, por la cual cada uno posee sus propias cosas; la fortaleza, por la que uno es capaz de realizar bellas acciones en los peligros; la templanza, por la cual se está dispuesto a gozar de placeres del cuerpo; la magnanimidad, proveer grandes beneficios; la libertad, hacer beneficios con las riquezas; la magnificencia, realizar cosas grandes y costosas; la prudencia, según la cual se puede deliberar respecto de los bienes y de los males.

³³ Aristóteles, *op. cit.*, p. 109.



La virtud no debe ser entendida como una pasión, sino como una acción. De tal forma, la virtud es la acción más apropiada a la naturaleza de cada ser, el acto más conforme con su esencia. Aquel que demuestra poseer más virtudes no sólo es de mayor utilidad en la guerra y en la paz, sino que se le tributa mayor honra.³⁴

Quintiliano, por su parte, trató el uso del elogio y el vituperio en armonía con la formación y la disposición ética que siempre debe mantener y mostrar el orador. Si el ejercicio retórico es, además de preparación para el oficio jurídico, camino de conocimiento y, por tanto, de *virtud*, el uso del elogio debe siempre responder a la verdad y al uso honesto y conveniente que el elogiado haya hecho de sus cualidades, por ello merece el elogio y la admiración de quienes escuchen el discurso laudatorio. Escribió al respecto: “Pero todos los bienes, externos a nosotros y cuanto a los hombres cayó en suerte, no se prestan al elogio por el hecho de que uno los haya poseído, sino por haberlos utilizado de manera honorable”.³⁵

El elogio de personas exige la narración de las acciones protagonizadas por el individuo alabado, así como la descripción de su físico; se requiere también de la descripción positiva del lugar donde han sucedido los acontecimientos. El orador refiere únicamente los rasgos más convenientes para embellecer el objeto del elogio. Es común que calle los periodos de decadencia de la ciudad o silenciar los vicios del *laudandus*. Obviamente, la descripción y la narración del discurso demos-

³⁴ Platón opuso serias objeciones al discurso demostrativo. A su entender, el género laudatorio “se caracteriza por mentir acerca de las cualidades del objeto, ya que enaltece tanto las virtudes que éste posee como aquellas de las que carece, mientras que el buen elogio debería ser ante todo verídico”. Cfr. Eugenia Houvenaghel, *op. cit.*, p. 137.

³⁵ Quintiliano de Calahorra, *Obra completa* (trad. y ed. Alfonso Ortega Carmona), 2000, libro III, cap. VII, p. 13.



trativo distan mucho de ser objetivas, puesto que se hallan subordinadas al objeto fundamental del encomio: el de destacar la excelencia del *laudandus*. El género retórico demostrativo no se caracteriza por prodigar los detalles, sino que habitualmente refiere los hechos de manera alusiva. El orador prefiere extenderse en la interpretación moral, religiosa e histórica de los hechos, explicando cuál es el significado del acto entero, en qué consiste el valor de la ceremonia en su totalidad o cuál ha sido la contribución fundamental de la persona elogiada. De esta manera la narración y la descripción dentro del elogio suelen verse interrumpidos por extensos desarrollos interpretativos o largos pasajes reflexivos acerca del significado de los hechos relatados.

Un lector poco versado en nuestro objeto de estudio quizá piense que la virtud sería exclusiva del emperador, pero no es así. Los autores revisados no sólo tributaron al monarca sino a otros personajes e incluso a actores colectivos, como el ejército. Observemos las virtudes que los autores identificaron en otros sujetos:

FORTALEZA

No significa enfrentarse a los peligros con desprecio y sangre fría, sino saber padecerlos con abnegación, buen juicio y prestancia. Para Albert Hans, la empresa imperial en México representó una “acción civilizatoria”, “un favor”, “un proceder noble” de parte de Francia hacia un país exótico, salvaje, peligroso y amenazado por el fantasma del expansionismo y protestantismo norteamericano. Defender la primacía de cultura latina en México era un desafío que requería contar con una gran fortaleza. Para el subteniente francés, el elegido por Napoleón III para llevar a cabo esa defensa mostró esta virtud en alto grado. No obstante, ésta se hizo más patente durante su estancia en Querétaro. Albert Hans trató de exaltarla en



varias partes de su texto. En éste es una constante encontrar pasajes en donde el archiduque tomó parte activa en los combates más peligrosos, como el del 24 de marzo. Su actitud contagió de valentía a soldados imperiales; sin embargo, provocó la preocupación y las recomendaciones enérgicas de los generales Miramón y Mejía para que no se expusiera. La posible muerte de Maximiliano en el campo de batalla fue motivo de preocupación y constante incertidumbre. En la narrativa testimonial de Félix de Salm Salm se hace referencia a la preocupación política externada por Mejía ante la exposición física del emperador. Hans refirió la posible ingobernabilidad del Imperio ante la eventualidad de la muerte de Maximiliano, pues sus sucesores no estaban en condición de ejercer el poder. Carlota estaba ausente y tenía cierta incapacidad mental. Otro problema identificado fue la corta edad que en ese momento tenía Agustín de Iturbide y Green, nieto del primer emperador, a quien Maximiliano había adoptado como su sucesor al trono.

La fortaleza del soberano continuó hasta el fin del sitio. El 15 de mayo, cuando él y su comitiva fueron perseguidos hasta el Cerro de las Campanas, lugar donde enarboló la bandera blanca y entregó su espada a Escobedo. Allí, prácticamente derrotado y humillado, tuvo que enfrentar burlas y degradaciones morales a las que supo responder desdeñosamente y sin sobresaltos.³⁶

El secretario imperial, José Luis Blasio, observó las mismas acciones honrosas y dignas ante la adversidad por parte de su soberano, las cuales puso de manifiesto durante su cautiverio, su proceso militar y posterior ejecución. Desde una perspectiva dramática y conmovedora, Blasio enfatizó

³⁶ A este respecto, Hans recordó la escena en que un oficial republicano apuntó su pistola a la cabeza y corazón de Maximiliano, preguntándole si en verdad era el llamado emperador. Maximiliano asintió, pero también le obsequió un abrazo.



la entereza de Maximiliano. Lejos ya de los elegantes chambelanes y las distinguidas damas de honor del palacio, el archiduque se conmovió por las reverencias que le hicieron sus compañeros presos, sucios, heridos y mal vestidos en el Convento de las Teresitas: “Al llegar al convento, nos forman en la calle, antes de entrar, y entonces todos nos descubrimos respetuosamente. El emperador saluda y dice: ‘Ningún otro monarca puede vanagloriarse de tener semejante corte’”.³⁷

A diferencia de otros testimonios, como los del doctor Samuel Basch o el de Félix Salm Salm, Blasio no manifestó rencor contra las autoridades que sentenciaron a muerte a Maximiliano, tampoco dedicó muchas líneas a reflexionar sobre los acontecimientos políticos que se habrían de suscitarse después. El relato sobre los últimos días de vida del archiduque alude a la descripción de pequeños detalles y de sus necesidades: desde el mobiliario de sus diferentes celdas, la disposición de éstas, hasta los alimentos que consumió. También hizo referencia a los padecimientos físicos que aquejaron en todo momento al emperador, pero que no afectaron su ánimo ni su buen humor.

Estando presos en el Convento de las Capuchinas, Blasio comentó la confianza que sentía Maximiliano de salir con vida de México, incluso lo invitó a Europa. Pretendía auxiliarse de él para escribir la historia de su reinado: “Después se dedicarán a viajar a Grecia y a otros países, para finalmente pasar sus últimos días en su isla de Lacroma”.³⁸ Blasio escribió, además, sobre la ayuda económica que Maximiliano pretendía otorgarle si decidía volver a México, o conseguirle un buen empleo en una legación si deseaba continuar en Europa. Sin embargo, los sueños de salir con vida se escaparon y el secretario tendría que conformarse con escri-

³⁷ José Luis Blasio, *op. cit.*, p. 250.

³⁸ Patricia Galeana, *op. cit.*, p. 13.



bir las últimas cartas de despedida que el soberano le dictó. Una de estas cartas estuvo dirigida al acaudalado ciudadano queretano Carlos Rubio, a quien pidió un préstamo para solventar los gastos de su embalsamamiento y posterior repatriación a Europa.

Dentro de esta historia existen otros sujetos a los que estos autores les atribuyeron la virtud de la fortaleza. Tenemos por caso a Catalina Jáuregui, segunda esposa de Bernabé Loyola. Ya Hilarión Frías había comentado sobre ella: “un ángel que abrigaba a todos los desgraciados, y los peones de la hacienda [...] era una matrona llena de inteligencia y de virtudes”.³⁹ Vivió parte del sitio embarazada, dio a luz la misma noche que Márquez salió rumbo a México. Bernabé Loyola consideró que su segunda mujer era dueña de una gran fortaleza dado el valor con que enfrentó las distintas ocupaciones de las tropas francesas en sus propiedades. Precisamente, su narrativa testimonial comienza contando la ocupación que un grupo de militares franceses hizo sobre San Juanico a finales de 1866, quienes le exigieron voluntarios, semillas y animales. Loyola fue advertido de que, ante una posible negativa, sería confinado a la cárcel, pero el hacendado se mantuvo estoico y se negó a conceder tal petición. Ante esta situación, su mujer se condujo “con entereza como buen humor”.⁴⁰

Durante esta ocupación a San Juanico, Catalina observó una conducta “firme y dignamente patriótica; ni un momento la he visto titubear ni manifestar la menor debilidad”.⁴¹ Como hablaba fluidamente el francés, Catalina se hizo respetar y admirar por los invasores. Apoyó hasta el último instante la negativa de su marido. Loyola escribió a su pa-

³⁹ Samuel Basch, *op. cit.*, p. 424.

⁴⁰ Bernabé Loyola, *El sitio de Querétaro en 1867. Memorias íntimas, por el señor Bernabé Loyola*, 2009, p. 34.

⁴¹ *Idem.*



dre político, Timoteo Fernández de Jáuregui, abiertamente simpaticante de Maximiliano y que en ese momento se encontraba en México: “Tengo mil motivos para adorar a este ángel, pero ahora se me ha revelado bajo una forma que no esperaba; tengo en mi mujer un modelo no sólo de honor, de virtud y de prudencia, sino de dignidad, firmeza y patriotismo”.⁴² Loyola refería que esta conducta pudo haber provocado cierto escozor en su suegro, miembro del Ayuntamiento de México y caballero de la Orden Imperial de Guadalupe. El destacamento se marchó, pero siguieron los amagues y amenazas para la familia. Esta situación, aunada al embarazo de Catalina, instó a Loyola a trasladar a su mujer a la ciudad. Pero, desde allá, Catalina siguió estimulando a su marido, mandándole pequeños papelitos en que le insistía no claudicar ante las presiones.

Existen casos en la narrativa testimonial en que el objeto de elogio es el propio autor. Ceden a la vanidad, se enuncian como hombres capaces de pasar del anonimato a la fama; saborear el placer de revivir los días gloriosos en los que tuvieron un papel principal o simplemente satisfacer la curiosidad de familiares y amigos. Pero la vanidad puede suponer una violación a los preceptos de veracidad y sinceridad del discurso. Más que calcar un tipo de identidad, una personalidad única y propia del autor, puede trastocarla, cambiándola radicalmente. Ceder a la vanidad opera con relación a las virtudes.

En estos casos el autor es el que posee la mayoría de las cualidades, reservando para los demás personajes que intervienen en el relato tan sólo unas cuantas. Este es el caso de la narrativa testimonial del general Sóstenes Rocha. En la segunda parte de *Apuntes históricos sobre el sitio de Querétaro*, se refiere puntualmente a las cuatro batallas del sitio, en don-

⁴² *Idem.*



de su participación aparentemente fue oportuna y decisiva. La primera, ocurrida el 14 de marzo, día en que Escobedo pretendía tomar el desguarnecido Cerro de San Gregorio. Rocha contó que la toma del montículo se lograría creando un falso ataque sobre el Convento de la Cruz. El general Ramón Corona, jefe del Ejército de Occidente, designó a Rocha y a los generales Jerónimo Treviño y Benigno Canto para llevar a cabo dicha acción. Rocha escribió que la operación “no carecía de gran impulso y energía, pero era practicado sin orden ni método alguno y faltaba la presencia del jefe. [...] Yo mandé en el acto abrir los fuegos de artillería sobre la caballería enemiga, que tuvo que modificar su expresa formación”.⁴³

La toma de San Gregorio se ejecutó con éxito, pero el despliegue sobre La Cruz no tuvo la conclusión que Rocha deseaba: arrebatarla a los imperialistas. Corona les había mandado tomar definitivamente la posición, si es que la situación fuera lo suficientemente favorable, pero la férrea defensa enemiga lo impidió. No obstante, Rocha denunció la impericia de sus compañeros, especialmente la de Benigno Canto, a quien culpó de no haber podido tomar La Cruz, lo expresó de la siguiente manera:

Es indudable, que con una mejor dirección y otro jefe que Canto, a la cabeza del ataque y que yo hubiera recibido la orden de atacar igualmente, a la Cruz por mi flanco hubiera esta llave estratégica caído en nuestro poder y, por lo mismo, la resistencia de la plaza hubiera sido efímera.⁴⁴

⁴³ Sóstenes Rocha, “Apuntes históricos sobre el sitio de Querétaro”, en Daniel Moreno, *op. cit.*, p. 10.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 12.



Rocha se asumió como la cabeza estratégica más notable del ejército sitiador, incluso por encima de Escobedo y Corona, los principales jefes. Sobre lo ocurrido durante la jornada del 24 de marzo, el ataque a la Casa Blanca, Rocha puso en duda las opiniones de estos jefes, pues ante su negativa de volver a intentar un ataque en el punto referido dado los altos costos humanos y materiales que supondría, mencionó: “Me pareció esta idea muy singular, pues al ataque nada tenía de difícil, bien efectuado nos habría producido insignificantes pérdidas y su adquisición [...] hubiera sido sumamente perjudicial al enemigo”.⁴⁵

Pero nuestro autor, como un buen militar, se mantuvo disciplinado y nunca contrarió las órdenes de sus superiores. En otro episodio de armas, la famosa batalla del Cimatario,⁴⁶ Rocha demostró su determinación y obediencia, la cual puso de manifiesto en su narración testimonial. En esta batalla Miramón emprendió un fuerte ataque en las faldas del cerro. La brigada de Corona perdió su posición y sus hombres se dispersaron. Escobedo mandó a llamar a Rocha para encomendarle retomar el lugar perdido. Esta acción fue propicia para que Rocha mostrara su conocimiento en el arte de la guerra y enalteciera su figura, mientras mancillaba la de otros, como la del general Vicente Riva Palacio, a quien acusó de abandonar su posición “bajo cualquier pretexto buscando un abrigo”,⁴⁷ o la del general Jesús Díaz León, quien se

⁴⁵ *Ibid.*, p. 15.

⁴⁶ El movimiento consistía en subir por las faldas del monte y desalojar a viva fuerza a las tropas republicanas. Todo tenía que hacerse mediante una maniobra fulgurante. Miramón movía 2500 hombres, la mitad de los efectivos de la plaza. *Cfr.* Luis Islas García, *Miramón, caballero del infortunio*, 1989, p. 289.

⁴⁷ Sóstenes Rocha, *op. cit.*, p. 19.



rehusó a prestarle uno de sus batallones “procurando ocultar su cobardía”.⁴⁸

Sóstenes Rocha se describió en ese momento como el hombre más valiente e importante en escena. Arengó a su tropa, a la que recomendó “que apuntara cuidadosamente y con sangre fría, veía en ellos el presagio de la victoria”.⁴⁹ Hasta entonces, la sabiduría, prestancia y decisión que presuntamente caracterizan a Rocha fueron ignoradas por Escobedo, pues le impidió tomar la Casa Blanca y le mandó concentrarse únicamente en rescatar la línea que Corona había perdido. Al final, la victoria fue de los republicanos, pero Rocha sintió que fue una victoria personal. Consideraba que el capítulo del 27 de abril supondría la posterior derrota de los imperialistas, un par de semanas más tarde. Al final de sus *Apuntes* escribió: “la Patria reconocida señalará algún día las páginas de su historia, con los nombres de esos héroes”.⁵⁰ Para este general, dicha acción significaba el paso de su nombre a la historia. Líneas más adelante escribió con orgullo que su participación en la operación del 27 de abril le valió el ascenso a General Efectivo de Brigada.

Como ha quedado establecido, el texto de Rocha fue un instrumento para ensalzar sus victorias en campaña y poner en tela de juicio las capacidades de sus compañeros. No obstante, encontramos menciones de respeto y admiración para sus rivales imperialistas. Sobre esa base, es interesante señalar que no existen referencias directas sobre Maximiliano; de hecho, menciona su nombre sólo en dos ocasiones y en la última página. La razón probable es que, siendo un documento netamente militar, Rocha no reconociera las cualidades de Maximiliano como soldado.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 21.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 22.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 24.



Por otra parte, también es importante pensar en lo que Rocha calló, es decir, ¿por qué reflexionó sobre cuatro batallas en específico, si el sitio transcurrió por más de dos meses de encarnizados encuentros? ¿Por qué no analizó la operación del 15 de mayo, cuando cayó la plaza? ¿Por qué no dijo nada respecto del proceso y posterior fusilamiento de Maximiliano? ¿Por qué no habló de la entrevista que tuvo con Miramón? Tal vez la respuesta a las dos primeras preguntas tenga relación con su participación directa en los hechos. En otros testimonios no hay mención acerca de que Rocha haya participado en otras batallas importantes, como la que se libró en la garita de México el 1o. de mayo o durante la toma del Convento de la Cruz el día 15 del mismo mes.

Ahora bien, también existe otro tipo de elogio en la narrativa testimonial sobre el sitio de Querétaro. Éste correspondería a los actores colectivos, al conglomerado que sufrió en carne propia los horrores de la guerra: los soldados. Quien los puso en un primer plano fue Francisco O. Arce. Él se esforzó en concretar un discurso ágil y ameno a partir de un claro ordenamiento temporal en su narración. Supo guardar un distanciamiento entre él como autor y como partícipe de los hechos, es decir, no recurrió a un lenguaje apasionado en los momentos en que intervino. En toda su narrativa se menciona a sí mismo sólo en dos ocasiones, una de ellas sobre su polémica participación en la acción del 15 de mayo, y siempre en tercera persona: “el general Arce”. Esta estrategia narrativa es comúnmente utilizada en las autobiografías para crear una distancia entre el objeto y el sujeto. En lugar de elogiarse desde el interior, se esforzó por medio de un “personaje” y apelando a la tercera persona para ensalzar a los sujetos colectivos.

Ésta es una diferencia fundamental con el texto de Rocha: mientras el primero se describió como un héroe, cuyas acciones fueron determinantes en el resultado de las batallas,



O. Arce se describió como un soldado más, como parte del conjunto. Probablemente, la única coincidencia con la narrativa de Rocha se encuentra en la continua repetición de los términos castrenses y en la descripción de los movimientos militares, pero existe una distancia en relación con el apasionamiento con que Rocha se dirigió a sus coetáneos. De la pluma de O. Arce no salieron referencias negativas sobre ninguno de sus compañeros. Al contrario, mostró su admiración y respeto por todos los oficiales y subalternos que vieron acción en Querétaro. Antes de acusar cobardía de algunos elementos, O. Arce trató de disculpar el atraso o falta de auxilio por parte de sus elementos por cuestiones inherentes a la guerra. Observemos la siguiente cita al respecto sobre el enfrentamiento del 24 de marzo:

La división del General Riva Palacio no pudo auxiliar a las columnas comprometidas, porque el enemigo la atacó a su vez y casi envuelta y expuesta a sufrir un descalabro, logró replegarse con el auxilio de la caballería del coronel León Ugalde y tomar posiciones sobre su línea, después de cuatro horas de reñido combate.⁵¹

Como se ha señalado, Rocha se refirió específicamente a cuatro batallas, mientras que O. Arce describió 21 enfrentamientos. Los detalles, aunque breves, reflejan el ánimo creciente de las tropas republicanas y el desaliento de los imperiales. El general O. Arce también reconoció la audacia y pericia de los jefes imperialistas; sin embargo, al igual que Rocha, no dudó de que el triunfo de su partido sería definitivo.

⁵¹ Francisco O. Arce, *op. cit.*, p. 116.



Virtud que se opone a la debilidad del que expone un comportamiento mezquino. Es un hábito por el cual el hombre realiza bien lo que le es propio. El monarca refleja esta virtud, pero como un tipo de utilidad o conveniencia. Fue Maquiavelo quien rompió con la tradición moral al llevarse el concepto de *virtù*⁵² a la órbita de la técnica y la utilidad; concretamente, de la utilidad política. Para Maquiavelo, la *virtù* es un conjunto de cualidades que le permiten al caudillo vencer los obstáculos del presente y hacer frente a cuantos tropiezos pueda depararle el futuro. Es una facultad de querer y de hacer.

La *virtù* está directamente asociada con la voluntad y la inteligencia, la acción y la destreza; es conocimiento y sagacidad, pero no presunción; es arrojo y competencia, pero no temeridad.⁵³ Bajo el paradigma maquiavélico de la *virtù*, la figura monárquica utiliza a su conveniencia la magnanimidad, la justicia y la fortaleza, pero con una finalidad. Valdría la pena pensar en la utilidad que quiso darle Maximiliano. Quizá asegurarse una posición en el futuro o, en caso de continuar en México, conservar las simpatías y el apoyo político no sólo de sus partidarios sino del partido contrario. Analicemos ahora el proceder magnánimo del emperador descrito por los autores durante su estancia en Querétaro.

Albert Hans y José Luis Blasio escribieron largas líneas en donde plasmaron la conducta piadosa y noble de

⁵² Concepto clave en el léxico maquiavélico. El concepto toma distancia de aquellas connotaciones adquiridas por influencia del cristianismo. Por otro lado, devuelve la polisemia que tuvo en la antigüedad en varias ocasiones refiriéndose de manera explícita a "*quella antica virtù*" (esa vieja virtud) en *El príncipe*. Cfr. Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*, 2008, libro VI, pp. 2-3.

⁵³ José Abad, "La *virtù* según Maquiavelo: significados y traducciones", *Tonos. Revista de Estudios Filológicos*, 2008, p. 6.



Maximiliano. Éste se conmovía, lloraba y trataba con toda humanidad a sus soldados e incluso a los prisioneros. En este sentido, la obra de Hans muestra varios tintes emotivos, que llevan a los protagonistas a un escenario prácticamente teatral. La tragedia, la entereza ante la adversidad, el reconocimiento al valor son las virtudes más distintivas en la narración. Esta construcción del archiduque como una figura heroica también se traslada a los ciudadanos queretanos que sufrieron el sitio: a pesar de las penurias se mantuvieron firmes ante el desastre e identificados siempre con los sacrificios físicos y morales que enfrentó el archiduque.

Cabría citar algunas partes del texto de Hans, las cuales ilustran muy bien estas afirmaciones. La primera reseña el momento en que el emperador visitó la cárcel en que fueron recluidos algunos soldados republicanos, la segunda es un fragmento sobre la muerte del joven coronel Joaquín Rodríguez, acaecida en las operaciones militares del 10. de mayo, y que conmovió sobremanera a Maximiliano:

No olvidaré, dijo el emperador, que habéis sido hechos prisioneros combatiendo. Por consiguiente, si necesitáis alguna cosa, pedídmela, encontrareis en mí un amigo. Tened esperanzas, yo os volveré muy pronto al seno de vuestras familias. Estas palabras fueron acogidas por los prisioneros con una emoción fácil de comprender. Este lenguaje y estos sentimientos no son habituales en los vencedores en las guerras civiles de México.⁵⁴

El emperador se mostró magnánimo incluso entre los prisioneros, y éstos no se mantuvieron indiferentes ante esta manifestación. Una vez que cayó preso el archiduque, fue

⁵⁴ Albert Hans, *op. cit.*, p. 82.



visitado con toda la cortesía y simpatía de los más connotados republicanos, como Ignacio Manuel Altamirano, quien llegó a comentarle que era probable que el gobierno juarista dejara vigentes muchas de las leyes que promulgó.

La nobleza, caballerosidad e identificación fue más grande con sus propios compañeros. Hans continuó trayéndola a cuento:

Durante la ceremonia fúnebre interrumpida solamente por el lejano ruido del cañón, el emperador, que quería mucho a Rodríguez pareció estar muy afligido. Miramón llegó al concluir la ceremonia, se acercó al emperador y se excusó de haber ido tan tarde. No le habían avisado a tiempo. Cuando se cargó el cuerpo de Rodríguez para colocarlo en la tumba donde duerme hoy el eterno sueño, el emperador cuya alma era tan sensible no pudo contener sus lágrimas. La concurrencia se hallaba muy conmovida. [...] Las lágrimas corrían por los abronzados (*sic*) semblantes de esos valientes soldados indígenas, cuyo valor, cuya disciplina, cuya modestia y cuya abnegación eran dignos de todo elogio.⁵⁵

Un elemento muy significativo de la cita anterior es que Maximiliano no fue el único que mereció los elogios y admiración por parte de Hans, también los indígenas y mestizos fueron dignos de ello. Ya en las primeras páginas de *Querétaro: memorias de un oficial*, Hans intentó formar un perfil sobre el mexicano y justificar la Intervención Francesa. Sobre el primer punto, es imperante comentar que, a diferencia del menoscabo y aparente desprecio hacia los mexicanos que encontramos en otros textos escritos por europeos, como los del doctor Samuel Basch, Félix Salm Salm y el príncipe Carl

⁵⁵ *Ibid.*, p. 138.



Khevenhüller, el tono en la obra de Hans parece ser el de un mexicano más. El artillero francés no dejó de alabar su valentía, disposición y buen ánimo. Se encontraba ya totalmente adaptado a las costumbres y al idioma.⁵⁶

En lo tocante a la narración de Blasio, puede afirmarse que la mayor parte de ella es un constante elogio, que no sólo se encuentra dirigido a Maximiliano y a Carlota, sino a la propia forma de vida cortesana, la cual fue descrita por el secretario imperial, como ya se ha mencionado, llena de entusiasmo y añoranza. En *Maximiliano íntimo* quedó idealizada la pareja imperial: Carlota encarnó una dulce figura maternal que, en cada recorrido por la provincia, dio muestras de magnificencia, caridad y bondad, ya sea inaugurando guarderías o socorriendo a las mujeres y niños desamparados.⁵⁷ En lo tocante al emperador, Blasio lo colocó prácticamente en un pedestal. Destacó su actitud magnánima con el enemigo, su protección a los desamparados y pobres, su buen humor, su afición por las artes y las ciencias naturales, así como sus pretensiones conciliadoras ante la difícil situación política.

La primera parte del texto, “El emperador y su corte”, se encuentra dedicado a exaltar la filantropía de los emperadores; en él se describe la belleza de los paisajes rurales y la majestuosidad de los palacios de las ciudades de México, Orizaba, Puebla y Cuernavaca. Aquí también testimonio sobre los ritos y ceremoniales de la corte. Ante los ojos del

⁵⁶ Recordemos que fue el intérprete oficial de Ramón Méndez.

⁵⁷ Entre las instituciones que fundó, se encontraban el Comité Protector de las Clases Menesterosas, la Casa de Maternidad e Infancia, y la Casa de Partos Ocultos, sitio donde las madres solteras podían dar a luz a sus hijos clandestinamente. A raíz de su trabajo en favor de la beneficencia, viene el famoso apodo de “Mamá Carlota”. Cfr. Marce-la Altamirano, *Carlota, emperatriz de México*, 2005, pp. 70-71.



secretario particular de Maximiliano, el proyecto imperial parecía ser un sueño.

En *Maximiliano íntimo* también hay cabida para las escenas chuscas y sucesos amenos, donde salió a relucir el buen sentido del humor del soberano. Cuando narró el recorrido rumbo a Querétaro, sobresalen escenas picarescas como aquella sucedida el mismo día de su partida, cuando se enfrentaron a las guerrillas republicanas al mando de Catarino Fragoso, cerca de la hacienda de Lechería. Blasio participó activamente en la refriega, alentado en buena medida por el vino que tomó durante la comida en Tlalnepantla, como él mismo lo confesó.⁵⁸ Resulta posible que, debido a esa embriaguez, Blasio cayó estrepitosamente de su caballo, lo que provocó la risa del soberano, quien le recomendó montar una mula tranquila, o a causa del banquete que se dieron los imperialistas en la casa de diligencias de Arroyo Zarco, el cual fue preparado con anterioridad para los republicanos.

Incluso en ese viaje, la ceremonia de la corte debía seguir ejerciéndose. El secretario particular buscó, entre las casas aisladas del camino, un espacio propicio para que “Su Majestad” pudiera almorzar y descansar. El resto de la tropa dormía a la intemperie, sin más cobijas que su propia ropa, pero no el emperador. Blasio, en su papel de servidor, siempre encontró la forma de conseguirle un lugar adecuado para dormir.

Finalmente, el 19 de febrero la comitiva imperial llegó a su destino. Maximiliano siguió las pautas de su propia estirpe y se arregló de acuerdo con la ocasión: se vistió de general mexicano colocándose en el cuello la Orden del Águila Mexicana, y cambió su manso Anteburro por el brioso corcel blanco, Orispelo. El secretario contó que el buen ánimo se mantenía intacto y que la población queretana parecía

⁵⁸ José Luis Blasio, *op. cit.*, p. 206.



compartir el mismo entusiasmo. Blasio describió con detalle la recepción que se le dio al soberano:

Desde la garita hasta el centro de la ciudad [...] se apiñaba la multitud que saludaba al séquito imperial con gritos entusiasmados; no había ni ventana ni balcón ni puerta que no ostentara cortinas y banderolas, y hermosas mujeres que lanzaban flores y batían palmas al paso del Soberano, y de su comitiva. Por último, por el aire volaban millares de hojas, en las que se leía un himno dedicado a Maximiliano.⁵⁹

Para Blasio, la solemne entrada a la ciudad y los días precedentes al sitio⁶⁰ parecían ser una fiesta. El emperador se vestía de paisano y se mezclaba entre la gente de la ciudad. Como era un fumador empedernido, se detenía para pedirle fuego a algún transeúnte y, otras tantas, él mismo lo ofrecía con amabilidad. Por las tardes jugaba boliche y se retiraba a dormir a las 9 de la noche. No obstante, las tropas republicanas se encontraban próximas a la ciudad. La aparente calma fue trastocada por el constante tronar de las balas de artillería. Blasio se mantuvo cerca del emperador; su trabajo burocrático tuvo lugar incluso en el espinoso y agreste Cerro de las Campanas,⁶¹ donde el emperador encontró una pequeña caverna donde montó un rústico gabinete imperial.

Al paso de los días, en los momentos de mayor tensión, entre combates y constantes bombardeos de granadas sobre

⁵⁹ *Ibid.*, p. 211.

⁶⁰ Los combates formales iniciaron el viernes 8 de marzo de 1867. *Cfr.* Konrad Ratz, *Querétaro: fin del Segundo Imperio Mexicano*, 2005, p. 153.

⁶¹ Recordemos que fue el primer cuartel general de Maximiliano. Blasio comentó que el emperador dormía en él sin más techo que las estrellas, hasta que el general Tomás Mejía puso a su disposición una tienda de campaña. *Cfr.* Konrad Ratz, *Querétaro: fin del Segundo Imperio Mexicano*, p. 136.



el Convento de la Cruz (segundo cuartel general de Maximiliano), el secretario continuaba escribiendo cartas y administrando los víveres y el dinero, que escaseaban cada vez más. En tales circunstancias, parecía que los ceremoniales de la corte debían ser suspendidos u olvidados, para el mismo Blasio parecerían ya inútiles; sin embargo, “Su Majestad” insistió en dictarle un nuevo ceremonial.

En la plaza de la Cruz y comenzando desde la puerta del convento existió una ancha banqueta, que cruzaba diagonalmente la plaza. Por las tardes allí hacía el Emperador, a pasos largos durante una hora su paseo vespertino, dictándome en circunstancias tan críticas, un nuevo ceremonial de la corte, cosa que en verdad me parecía perfectamente ridícula.⁶²

Durante la mañana del 19 de junio, después de casi un mes de prisión, de súplicas, de intentos de fuga, el emperador fue pasado por las armas. Blasio no acudió a la ejecución, pues continuaba prisionero. Nuestro autor confesó haber llorado como un niño y afligirse ante la muerte trágica de un hombre al que había llegado a querer entrañablemente y que lo había favorecido de muchas formas. No sólo se ocupó de su persona empleándolo en la corte. Cuando su madre enfermó, Maximiliano le permitió acudir a su regazo para cuidarla y cubrió todos los gastos causados por su enfermedad, lo mismo que hizo con la madre de Leonardo Márquez al encontrarse en una situación similar.

En otro orden de ideas, es interesante señalar que la misma Intervención Francesa aparece como un acto magnánimo. Hans insistió en que esta intervención era una forma eficaz de alentar el camino de la civilización porque fomentaba

⁶² José Luis Blasio, *op. cit.*, p. 227.



el comercio; por ende, mejorarían los caminos y se alentaría a la industria nacional, además de fomentar lazos culturales entre las dos naciones. Pensaba que, antes de ser un acto violento o gravoso, era una acción emprendida por “hombres de acción, para los que es imposible el reposo, y satisfacer algunas aspiraciones”.⁶³ Estas aspiraciones y deseos a veces no se podían lograr en sus países de origen, por lo cual era necesario hacer la guerra exterior, pero se insiste en que no como un acto violento, sino magnánimo, porque detrás de ella hay un beneficio, sin un aparente interés imperialista. Para sostener este argumento, Albert Hans recordó otras intervenciones que, a su entender, resultaron exitosas tanto para el país interventor como para el país dominado. Tomó como ejemplos la salida de personas con deseos de hacer negocios de Inglaterra a la India, y de España a sus excolonias en América.

Discurrió que, sin la invasión a Argelia, Francia se habría sumido en disturbios y revoluciones, y que la emigración alemana a Estados Unidos fue una válvula de seguridad para los gobiernos germánicos. Pero existía un factor más a favor de la intervención: frenar el avance expansionista de Estados Unidos. Se expresó sobre esta eventualidad en los siguientes términos:

Cuando se hayan calmado las pasiones políticas; cuando los yankees huellen el suelo mexicano [...] cuando al fin, la raza cruzada de los descendientes de los súbditos de Moctezuma y de los soldados españoles de Cortés desaparezca poco a poco ante los angloamericanos, entonces se volverá a leer con interés la historia de la desgraciada pero bella tentativa de la Francia, para contener, a costa de su sangre y de su oro la disolución

⁶³ Albert Hans, *op. cit.*, p. 23.



de un pueblo que Europa debe, a pesar de todo, ver como un amigo infortunado.⁶⁴

Ésta y otras citas permiten aseverar que Hans tenía la seguridad de que México sería absorbido tarde o temprano por las ambiciones económicas y políticas del vecino del norte.⁶⁵ De esta manera, la intervención parecería tener un sentido legítimo, pues garantizaría la continuidad de las costumbres y tradiciones de la cultura latina en América. Sin embargo, Hans lamentó la falta de decisión del emperador, a quién llegó a criticar por no haber organizado un ejército nacional a tiempo para garantizar la defensa de esta raza amenazada; otro acto magnánimo y desinteresado. En este tenor, resulta interesante reflexionar en torno a las expresiones sociales, artísticas y culturales que Hans consideró que unían a Francia con México.

A raíz de la lectura de *Querétaro: memorias de un oficial, "lo latino"* puede entenderse como una exaltación de arquitectura, la religión católica, el idioma, las costumbres; en suma, la magnificencia de la cultura que trajeron los españoles. Incluso la exitosa fusión de las dos razas era un elemento defendible y propio de la latinidad en América: "El cruzamiento de las dos razas [...] muy avanzado ya, ha producido una multitud de tipos difíciles de clasificar, pero generalmente muy bellos, sobre todo las mujeres".⁶⁶ El elemento español, constitutivo

⁶⁴ *Ibid.*, p. 113.

⁶⁵ Hans consideró que el gobierno juarista, e incluso sus sucesores, sucumbirían ante el avance de Estados Unidos: "si es que México no llegara a ordenar su permanente estado anárquico. Si no fue Francia, sería entonces el poderío norteamericano el que lograra imponer la paz". El problema estribaba, consideraba Hans, en que, con Francia a la cabeza, se podrían haber resguardado las tradiciones de la cultura latina, situación que sería aniquilada si Estados Unidos encabezara tal proceso.

⁶⁶ Albert Hans, *op. cit.*, p. 33.



invariable del mexicano, enriqueció a la cultura nacional, pero ésta se sustituía paulatinamente con la incorporación de las artes y costumbres de la *Grande Nation*. Para el autor, fue motivo de orgullo señalar que muchos ciudadanos aprendieron su idioma y que se leía más literatura francesa, “con detrimento de la literatura española”,⁶⁷ y que se ofrecía al público asiduo al arte dramático un gran repertorio del teatro parisino, con puestas en escena como *La Carcajada*, *La Dama de las Camelias*, *El Jorobado* o *La Gracia de Dios*.

Ante la paulatina incorporación de la cultura francesa en México, el autor no olvidó la supremacía de la española. Hans reflexionó sobre el pasado colonial de México. A medida que su brigada se iba adentrando por el Bajío, recordó que el origen de muchas ciudades se debía a la presencia de las órdenes religiosas, a las cuales consideró “los verdaderos amigos de la civilización”.⁶⁸ Lamentó mucho que los grandes conventos, donde los frailes tuvieron la fuerza y la inteligencia necesaria para ayudar a la civilización a conquistar enormes territorios, se encontraran en ruinas y que funcionaran como cuarteles de soldados que eran “el azote del país”.⁶⁹

VITUPERIO AL VICIO

Así como lo noble es objeto de elogio, lo bajo es objeto de reproche. Encabezando lo que es noble está lo excelente, lo bello, la virtud, y encabezando lo bajo están los vicios. El vicio es denunciado como vergonzoso y censurable. Las virtudes enunciadas por Aristóteles tienen como contraparte un vicio. La contraparte de la justicia es la injusticia, que se entiende como aquello por lo que se posee lo ajeno; de la

⁶⁷ *Ibid.*, p. 55.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 27.

⁶⁹ *Idem.*



fortaleza, la cobardía; de la templanza, el desenfreno de la libertad, la tacañería; de la magnanimidad, la mezquindad; de la magnificencia, la ruindad, y de la prudencia, la ignorancia.⁷⁰

Cicerón decía que uno de los lugares comunes en la retórica clásica era primero alabar y después establecer una contraposición, de modo que no resulta oportuno que se estime lo mismo acerca del mismo tiempo, lugar, persona u opinión.⁷¹ En este contexto, los autores que se han revisado no sólo alabaron las virtudes, sino señalaron los vicios en los sujetos que intervienen en sus relatos. Si por un lado Albert Hans reconoció siempre las virtudes de los oficiales republicanos,⁷² por otro calificó severamente a sus adversarios de línea, a quienes tildó en varios momentos como “insurrectos”, “traidores” o “disidentes”.

En lo tocante a personajes importantes en la historia del sitio, Hans sostuvo una marcada animadversión hacia el doctor Vicente Licea y su compañero, el coronel imperialista Miguel López. Por ambos expresó menosprecio y les atribuyó los vicios de la injusticia y la cobardía, respectivamente: contra el primero, por haberle confesado a las autoridades republicanas que en su casa se encontraba Miramón, herido de una bala. Respecto a López, señaló que el origen de su vicio se relacionaba con el inminente peligro que corría su vida al momento que cayera la plaza. “Muchos buscan la salvación [...] sacrificando, si necesario es, a sus compañeros y a sus jefes”.⁷³

⁷⁰ Aristóteles, *op. cit.*, p. 110.

⁷¹ Cicerón, *De la invención retórica*, 2010, p. 128.

⁷² Martín Quirarte escribió que dichos oficiales fueron tratados por el oficial francés “Con dignidad y bajo un juicio sereno”. *Cfr.* Martín Quirarte, *op.cit.*, p. 85.

⁷³ Albert Hans, *op. cit.*, p. 154.



Hans argumentó que era natural que, ante una situación tan desesperada como en la cual se encontraba el emperador, existiera un traidor, y el coronel Miguel López fue un traidor universalmente conocido, cuya ingratitud e infamia no alcanzaba a manchar a aquellos que pelearon con honor durante la guerra. Hans acusó a Miguel López de actuar con alevosía y ventaja, ya que había entrado en relación con el enemigo mucho antes de la caída de Querétaro. El 15 de mayo, había conducido hasta el interior de La Cruz al general republicano Francisco Vélez. Alegó que procedió por venganza, al no poder obtener el grado superior al que poseía y al que siempre había aspirado. “Su espíritu limitado, su corazón sin nobleza no le permitieron contemplar a sangre fría una muerte próxima y sacrificarse como lo hicieron Miramón, Mejía y Méndez”.⁷⁴ La cobardía le impedía soportar “la expectativa incesante de una ejecución”,⁷⁵ al igual que la espada de Damocles que se suspendía sobre la cabeza de otros valientes, como los generales Severo Castillo y Mariano Reyes. Su falta de prudencia le impidió esconderse y desplegar una audacia increíble, como lo hizo Manuel Ramírez de Arrellano. Además de traidor, había actuado con interés y avaricia, pues la entrega del emperador le había significado obtener una retribución económica.⁷⁶

A pesar del constante elogio identificado en *Memorias íntimas*, José Luis Blasio recurrió a hacer referencia a los momentos más difíciles del imperio, enmarcados por el vicio. Verbigracia en la segunda parte del libro (“De Miramar a Roma”), Blasio narró la tropicada salida de Carlota rumbo a Europa. El carácter festivo y esperanzador de las primeras páginas del texto cambió; tomó, entonces, un cariz dramáti-

⁷⁴ *Ibid.*, p. 155.

⁷⁵ *Idem.*

⁷⁶ *Idem.*



co. Entre sus líneas parecen sonar las rimas de *Adiós, mamá Carlota*.

El secretario escribió con tristeza y resignación las entrevistas infructuosas de la emperatriz con Napoleón III y el papa Pío IX, hizo referencia a la inestabilidad emocional sufrida por Carlota: su desenfreno, la manía de vestir de luto, sus arrebatos para con el Papa, la tranquilidad que le daba ver cómo se guardaban y mataban animales dentro de su propia habitación en Roma, para después comerlos, pues aseguraba que todo lo que le daban estaba envenenado; las acusaciones despiadadas contra integrantes de su séquito, de quienes sospechaba de estar en contubernio con Napoleón III para matarla. Blasio decidió no contradecirla en nada y obtuvo permiso para volver al país. Nuevamente se puso al servicio de Maximiliano. A principios de 1867, el ejército francés estaba a punto de evacuar el territorio nacional y, cuando el último soldado dejó la capital, el emperador dijo sentirse “por fin liberado” y emprendió la última campaña militar.

Ya instalados en Querétaro, Blasio no encontró persona que actuara en contra de los intereses del imperio o de Maximiliano, salvo Márquez y López, personajes siniestros cuya traición no dejó dudas en el secretario imperial. Pero Loyola contradice a Blasio: aunque nadie de los queretanos atentara contra el imperio, el imperio atentaba contra ellos. Uno de los propósitos de *El sitio de Querétaro en 1867. Memorias íntimas, por el señor Bernabé Loyola* fue narrar las dificultades a las que se enfrentó su autor al pagar impuestos forzosos mediante métodos heterodoxos. Detalló la cantidad que se le exigía, lo que podía pagar y los castigos a que eran sometidos los queretanos que no querían o no podían contribuir. Este punto es muy interesante, pues Loyola contó con detenimiento la crueldad y severidad con que Ramón Méndez reclamaba los pagos. El general michoacano reunía a la gente rica en el



salón del Ayuntamiento y le recordaba que, en sus días en Morelia, tenía las mismas resistencias en los contribuyentes. Logró disuadirlos mediante una anécdota: un hombre que se quejaba por lo que tenía que pagar fue llevado a un cuartel y colocado de pie dentro de un círculo trazado en el suelo, de donde no podía salir. Si intentaba poner un pie fuera, era castigado con varazos. Fue obligado a pagar 50 pesos más por cada 10 horas que retardó su pago. Aquel hombre pudo pagar hasta 500 pesos. Ante esta forma de persuasión, los ciudadanos iban a conseguir el monto pedido.

Otra amenaza que afrontó Loyola fue el llamado *castigo árabe*, consistente en enterrar verticalmente el cuerpo dejando sólo la cabeza de fuera.⁷⁷ Los castigos corporales no se dirigían únicamente a la gente acaudalada. En otra ocasión, Méndez amenazó a un zapatero con darle palazos hasta que revelara dónde se encontraba su vecino, quien podía dar una buena cantidad de dinero. Para librarse de la paliza, el pobre zapatero se vio en la necesidad de buscar por toda la ciudad al vecino extraviado.

Después de un tiempo, el cobro de impuestos en la plaza fue atendido por el coronel Francisco Redonet, del segundo batallón de la brigada de Méndez. Las dificultades con este personaje fueron más profundas, pues encarceló a Loyola en el Convento de la Cruz y amagó con arrestar a su esposa Catalina, aun cuando ésta acababa de parir. Bernabé esperaba que, dada la influencia que tenía su familia con miembros del cuerpo imperial, pudiera quedar exento de pagos de amenazas y pagos, situación que no sucedió.

Loyola puntualizó uno a uno los impuestos que debió pagar: una suma considerable por ser propietario; otras menores por exentarse del trabajo forzoso y del servicio militar; otras francamente inverosímiles por la cantidad de zaguanes,

⁷⁷ Andrés Garrido del Toral, *op. cit.*, p. 24.



ventanas, puertas y balcones que tenían sus propiedades. Otra cuestión, digna de discusión en el texto de Loyola, es la visión que él tenía sobre el emperador. Hizo hincapié en su debilidad moral y falta de decisión. Elaboró en su narración una construcción negativa sobre la figura imperial. Presentamos algunas citas que se consideran relevantes para afirmar lo anterior:

La tercera de sus proposiciones en la que pide se le dé una escolta que lo acompañara hasta Veracruz, pero no solo, sino que con las personas de su comitiva, esta tan peregrina y tan necia como pretenciosa. Faltóle solamente pedir que en el camino se le hicieran honores de su rango y que se le preparara a su persona y comitiva alojamientos decorosos y decentes. Hasta esos momentos no creía el ingenio de Maximiliano que su vida corría inminente riesgo; era todavía el altanero y cruel cabecilla de los conservadores.⁷⁸

Aquel personaje que los imperialistas elogiaron como valiente, honesto, caballeroso y fiel a sus hombres cambió radicalmente según la opinión de Loyola. Esas virtudes las convirtió en vicio. Continuó señalando sus carencias y defectos:

Pero además de necio, porque sus proposiciones son una necesidad extraordinaria, era ingrato, desleal y traidor a su partido, puesto que, en cuanto a los oficiales mexicanos, quedaba satisfecho con pedir al nuevo gobierno que les tuviera consideración. Ya en la Cruz, poco antes de caer prisionero, no pensó ni en sus generales, ni en sus oficiales, sólo tuvo presentes a los extranjeros que lo rodeaban, y para proporcionarse una

⁷⁸ Bernabé Loyola, *op. cit.*, p. 68.



salida sin riesgo de su persona, pretendió que Escobedo lo dejara salir y con esa embajada mandó a López.⁷⁹

Además de altanero y cruel, encontramos otros vicios en Maximiliano: necio, ingrato, desleal, traidor, etcétera. La construcción del ser humano de nobles sentimientos, e incluso la figura heroica que ofrecía su pecho a las balas enemigas, se desmoronó desde la perspectiva de Loyola.

A pesar de ser un hombre rico, como Carlos Rubio, Loyola no tuvo un contacto personal con Maximiliano, como sí lo tuvo Rubio. Loyola vio personalmente al emperador durante la primera ocasión que viajó a Querétaro en 1864. Su apariencia y forma de vestir le parecieron al hacendado “las de un turista”; no lo trató y es probable que no haya intercambiado alguna palabra con él durante el sitio. Lo volvió a ver cuando su cuerpo embalsamado fue exhibido en el templo de las Capuchinas. Si la vida es una virtud coronada por la belleza, la muerte es un vicio coronado por la fealdad. Mejía también estaba allí y lo vio: “En verdad espantosamente feo; siempre lo fue de manera notable, pero después de muerto era una pesadilla, un monstruo”.⁸⁰

De la misma manera que Loyola construyó una figura negativa del emperador, lo hizo Sóstenes Rocha, pero con

⁷⁹ *Ibid.*, p. 69. En las obras de José Luis Blasio y de Albert Hans se comenta que, cuando cayó el Convento de la Cruz y los imperiales se dirigieron al Cerro de las Campanas, Maximiliano se resistió a evacuar hasta saber la suerte de Miramón, quien en ese momento había recibido un disparo en la mejilla. Otras versiones confirman este hecho, como el texto de Basch y el del doctor Licea. De tal forma, puede cuestionarse la afirmación de Loyola. En cuanto a la famosa “operación López”, todavía hoy es motivo de discusión entre los historiadores si éste fue mandado por Maximiliano a conferenciar con Mariano Escobedo y negociar la rendición de la plaza. Para Loyola, López entregó la plaza, como una medida humanitaria.

⁸⁰ Bernabé Loyola, *op. cit.*, p. 90.



sus propios compañeros de armas. El ejemplo más interesante es el análisis que realizó sobre Mariano Escobedo, a quien consideraba “pundonoroso” pero no valiente; incluso lo tachó de inculto y poco versado en el arte militar. Opinó que sus victorias durante la guerra de intervención se debían más a su talento para escoger a sus oficiales (como Rocha) más que a su pericia castrense.

Rocha ahondó en la personalidad de otros de sus camaradas, señaló sus carencias morales y de aptitud, como en el caso del general Francisco O. Arce, de quien comentó: “Este jefe es de poco espíritu, de ninguna instrucción y algo indolente en el cumplimiento de sus deberes militares [...] durante el sitio estuvo siempre enfermo, no habiendo logrado recobrar la salud hasta que penetramos en la plaza”.⁸¹ Del coronel Edelmiro Mayer⁸² señaló sus escasos conocimientos militares y poco valor personal. A otros coroneles, como Francisco Narraño, José Rincón Gallardo y Victoriano Zepeda, les reconoció cierto grado de valentía y disposición, pero cuestionó su instrucción en las armas. A los únicos que les otorgó crédito, tanto personal como militar, fue al coronel Julio M. Cervantes y al comandante general de artillería, Francisco Paz.

De todos los personajes a los que se les imputaron diferentes vicios, ninguno tomó la pluma para revirar las acusaciones de las que fue objeto. Esto constituye un límite en el género demostrativo. En términos jurídicos, diríase que no se completa una *litis*, es decir, que los supuestamente agre-

⁸¹ Sóstenes Rocha, *op. cit.*, p. 8.

⁸² Militar argentino que participó en la Guerra de Secesión norteamericana y que en 1865 se incorporó a los batallones juaristas. Edelmiro Mayer también escribió sus memorias sobre su paso en la Guerra de Intervención, aparecieron por primera vez en su natal Argentina en 1892. Su texto se publicó en México con el título *Campaña y guarnición*, en 1972, y se reeditó en 1985. Cfr. Edelmiro Mayer, *Campaña y guarnición. El ambiente republicano contra el imperio de Maximiliano*, México, 1985.



didados o vituperados no contestan las acusaciones. Para el género demostrativo sólo basta la belleza y correcta estructura del lenguaje escrito, para persuadir al lector, quien no funge como juez ni debe pronunciar ningún fallo.

En el próximo capítulo se expondrá cómo otros testigos-autores del sitio de Querétaro utilizaron en sus discursos distintos tipos de herramientas retóricas para conseguir ese fallo, lo que implica que los señalamientos y acusaciones sí fueran contestados llevando la discusión a una especie de tribunal judicial.



CAPÍTULO 3

Denuncia y refutación



La explicación del derrumbe imperial en Querétaro siguió dos vertientes: por un lado, surgieron testimonios cuya finalidad era censurar públicamente las conductas individuales, fijando, a través de una opinión desfavorable, una reputación negativa de quien se consideraba culpable de haber contribuido con sus actos en la caída del imperio. Por otra parte, quien se creía injuriado o notado escribía una refutación a modo de respuesta, donde explicaba con determinimiento su actuar. Se entraba así a una especie de “juicio”, donde se dirimía el proceder individual.

Este diálogo retoma el modelo aristotélico del *genus iudiciale*, que corresponde a las exposiciones realizadas por el enunciante del discurso ante un juez con la finalidad de acusar o defender respecto de un asunto del pasado, una causa planteada en términos de justicia frente a la injusticia, cuyos polos son acusación y defensa. Su argumentación requiere agilidad, para ello se basa en el desarrollo de *entimemas*,¹ que son el cuerpo de persuasión, un tipo de silogismo aplicable a lo que es verosímil.² Al entimema o silogismo retórico se suma el ejemplo o inducción retórica.

¹ Helena Beristáin Díaz, *Diccionario de retórica y poética*, 2001, p. 427.

² Pero no el silogismo o la deducción que son útiles para demostrar la verdad. *Cfr.* Jorge Ulises Carmona Tinoco, “Panorama breve sobre la retórica, su naturaleza y su evolución histórica”, en David Cienfuegos y Miguel Alejandro López Olvera (coords.), *Estudios en homenaje a don Jorge Fernández Ruiz. Derecho internacional y otros temas*, 2005, p. 50.

Como se vio en el capítulo anterior, varios autores hicieron énfasis en señalar los vicios y las carencias inherentes en diferentes sujetos, lo cual resultó decisivo en contra de Maximiliano, la causa imperial o contra los propios intereses republicanos. Injusticia, traición, negligencia, venganza, etcétera, fueron imputados una y otra vez. Los hechos denunciados ocurrieron en un pasado más o menos reciente respecto a la publicación de las obras. Asimismo, se les asignó un nombre y apellido a los culpables. La destreza narrativa o verosimilitud con que el autor describió en su discurso estos defectos y errores constituyen el límite del género demostrativo. En este género, el oyente sólo juzga la habilidad del orador: “El público no tiene que actuar ni decidir sobre la cuestión tratada”.³ En este sentido, a quien se le ha atribuido un vicio se ve imposibilitado de sostener un diálogo contra aquel que lo ha señalado. El género judicial sí prevé esa posibilidad de sostener un diálogo; plantea una causa para demostrar la culpabilidad, pero también la inocencia mediante la presentación de pruebas,⁴ para defender la honorabilidad, lavar el nombre y asegurarse un buen lu-

³ María del Carmen Ruiz de la Cierva, “Los géneros retóricos desde sus orígenes hasta la actualidad”, revista *Retórica*, 2008, p. 12.

⁴ Hay que dejar en claro que Aristóteles precisaba que “no es misión de la retórica persuadir, sino ver los medios de persuadir que hay en cada caso en particular”. El que va a usar el arte retórico tiene, pues, que encontrar los medios de prueba más eficaces para cada ocasión, tomando en cuenta las características del auditorio y cuáles son los medios más apropiados para poder persuadir. El retórico debe construir una argumentación decisiva en el discurso, perteneciente a la *inventio*, cuyo núcleo fundamental son las pruebas. Aristóteles las consideraba de dos tipos: las “in artísticas”, que no son propias de la retórica, y las “artísticas”, que son parte de la retórica. Las in artísticas preexisten sin la retórica, como los testigos, los documentos, las confesiones por medio de tortura y objetos de arte. Éstas pueden inventarse. Las pruebas artísticas son el resultado de un argumento convincente, son el entimema y el ejemplum. *Cfr.* Wenceslao Castaña-



gar para ellos e, incluso, de sus descendientes en el futuro. La respuesta a las acusaciones imputadas, conocidas como *vindicación* o *refutación*, se encuentra cimentada en pautas y conceptos que forman patrones que delinearán una forma de escritura que lo diferencian de otros géneros discursivos.

Tomás Albaladejo menciona que existen dos factores imprescindibles en la consideración de la retórica: la persuasión y la idea de texto. Ambos son constituidos por el orador para lograr la mencionada *influencia persuasiva*. Este proceso queda configurado estructural y comunicativamente a través del texto, pues “la retórica ofrece los dispositivos para la obtención de esta unidad lingüística global y para su emisión, en la que se mantiene la globalidad discursiva”.⁵ La construcción textual de la retórica, además de cimentar relaciones indispensables con diversas disciplinas, como la semiótica o la gramática, también articula una adecuada “construcción en sus diferentes niveles y la apropiada emisión, de tal manera que, como construcción textual que es comunicada, responda a las exigencias que la finalidad persuasiva impone al orador en punto a su relación con el destinatario”.⁶ Tal relación se presenta con una respuesta de parte de quien ha sido injuriado o denunciado.

Este capítulo se estructura de acuerdo con los polos del género judicial: acusación y defensa. En primer lugar, se presentará un perfil cultural y social de los autores europeos, ante cuyos ojos los ciudadanos mexicanos fueron objeto de una constante censura. Muchos relatos no giraban en torno a la narración objetiva de los acontecimientos, sino a la pertinaz censura hacia estos sujetos, que, desde su punto de vista, causaron algún tipo de perjuicio por culpa de la

res, “La prueba y la probabilidad retórica”, *CIC. Cuadernos de Información y Comunicación*, 1998/1999, p. 37.

⁵ Tomás Albaladejo, *Retórica*, p. 12.

⁶ *Idem*.



impericia, negligencia y deslealtad. Estos europeos fueron Carl Khevenhüller, Samuel Basch, Félix Salm Salm e Inés de Salm.

Se continuará con la presentación de los denunciantes mediante la narrativa testimonial de otro personaje cercano al archiduque, el general Manuel Ramírez de Arellano, ocupado durante el sitio como jefe de la artillería imperial. Su testimonio constituye una denuncia constante y pormenorizada sobre la presunta traición del general Leonardo Márquez. Finalmente, se analizará la estrategia de refutación que siguieron los denunciados.

CUATRO TESTIGOS EUROPEOS.
PERFIL BIOGRÁFICO Y HORIZONTE
(CARL KHEVENHÜLLER, SAMUEL BASCH,
FÉLIX DE SALM SALM E INÉS DE SALM)

La eficiencia de nuevos medios de transporte en el siglo XIX como el ferrocarril, la modernización de barcos de vapor y la expansión colonial alentaron el auge de los viajeros europeos al “nuevo continente”. Muchos individuos cortaron temporalmente⁷ las ligaduras de sus lugares de origen y se

⁷ Los viajeros europeos siempre tuvieron listo el boleto de regreso. Nunca fueron parte del atraso que denunciaron. Dicha afirmación puede observarse en la siguiente cita de Carl Khevenhüller sobre la invitación que recibió por parte de Porfirio Díaz para colaborar con él: “Realmente me causa risa. ¿Acaso vine por motivos políticos? ¿No me quedé a causa del pobre emperador? ¿Quiero mezclarme en los viles desórdenes políticos mexicanos? No, no es ese mi propósito. Díaz es un hombre honrado y valiente, pero mi patria me es más querida que los ambiciosos fines de un general mexicano”. De la cita se desprende el deseo de no permanecer por más tiempo en México y volver pronto a Austria. No obstante, la amistad entre estos dos personajes resultó fundamental en la reanudación de los lazos diplomáticos entre ambos países 30 años después de los sucesos de Querétaro. *Cfr.* Carl Khevenhüller-Metsch, “Tres años en México”,



aventuraron a adentrarse en regiones “exóticas”, como México. Ahí encontraron una situación adversa. El viajero se enfrentó a climas agrestes, costumbres e idiomas distintos y, lo más frustrante para ellos, a “hombres incivilizados”. El choque cultural fue un asunto digno de narrarse y en este contexto aparecieron las crónicas de viaje, tipo de narración que “armoniza con una de las preferencias más universales de la especie humana: la de la novedad, de lo insólito, de lo extraño”.⁸

El viajero fue un testigo que denunció la ignorancia del *otro* y las nefastas consecuencias de sus actos; por ello, su escritura se basó en un proceso de domesticación que realizaron sobre el nativo y mestizo. Establecieron “distancias y jerarquías entre ellos y los habitantes de regiones ‘menos civilizadas’”.⁹ No sobra decir que estos testimonios también brindaron datos valiosos sobre “gestos, rituales y configuraciones de la sociedad local [...] que están ausentes de las descripciones que hicieron los nativos”,¹⁰ como los códigos de conducta y aspectos, quizá triviales, pero indispensables de la vida cotidiana; por ejemplo, los atuendos, el mobiliario doméstico y urbano, modismos en el lenguaje. En cierta medida, la riqueza que fue descrita despertó los intereses imperialistas de potencias europeas como Francia, y que devino en la posterior intervención en México.¹¹ Estas crónicas

en Brigitte Hamman, *Con Maximiliano en México. Del diario del príncipe Carl Khevenhüller, 1864-1867*, 1989, p. 93.

⁸ Georges May, *La autobiografía*, 1982, p. 168.

⁹ Erika Pani, *op. cit.*, p. 34.

¹⁰ *Idem.*

¹¹ Para Martín Quirarte, la exaltación de la riqueza de México, descrita en la obra *Ensayo político de la Nueva España* del alemán Alexander Von Humboldt, despertó el interés de Francia en la nación mexicana. Cfr. Martín Quirarte, *op. cit.*, p. 12.



también dieron cuenta de las riquezas naturales y el aspecto general de los pueblos y ciudades.¹²

Dos ejemplos relevantes de las crónicas de viajeros de la época los constituyen las narrativas testimoniales de Paula Kollonitz y Madame Calderón de la Barca. La primera arribó al país como parte del séquito imperial que acompañó a Maximiliano y Carlota; escribió la obra *Un viaje a México en 1864*, donde registró sus impresiones desde la salida de Miramar, el viaje marítimo y el posterior arribo a México, donde permaneció menos de seis meses. La obra de Paula Kollonitz se organiza como un diario de viaje, según el recorrido espaciotemporal que la autora realizó desde su salida de Miramar hasta su llegada a México. Narró la permanencia en la ciudad capital y las visitas a las zonas cercanas de interés, como Pachuca y Real del Monte.

Como sucede en las crónicas de viaje, la exploración y el movimiento, además de ser exteriores, son también íntimos, personales, de manera que la autora frecuentemente habla de su persona, del desquicio hogareño, del escaso equipamiento casero en México, de las actividades cotidianas, consignadas con horarios precisos, tanto en la travesía marítima como en la estancia en la capital. En el terreno político, Kollonitz reflexionó sobre el papel que el Segundo Imperio tendría para el país, de las bondades que le reportaría en medio del caos político y económico en que éste se encontraba después de

¹² En esta vertiente, habría que traer a cuento las obras pictóricas de los artistas viajeros europeos en México durante la primera mitad del siglo XIX, cuyo trabajo difundido en Europa sirvió para que los habitantes de aquellas tierras conocieran la imagen del país y los mexicanos. Entre ellos, los más importantes del periodo fueron los litógrafos Claudio Linati, Karl Nebel; los pintores Eduard Pingret y Johan Salomón Hegi, y el fotógrafo Désideré Charnay. *Cfr.* Arturo Aguilar Ochoa, "La influencia de los artistas viajeros en la litografía mexicana (1837-1849)", en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, 2000, pp. 113-141.



años de lucha civil.¹³ Con frecuencia Kollonitz demeritó a los mestizos e indígenas, a quienes calificó como “degradados”, “sucios” o “indolentes”. Debe considerarse que tal visión racista no era exclusiva de la glosa de América y lo americano; era un elemento presente en la cultura imperial.¹⁴

Una valoración similar a la de Kollonitz ocurrió en un texto anterior, *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*, de Madame Calderón de la Barca, quien llegó al puerto de Veracruz en la misión diplomática de su marido, Ángel Calderón de la Barca, primer ministro plenipotenciario de España en México en 1839. El material resulta un testimonio ilustrativo sobre la belleza del paisaje mexicano, las tradiciones populares, especialmente las religiosas. En él reflexionó sobre las cualidades y defectos de la sociedad mexicana y ahondó en la psicología de los principales actores políticos con los que convivió de cerca, como Antonio López de Santa Anna y Anastasio Bustamante.¹⁵

En cierto sentido, la crónica de viaje se relaciona estrechamente con la narrativa testimonial, pues en ésta se presentan los puntos que desde nuestra perspectiva la caracterizan y que ya han quedado establecidas en el primer capítulo: la observación y participación del autor en la narración, la escritura como forma organizativa de la memoria, la presencia de un evento coyuntural que motiva la *inventio* y la *dispositio*, la trasmisión y defensa de un tipo de identidad. El elemento que faltaría es la presentación de pruebas o documentos que validen o contrarresten la opinión de un tercero.

¹³ Mayabel Ranero Castro, “Mujeres viajeras”, *Ullúa Revista de Historia Sociedad y Cultura*, 2007, pp. 31-33.

¹⁴ *Idem.*

¹⁵ Prólogo de Felipe Teixidor en la obra de Frances Erskine Inglis Calderón de la Barca, *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*, 2003, pp. VII-LXVII.



Durante la Intervención Francesa y el Segundo Imperio, llegaron “viajeros temporales” movidos por la aventura. Tales fueron los casos de Carl Khevenhüller y Félix Salm Salm. La empresa mexicana les significó enfrentarse a muchas de esas aventuras. Además, vieron en este viaje una excelente oportunidad de librarse de compromisos económicos y sociales contraídos en Europa y Norteamérica, respectivamente. No fue su deseo permanecer por un tiempo prolongado en el país. Esta aspiración incluso quedó patente en los rótulos de sus obras. Siempre hay una referencia temporal que indica una estadía corta, además de un recuento del lugar o los lugares en donde estuvieron.

Ya se observó parte del título de la obra de madame Calderón: “dos años en ese país”. El título del diario del príncipe Khevenhüller, por su parte, es *Tres años en México*; el de la princesa Inés de Salm Salm, *Diez años de mi vida en Estados Unidos, México, Europa*. Su condición de viajeros no terminó por su paso en el continente americano, pues posteriormente se embarcaron en aventuras en África y en otras naciones del “viejo continente”. Tres personajes cercanos a la causa de Maximiliano entran perfectamente en esta categoría: los príncipes Carl Khevenhüller, Félix Salm Salm,¹⁶ y su esposa, Inés de Salm Salm.

¹⁶ Ambos personajes tenían un profundo sentimiento aventurero, pues no sólo los atrajo la guerra en México. Después de que Maximiliano fue fusilado, Khevenhüller viajó a Estados Unidos y escribió sus impresiones sobre los habitantes negros en Nueva Orleans y narró sus andanzas por Chicago. Al año siguiente, realizó un safari por África. En 1869, al inaugurarse el Concilio Vaticano I, en Roma, él se encontraba como caballero de Malta con la espada desenvainada en una de las dos filas ante los escalones del trono papal. Después volvió a organizar una expedición africana, que incluyó un viaje a través del desierto en una caravana de 60 hombres y 160 camellos. Por su parte, Salm Salm volvió a tomar las armas en la Guerra franco-prusiana, donde murió en 1870. Cfr. Brigitte Hamman, *op. cit.*, p. 93, y Konrad



Estos personajes escribieron sendos testimonios sobre el imperio, los últimos días de Maximiliano, y su participación en tales acontecimientos, la cual siempre resultó destacada, oportuna y *cuasi* heroica. Empero, no perdieron la oportunidad que les brindó el libre ejercicio de la escritura para denunciar el siniestro comportamiento de ciertos mexicanos y algunos franceses, quienes les impidieron conducirse de mejor forma y que, de paso, contribuyeron con sus desatinadas decisiones al funesto desenlace del emperador y de su reino.

En este tenor, se analizará la narrativa testimonial de los ya aludidos Carl Khevenhüller y Félix de Salm Salm, cuya constante en sus textos fue la descalificación no sólo del proceder militar de los oficiales mexicanos, sino de las costumbres de los civiles. Los autores citados se expresaron de manera soez y despectiva sobre la personalidad de los generales cercanos a Maximiliano, marcando sus defectos y, sobre todo, culpándolos de la caída de Querétaro, ya fuera por traición, negligencia o ineptitud. Los principales culpables, a su juicio, fueron los generales Miguel Miramón, Leonardo Márquez y el coronel Miguel López.

Otro personaje europeo cercano a Maximiliano fue el famoso doctor Samuel Basch, quien se condujo con un perfil más bajo que Félix Salm Salm o Khevenhüller, pero compartió el mismo ánimo de denuncia y señalamiento sobre los ciudadanos mexicanos.

El testimonio de Inés de Salm Salm es el único que rompió con esta constante, ya que no mostró menosprecio o rencor hacia los nacionales. Por el contrario, su obra está plagada de agradecimiento a las familias que la auxiliaron durante su estancia en el país, a los ministros liberales que la orientaron

Ratz, *Tras las huellas de un desconocido. Nuevos datos y aspectos de Maximiliano de Habsburgo*, 2008, p. 182.



y aconsejaron sobre la suerte del emperador, como José María Iglesias y Sebastián Lerdo de Tejada, e incluso a los cocheros que la acompañaron abnegadamente en sus travesías de México a Querétaro y a San Luis Potosí. No obstante, Inés de Salm Salm aprovechó la ocasión para denunciar la conducta negligente del doctor Vicente Licea, embalsamador de Maximiliano, quien pretendió venderle la impresión de yeso que hizo al rostro del extinto emperador, así como otras reliquias. También fue ocasión para poder cuestionar la participación de los diplomáticos europeos que acudieron al auxilio de Maximiliano.

CARL KHEVENHÜLLER Y LOS HÚSARES ROJOS

Perteneciente a una familia de nobles austriacos, Carl Khevenhüller mostró desde muy temprana edad su espíritu aventurero e inquietud por la distancia: se escapaba constantemente a jugar con los niños de su pueblo, pasando varios días con sus noches alejado de su familia, mendigando comida en las casas de guardabosques. Sus lecturas favoritas eran las crónicas de viaje, las cuales “alimentaban su nostalgia de la lejanía”.¹⁷ El deseo de encontrar aventuras iba de la mano con su firme decisión de pasar a la historia por su arrojo y valentía. Al respecto afirmó en su diario: “Había tomado la firme resolución de hacerme de un nombre en la historia, pues nunca había podido soportar la idea de desaparecer sin dejar huella en este mundo”.¹⁸

El simple afán de encontrar aventuras no resultó, sin embargo, determinante en su decisión de viajar a México: su partida responde a otras circunstancias más apremiantes, como

¹⁷ Brigitte Hamman, *op. cit.*, p. 84.

¹⁸ *Ibid.*, p. 88.



un proyecto de matrimonio no aprobado por su padre y una considerable deuda.¹⁹ De esta forma, Khevenhüller se embarcó el 19 de noviembre de 1864 en el primer navío de voluntarios austriacos que Francisco José, emperador de Austria, le mandó a su hermano menor en México.

Khevenhüller mostró un profundo sentido de adhesión y lealtad hacia Maximiliano, tanto que fue uno de los 800 soldados extranjeros que permanecieron en México después de la partida del ejército francés, de los cuerpos belgas y la mayor parte de las tropas austriacas. Ante un panorama nada halagador, tuvo la difícil encomienda de reclutar a los europeos dispersos para formar una sola brigada, a la que nombró los *húsares rojos*. Volvió a su patria meses después de la ejecución del emperador.

Este personaje no marchó con el archiduque hacia Querétaro, ya que, por órdenes de este último, debió quedarse al resguardo de la capital. A pesar de la ausencia de Khevenhüller en el lugar del calvario, hay un aspecto que lo conecta con Querétaro: su relación con el lugarteniente del imperio, el general Leonardo Márquez, quien había regresado de dicha ciudad a México.²⁰

¹⁹ La deuda tenía su origen en la compra de un caballo y un elegante traje, con los cuales Khevenhüller participó en la representación de un carrusel humano patrocinado por la Escuela Española de Equitación de Viena en 1863. El monto de la deuda ascendía a 150 mil florines, los cuales era imposible pagar dado el sueldo que percibía como capitán de la caballería austriaca: 62 florines mensuales. *Cfr.* Brigitte Hamman, *op. cit.*, pp. 84-85.

²⁰ Mucho se ha insistido sobre el retorno de Márquez a México. La mayoría de los autores concuerdan en que había vuelto a la capital por órdenes expresas de Maximiliano de llevar auxilio económico y militar a Querétaro, ayuda que incluía el viaje de Khevenhüller y sus húsares. Por su parte, Márquez argumentó que nunca tuvo dicha orden. De cualquier manera, Márquez dispuso de Khevenhüller para enfrentar a Porfirio Díaz en Puebla.



Este autor, como testigo y participante activo del imperio, escribió un manuscrito de sus experiencias en México: *Tres años en México: memorias del príncipe Carl Khevenhüller-Metsch*. En un principio, no tuvo la clara intención de publicarlo. Fue su amistad con Wilhelm Oncken, historiador de la Universidad de Giessen y editor de la revista *Allgemeine Geschichte in Einzeldarstellungen*, quien le sugirió en 1883 la publicación de su diario. Khevenhüller aceptó, y sus memorias fueron leídas con mucho interés por personalidades de la talla de Francisco José, quien le advirtió que la publicación de su diario lo haría de varios enemigos, según los señalamientos que hizo sobre diferentes personajes relacionados con el derumbe del Imperio mexicano.

El autor abrió su texto narrando los pormenores de la formación del cuerpo de voluntarios austriacos (7 000 hombres) al mando del coronel Franz Thun, y las peripecias enfrentadas en la travesía que inició en el puerto de St. Nazaire, Francia, en el barco el Floride. Resulta importante recalcar que el texto de Khevenhüller no es un mero diario militar, sino un cuadro costumbrista, pues retrató de manera muy particular el ambiente prevaleciente en los puntos donde su barco hizo escalas: Martinica, Santiago de Cuba y Veracruz; también las localidades de tierra adentro, como Orizaba, Puebla, Tehuacán, Teotitlán y la ciudad de México.

Algo común en el diario de un viajero es que el autor mencionara aquello con lo que no está familiarizado y le resulta extraño. El príncipe austriaco describió con admiración algunas costumbres de cortejo, tradiciones populares y diversiones de la gente, como las corridas de toros. A este respecto cabría agregar una cita relacionada con lo que el autor observó sobre las costumbres que los poblanos reproducían en los espacios públicos, como en las alamedas: “El saludo de las damas es singular. Consiste en un animado juego de los



dedos, para los que la dama en cuestión saca la mano de la ventanilla. ¿Qué origen tendrá esa extraña costumbre?”.²¹

Asimismo, el autor detalló otros aspectos de la vida cotidiana del mexicano, como sus costumbres alimenticias. Sobre la producción del pulque, detalló desde el proceso de fermentación hasta su almacenamiento y sabor. También hizo un recuento de la variedad de frutas, las cuales le parecía que eran tantas “que es imposible acordarse de sus nombres”.²² Por otra parte, Khevenhüller comentó sobre las condiciones de vida y los códigos de conducta de miembros de los distintos estratos sociales de la nación, desde las familias aristocráticas de la capital hasta los indígenas. Para este último grupo, Khevenhüller, como Albert Hans, sólo tuvo palabras de admiración y respeto, postura característica de los imperialistas europeos. Se expresó de ellos en los mejores términos, elogiando su disposición al trabajo y resistencia física, al igual que su disciplina dentro de las milicias: “Estos hombres son, al mismo tiempo, honrados y leales, soldados valientes y constantes, apegados a su comandante”.²³ Pero estas palabras estaban reservadas sólo para los indígenas. En lo tocante a los mestizos, la opinión de Khevenhüller fue diametralmente opuesta, pues comentó: “Heredaron todos los defectos de las dos razas, pero que a cambio no poseen ni una de sus buenas cualidades”.²⁴ No perdió la oportunidad de criticarlos cada vez que le fue posible.

Durante su estancia en México, encontró un “ángel del paraíso”. Khevenhüller reveló en su diario un encuentro que fue fundamental en su vida. En un baile en la corte, el príncipe austriaco conoció a Leonor Rivas Mercado de Torres

²¹ Carl Khevenhüller, “Tres años en México: Memorias del príncipe Carl Khevenhüller-Metsch”, en Brigitte Hamman, *op. cit.*, p. 119.

²² *Ibid.*, p. 139.

²³ *Ibid.*, p. 114.

²⁴ *Idem.*



Adalid, joven de 16 años, casada con Javier Torres Adalid, hombre poseedor de una gran fortuna proveniente de la industria pulquera. El autor le brindó toques novelescos a su diario cuando se refirió a los encuentros esporádicos entre él y Leonor: veladas literarias en casa de ella, miradas no correspondidas y escenas en que el austriaco tocaba el piano para su enamorada. Finalmente, Khevenhüller logró seducirla y, al parecer, de esa relación nació el único hijo del príncipe austriaco, el cual lamentó no haber conocido nunca.

A medida que Khevenhüller narró los acontecimientos ocurridos en 1866, se percibe ya un ambiente de desesperanza en las huestes del imperio. El autor lamentaba profundamente la desintegración paulatina del cuerpo de voluntarios austriacos y la transferencia del mando de éstas, de Franz Thun al general francés barón Neigre. Narró con pesar la cancelación de un nuevo embarque con voluntarios austriacos, la partida de la emperatriz Carlota a Europa y la capitulación de las ciudades a manos de los republicanos, otrora en poder del imperio.

Khevenhüller, como Samuel Basch, estuvo presente en Orizaba cuando el emperador se encontraba a punto de abdicar. El conde austriaco estuvo entre los que persuadieron a Maximiliano de continuar al frente del tambaleante imperio... ¿Acaso Khevenhüller tenía intereses de otra índole para permanecer en México, entre ellos su relación con Leonor? Ella pertenecía a una familia simpatizante del imperio y, bajo el gobierno de Juárez, su futuro parecía bastante sombrío.

Este autor, hombre temperamental, no mostró recato al dirigirse de manera enérgica contra los personajes que, desde su perspectiva, traicionaron la empresa imperial. En Orizaba le reclamó al emisario de Napoleón III, el general Castelnau: “Su emperador y Bazaine se portaron como ca-



nallas frente a Maximiliano”.²⁵ Khevenhüller no tuvo reparo en señalar con dedo inquisidor las decisiones negligentes y ruinosas de otros oficiales y diplomáticos franceses, también de los generales mexicanos; entre ellos, Leonardo Márquez fue quien recibió la mayor cantidad de reclamaciones. Sin embargo, no fue el único oficial que despertó la desconfianza y el desprecio de Khevenhüller, pues expresó la misma desconfianza a otros generales, ya fueran imperiales o republicanos, al igual que sobre muchos civiles.

A Lerdo de Tejada lo llamó “maldito abogado fracasado”,²⁶ a Juárez, “intrigante”.²⁷ Del general Tomás O’Horan, señaló su pretensión de querer venderle a Porfirio Díaz la línea de defensa que estaba a su cargo durante el sitio de México. Más tarde, cuando O’Horan fue fusilado, Khevenhüller reveló no haber sentido ninguna lástima por él.²⁸ También tuvo palabras duras contra Mariano Escobedo, a quien, además de señalar con burla su apariencia física,²⁹ también sugirió que compró a Miguel López para que traicionara al emperador. Eso es algo que jamás hubiera hecho Porfirio Díaz, el único mexicano que ganó el respeto y amistad de Khevenhüller.³⁰

El principal traidor y culpable de la caída del imperio fue, para Khevenhüller, Leonardo Márquez. El autor lamentó que éste no hubiera sido capturado. Incluso en las últimas páginas de su diario continuó reprochándolo por no haberlo conducido a Querétaro donde, según su opinión, habría auxiliado con éxito a Maximiliano... y quizá el imperio se hubiera salvado:

²⁵ Carl Khevenhüller, *op. cit.*, p. 185.

²⁶ *Ibid.*, p. 220.

²⁷ *Idem.*

²⁸ Carl Khevenhüller, *op. cit.*, p. 219.

²⁹ *Ibid.*, p. 225.

³⁰ *Ibid.*, p. 220.



¡Márquez, cuánta culpa tiene, de qué manera más ignominiosa (*sic*) traicionó al emperador! No sólo falló en cumplir el cometido de reclutar tropas frescas para el emperador y de acudir con éstas y con dinero a Querétaro, desde donde el emperador lo había enviado a México, sino que, al emperador, que le había dado como acompañamiento toda la caballería que le quedaba, no le mandó ni un peso, ni un hombre, ni una línea, además de que interceptó todas las órdenes dirigidas a mí y a otros. Fueron los últimos gritos de socorro del emperador traicionado.³¹

La primera vez que Khevenhüller mencionó a la “Hiena de Tacubaya”,³² sucedió cuando refirió su regreso de Europa. Si bien Miramón le parecía un “valentón”, al fin consideraba que era buen mozo; en cambio Márquez “es un hombre menudo y viejo; recibió alguna vez un tiro en la cara, lo cual no le favorece. Además, tiene un carácter tímido e inquieto, en suma, un aspecto sospechoso”.³³

El príncipe austriaco nunca se fio de él y no se imaginaba que, cuando lo vio entrando por la garita de San Antonio Abad el 25 de marzo de 1867, entre una nube de polvo, acompañado de Santiago Vidaurri y 800 soldados de caballería, llevaba órdenes expresas de Maximiliano para que lo acompañara como refuerzo militar a la ciudad de Querétaro. Márquez ocultó esta información y ordenó a los oficiales austriacos que resguardaban la capital, Khevenhüller, Equord Ham-

³¹ *Ibid.*, p. 221.

³² Sobrenombre que se le asignó a Leonardo Márquez por la matanza de civiles y médicos inocentes en Tacubaya después de derrotar al ejército de Santos Degollado en abril de 1859 durante la Guerra de Reforma. *Cfr.* Antonio Fernández del Castillo, *Los mártires de Tacubaya*, 1974, p. 70.

³³ Carl Khevenhüller, *op. cit.*, p. 180.



merstein y Edmund Wikkenburg, alistarse para salir rumbo a Puebla para enfrentar a Porfirio Díaz.

A partir de la lectura del diario del príncipe austriaco, se han encontrado varias acusaciones que pesan sobre Márquez durante el camino a Puebla y posterior sitio en la ciudad de México, como la lentitud en la marcha, la destrucción de parque de guerra y las órdenes de enfrentar al enemigo en las circunstancias más adversas. Estas acusaciones se encontrarían encaminadas a ejecutar un plan presuntamente premeditado por este general imperialista para conseguir el derrumbe del proyecto político que defendía. En el relato de Manuel Ramírez de Arellano, esta posibilidad enunciada por Khevenhüller dejó de ser presumible para transformarse en un hecho. Ramírez de Arellano afirmó que la nefasta conducta de Márquez iría encaminada a lograr una venganza contra el emperador, por haberlo mandado a Constantinopla (Turquía) como embajador del imperio.

FÉLIX DE SALM SALM Y LOS CAZADORES FRANCOMEXICANOS

Nacido en 1828 en Westfalia, provincia de Prusia, Félix Constantin Alexander Johann Nepomuk, príncipe de Salm Salm, fue educado, como él mismo lo comentó, desde su tierna infancia en la Casa de Cadetes de Berlín. Participó activamente en la Guerra de Holstein, por lo cual fue condecorado por el zar de Rusia.³⁴ Sirvió en el ejército austriaco y asistió a la Guerra de Crimea, en la que Austria, contra las intenciones de Napoleón III, permaneció como observadora inactiva.³⁵ Este militar no tuvo la oportunidad de hacer carrera militar

³⁴ Félix Salm Salm, *Mis memorias sobre Querétaro y Maximiliano*, pp. 15-16.

³⁵ Konrad Ratz, *Tras las huellas de un desconocido...*, pp. 181-182.



en Austria, ya que, al igual que Khevenhüller, arrastraba excesivas deudas, por lo que se vio en la imperiosa necesidad de salir de ese país.

Encontró en la Guerra Civil norteamericana una excelente oportunidad para resarcir su fortuna y formó parte de la legión de mercenarios germanos. Combatió a favor de los estados del Norte con grado de coronel y jefe del Estado Mayor de la división alemana.³⁶ Este personaje argumentó que, gracias a su temple y valor, las autoridades castrenses norteamericanas lo distinguieron con el grado de general, grado que, por cierto, nunca le fue reconocido por las contrapartes mexicanas. Mientras ocurría el sitio de Querétaro, Maximiliano trató de distinguirlo con el grado, pero tuvo temor de que el acto no fuese bien visto por otros militares. Durante su paso por Estados Unidos, llegó a ser gobernador civil y militar de Georgia del Norte. Al concluir la Guerra de Secesión, Salm fue invitado por senadores estadounidenses para ocupar la dirigencia en una guarnición del ejército regular, la cual rechazó. Como explicaría después: “nunca me encontraba a gusto en ese país, y me horrorizaba la idea de tener que llevar una vida triste y ociosa [...] más allá de los confines de la civilización”.³⁷

Este personaje sostenía que era soldado, y la guerra, su elemento, por lo que decidió ofrecer sus servicios al emperador de México, el cual, desde su parecer, estaba llevando a cabo una “empresa civilizadora”.³⁸ A su arribo, Salm tuvo un recibimiento glacial por parte del emperador, quien no

³⁶ Oliva García de León Melo, *De historias contestatarias: el sitio de Querétaro y el fusilamiento de Maximiliano de Habsburgo a través de los escritos mexicanos y europeos de 1867 a 1869*, p. 88.

³⁷ Félix Salm Salm, *op. cit.*, p. 15. Nótese que el autor consideró que incluso Estados Unidos era un lugar que no pertenecía al mundo civilizado.

³⁸ Félix Salm Salm, *op. cit.*, p. 16.



aceptó de inmediato su ingreso al Ejército Imperial. Tampoco fue admitido en la sociedad aristocrática de la capital, “aun cuando exhibió cartas de presentación de los embajadores prusianos, austriacos y franceses destacados en Washington”.³⁹ Al cabo de seis meses, logró obtener el grado de coronel en el cuerpo auxiliar del general Neigre. Más tarde, se adhirió al cuerpo de voluntarios belgas al mando del comandante Alfred van der Smissen.

El gobierno imperial pensó en aprovechar las buenas relaciones que Salm y su esposa mantenían con altos funcionarios de Estado norteamericanos para obtener el reconocimiento de Maximiliano. No obstante, dichos planes se aplazaron cuando el emperador se enteró de que Carlota se encontraba enferma en Europa.⁴⁰

Después de la partida de los franceses y demás cuerpos expedicionarios, Félix Salm Salm se hizo admitir en el Estado Mayor del general imperial Santiago Vidaurri. Con este último llegó a Cuautitlán en febrero de 1867, donde se unieron a la caravana que habría de conducir a Maximiliano a la ciudad de Querétaro. En esa ciudad se le asignó el mando del cuerpo de cazadores francomexicanos y jefe de la primera brigada de la división al mando del general Ramón Méndez.⁴¹

Algo que llama la atención es que Salm Salm, como Samuel Basch, afirmaron que el emperador les pidió, en el ocaso de su vida, escribir unas *memorias* donde narraran los acontecimientos más importantes de Querétaro. La narrativa testimonial de Félix Salm Salm, *Mis memorias sobre Querétaro y Maximiliano*, son para Conrado Hernández López “una

³⁹ Suzzane Desternes y Henriette Chandet, *Maximiliano y Carlota*, 1971, p. 366.

⁴⁰ Manuel Rivera Campas, *Historia de la intervención europea y norteamericana en México y del imperio de Maximiliano de Habsburgo*, 1987, p. 528.

⁴¹ Oliva García de León Melo, *op. cit.*, p. 89.



obra muy parcial por su carácter antimexicano. Salm Salm responsabilizó a Miramón y a Márquez de ser ‘los espíritus malignos’ que propiciaron el desastre por su ineptitud y sus intrigas”.⁴²

El testimonio de Salm es afín al de Hans y O. Arce, en tanto que relatan de manera similar los principales hechos militares, pero como ocurre con el de Khevenhüller y el de Ramírez de Arellano, hay una mayor concentración en valorar el papel desempeñado por los principales jefes imperiales: Leonardo Márquez, Miguel López, Ramón Méndez, Severo Castillo y Miguel Miramón.

Si bien en la narrativa testimonial de Albert Hans se hace referencia a pasajes violentos y turbios, propios de la guerra, éstos fueron paliados por un discurso más poético. Es decir, el subteniente francés pretendió “suavizar” la crudeza con la presencia cariñosa y bondadosa del emperador. Ante el desastre y los peligros, Maximiliano animaba a sus tropas con palabras de aliento y motivaba a los heridos con su presencia y consuelo. En contraste, Félix Salm Salm fue explícito al describir los horrores de la guerra: las muertes fortuitas de los civiles, la pestilencia de los cientos de cuerpos sin vida que no pudieron ser inhumados, los sufrimientos de los heridos que no fueron rescatados del campo y que fueron olvidados para tener “una muerte miserable”.⁴³

Otra cuestión interesante tratada en el texto del príncipe prusiano es la descripción del modo de guerrear de los mexicanos. El autor marcó diferencias entre los procedimientos usados por los europeos y los nacionales, indicando que para los mexicanos resultaba impracticable la batalla cuerpo a cuerpo, pues además de no estar acostumbrados a ello, no

⁴² Conrado Hernández López, “Querétaro en 1867 y la división en la historia (sobre una carta enviada por Silverio Ramírez a Tomás Mejía el 10 de abril de 1867)”, *Historia Mexicana*, 2008, pp. 1201-1214.

⁴³ Félix Salm Salm, *op. cit.*, p. 95.



podían resistirla dado su complejión física.⁴⁴ Por otra parte, se mofó de la estrategia seguida por la caballería, la cual consideró “la cosa más ridícula que se podía ver”,⁴⁵ ya que implicaba un enfrentamiento a distancia, cuyo vencedor no era quien causaba más bajas, sino el que emprendía primero la retirada. Esta circunstancia, según el autor, incidió en la derrota de las tropas imperiales, pues por más que los cazadores europeos emprendieron vivos ataques, no podían ser seguidos por los batallones mexicanos.⁴⁶

Salm también escribió sobre la participación y *modus operandi* de la élite europea en Querétaro.⁴⁷ Su comunicación con el emperador y con Basch, siempre en alemán, les permitió establecer códigos que sólo ellos conocían y que sirvieron como clave para referirse no sólo a los nombres de los generales mexicanos, sino a los asuntos bélicos que exponían al soberano. Tales estrategias bélicas, en opinión de Salm, siempre estuvieron desatinadas y condenadas al fracaso, principalmente las que propuso Miramón. De tal suerte que, entre los dos, se acordó llamar a Méndez “el pequeño gordito”; a Miramón, “el joven militar”; a Mejía, “el pequeño negrito”, y a Castillo, “el honrado”.⁴⁸

El secretario Blasio ya había notado cierto desvarío en algunas disposiciones del emperador, como aquella de dictar un nuevo ceremonial de la corte en una caminata sobre la plaza de La Cruz cuando estaba siendo bombardeada con granadas

⁴⁴ *Ibid.*, p. 139.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 140.

⁴⁶ *Idem.*

⁴⁷ La élite de Salm estuvo compuesta por otros europeos con los cuales se sintió cómodo, como la compañía del mayor Ernest Pitner, quien escribió también sus impresiones sobre el sitio. Cfr. Ernest Pitner, *Maximilian's Lieutenant: A Personal History of the Mexican Campaign, 1864-1867* (1993), además del sargento Enrique Pototski, el mayor Ernest Malburg y el teniente Bieleck.

⁴⁸ Félix Salm Salm, *op. cit.*, p. 115.



republicanas. El mismo desatino en Maximiliano fue notado con sus allegados germanos. Para el 15 de abril, se resolvió que Salm saliera de la plaza en busca de Márquez, quien semanas atrás había partido para la capital. Salm llevaba una carta con instrucciones encaminadas a sembrar el buen ánimo y confianza en el porvenir del imperio entre la población de México, algunas de ellas indicaban que debía “dar al público buenas noticias”;⁴⁹ otras eran prácticamente irrelevantes y fuera de contexto, como aquella que dictaba: “el príncipe Salm traerá consigo algunas buenas obras históricas”.⁵⁰

Este pasaje deja manifiesto que Salm y Maximiliano nunca estuvieron totalmente conscientes de la complejidad de la situación, la cual no enfrentaron cabalmente. Si bien es cierto que Blasio pareció darse cuenta de las condiciones precarias, poco favorables y próximas a tener un desenlace fatal, Salm compartía con el emperador la misma confianza y creía que era posible revirar la difícil situación. Salm se asumió como el hombre indicado para llevar a cabo la salida del 15 de abril. Se sentía orgulloso de que Maximiliano le hubiera asignado esta encomienda que prometía la salvación. Desafortunadamente para su causa, el proyecto no tuvo el éxito que se esperaba: Salm repartió las culpas entre Miguel López y Pantaleón Moret. Al primero por supuestamente haber alertado al enemigo del movimiento, y al segundo, por no mostrar carácter.

A este respecto cabe señalar que en las memorias de Salm puede observarse la construcción de una figura heroica de sí mismo, sobresaliente e indispensable. Dicha superioridad no tiene sólo su origen en cuestiones raciales, Salm se describe como un soldado con gran experiencia militar, la cual, lamentó, hubiera sido desperdiciada. La

⁴⁹ *Idem.*

⁵⁰ *Ibid.*, pp. 124-125.



proyección del *yo* supera a los demás personajes que intervienen en el relato. La imposibilidad de que ese *yo* fuera más brillante y eficaz durante las batallas la atribuyó a que los *otros* intervinieron de manera negativa en los hechos, ya sea porque no le permitieron tomar las decisiones más convenientes o por sus “intrigas”. Siendo así, el autor encontró en Miramón a un personaje oscuro que impidió que su estrella fuera más intensa y, de paso, contribuyó a la caída de Maximiliano, a quien siempre consideró poseedor de un carácter muy noble, lo que le impedía notar la falta de honradez de otras personas, como la del “joven general”. Ese carácter noble del archiduque también le impidió darse cuenta de las actitudes nocivas de otros personajes: “Tanto un Napoleón, como un Márquez, fácilmente manejaban a un carácter como el de él”.⁵¹

A partir del análisis de estas memorias, se tienen por lo menos tres denuncias de Salm Salm contra Miramón. La primera fue por su falta de pericia militar, lo que se tradujo en derrotas importantes. Por esa misma razón, “Miramón nada trajo (a Querétaro) más que su persona, después de haber perdido todo su ejército por una indiscreción”.⁵² La segunda fue mal aconsejar al emperador con la finalidad de volver a poner en primer plano su figura política:

⁵¹ *Ibid.*, p. 74.

⁵² Se refiere a la derrota sufrida por Miramón en San Jacinto semanas antes del comienzo del sitio de Querétaro. Félix Salm Salm, *op. cit.*, p. 122. Quizá esta derrota pesó en el ánimo de Maximiliano para hacer de Márquez la figura militar más importante durante la campaña de Querétaro. Márquez aprovechó la coyuntura para menoscabar a Miramón, quien no quiso someterse a las órdenes de éste, y así se lo hizo saber al emperador, recordándole que, durante el tiempo en que fungió como presidente, él le había otorgado a Márquez su grado de general y, por lo tanto, no podía estar a sus órdenes.



Pagó con su sangre vertida al mismo tiempo que la del emperador; y mientras no haya pruebas de lo contrario creemos que Miramón, aunque completamente poseído de ambición personal, estaba más bien ciego por sus propias ilusiones, y llevado por su ligereza, que de intento engañaba al emperador y le aconsejaba mal, con el fin de elevarse con la caída de éste.⁵³

El tercer señalamiento, y probablemente el más interesante, fue no haber permitido que Salm se desarrollara de una mejor manera en el terreno militar durante el sitio. Acusó a Miramón de mandarlo a las misiones más peligrosas, donde debía enfrentar a un mayor número de enemigos, mejor armados y en un terreno poco propicio, pero además buscó obstaculizarlo en su proceder, al nunca mandarle refuerzos ni oficiales capaces, todo esto, supuestamente, con el negro propósito de buscar su muerte.

SAMUEL BASCH Y LOS BRÍOS CIVILIZATORIOS

De origen austriaco y criado en el seno de una familia judía, el doctor Samuel Basch llegó a México a principios de 1866. Prestó sus servicios al cuerpo de voluntarios austriacos. Fue encargado de la dirección del Hospital Militar en Puebla,⁵⁴ donde laboró durante un corto tiempo, ya que en septiembre se convirtió en el médico personal del emperador, labor que desempeñó hasta el fusilamiento de éste.

Basch observó los principales acontecimientos de Querétaro, se volvió parte activa del personal médico que atendió a los soldados imperiales que fueron heridos, incluso a

⁵³ Félix Salm Salm, *op. cit.*, p. 145.

⁵⁴ Para consultar con detalle las investigaciones y tratados médicos que escribió el doctor Basch, véase Konrad Ratz, *Tras las huellas de un desconocido*, pp. 134-140.



uno que otro republicano cuando cayó la plaza. En abril se le encomendó la tarea de encargarse de todos los nosocomios de la ciudad. Basch introdujo reglamentos de enfermería y logró organizar secciones modestamente equipadas de hasta 40 camas. Como apremiaban las necesidades y el fondo para hospitales era escaso, pensó constituir una junta de beneficencia integrada por el párroco, otros dos sacerdotes y alguno de los habitantes más acomodados. De manera que logró conseguir ropa blanca, colchones, hilas y vino.⁵⁵

Se convirtió en una especie de secretario, pues escribió las cartas en alemán que Maximiliano le dictó para sus familiares y conocidos en Europa. El libro que escribió sobre México fue encargado por el propio Maximiliano, quien tenía la idea de narrar lo ocurrido durante su estancia en Querétaro e, incluso, le sugirió a su médico el título que adoptaría el mismo: *Recuerdos de México*.⁵⁶ Maximiliano le pidió al galeno y confidente que le preparase en forma de diario los materiales conducentes, para lo cual puso a su disposición no solamente sus propios manuscritos, sino los materiales del gabinete de guerra, entre los que figuraban los planes de

⁵⁵ Alfredo de Micheli, “Los inicios de la cardioangiología mexicana en los albores de la Academia Nacional de Medicina”, en *Archivos de Cardiología Mexicana*, 2016, p. 280.

⁵⁶ Estando Maximiliano preso en Querétaro, le dijo al doctor Basch: “Es usted el único que tiene seguridad de volver a Europa [...] ocúpese de mí, y trate de que al menos se me haga justicia. ¿Cómo va a titular usted su obra? Yo le propondría que se llamase *Los cien días del imperio en México*”. Mas habiéndole hecho el doctor Basch la observación de que, para dar una idea clara de los acontecimientos era preciso remontarse a los días de Orizaba (se refiere al viaje que hace el emperador a finales de 1866 a dicha ciudad para estar más cerca del puerto de Veracruz, en espera de noticias de Carlota, quien había partido en verano a pedir ayuda para el Imperio a Napoleón III y al papa Pío IX), le contestó Maximiliano: “Está bien; dé usted en ese caso al libro el simple título de *Recuerdos de México*”. Cfr. Samuel Basch, *op. cit.*, p. 6.



campaña, las órdenes del día y los protocolos de los consejos de guerra.

No obstante, muchos de los documentos que tenía en su poder fueron extraviados durante los días en que el galeno fue hecho prisionero. Por fortuna, todos los materiales que había escrito en alemán se salvaron. Con éstos, más los apuntes que tenía reunidos en su propio diario del sitio, pudo completar el texto *Recuerdos de México. Memorias del médico ordinario del emperador Maximiliano, 1866-1867*.

Publicado en español por primera vez en 1870⁵⁷ y “rectificado” por otro célebre doctor, Hilarión Frías, *Recuerdos de México* narra los principales sucesos del gobierno de Maximiliano desde septiembre de 1866 hasta junio de 1867. Son tres los temas principales que planteaba Basch: la difícil situación política y militar en que se encontraba el Imperio ante la inminente evacuación de las últimas tropas francesas del país, el viaje de Maximiliano a Orizaba, donde estuvo a punto de abdicar, y el posterior drama de Querétaro.

En el tema político, Basch criticó las cambiantes posturas ideológicas que demostraban los militantes de los partidos políticos, mal que se extendía al resto de los mexicanos, a quienes calificó de “absolutistas” y “en alto grado intolerantes”, máxime a todo aquello que oliera a extranjero. Para el autor, la política mexicana quedaba reducida al interés y al egoísmo, de ahí que manifestara que sólo en esta nación existan tantos “renegados” y “maromeros políticos”.⁵⁸

El doctor indicaba que para la clase política y militar no existía el honor, pues sus miembros no tenían reparo en abandonar su bandera y cambiar de bando, siguiendo siempre las ambiciones personales y la conveniencia. Puso

⁵⁷ El texto fue reimpresso en 1957 por Editora Nacional y, en 2003, por el Fondo Editorial del Instituto Mora.

⁵⁸ Samuel Basch, *op. cit.*, p. 15.



de ejemplo los llamados “pronunciamientos contra el gobierno”, cualidad deshonrosa y asumida por militares que ni siquiera daban su nombre y que hacían gala de violencia al fusilar sin compasión a un contrario, ocupando ciudades y desconociendo a las autoridades legalmente constituidas, mostrando, así, su cambio de filiación política. Para este autor, hordas de hombres como éstos fueron los que componían los ejércitos republicanos que posteriormente sitiaron Querétaro, simples desertores, que, según Basch, mientras el Imperio pudo darles dinero y tenían algo que esperar de él, se mantuvieron aliados a la causa de Maximiliano.

En lo tocante al contexto internacional, el galeno analizó la participación del gobierno de Napoleón III y Estados Unidos en el Segundo Imperio Mexicano. A los franceses los acusó de robar los ingresos de las aduanas, de no respetar los tratados de Miramar, de pretender atentar contra la soberanía nacional al querer apropiarse del rico estado de Sonora, y quizá lo más grave, de impedir que Maximiliano lograra llevar a buen puerto su anhelada asamblea nacional, donde se reunieran los principales representantes de los partidos políticos para discutir la forma de gobierno que habría de adoptar el país.

Sobre la participación de Estados Unidos, opinó que en Europa se exageró demasiado la presión que los americanos ejercieron sobre el gobierno de Napoleón III, pues a éstos no les importaba en demasía la existencia de una república o un imperio en su vecino del sur, sino que el país estuviera pacificado.⁵⁹ El doctor Basch señaló: “Sé de buena fuente que

⁵⁹ En el terreno militar también hay muestras patentes de la participación norteamericana. El mariscal Bazaine dio la orden de concentrar tropas, diseminadas en el país, rumbo al norte para hacer frente a un posible ataque. Sobre el apoyo armamentista, autores como Carl Khevenhüller, Félix Salm Salm y Albert Hans mencionan la utilización de fusiles de 16 tiros y de rifles Spencer de ocho tiros, de manufactura



algunos hombres de estado declararon con toda franqueza que lo más ventajoso para los Estados Unidos habría sido el ver definitivamente pacificado a México. Que fuese por medio del Imperio o por medio de una república, le era indiferente”.⁶⁰

Algo importante a considerar era el debilitamiento de Estados Unidos, ya que enfrentaba su guerra civil. Este fue uno de los sucesos internacionales que alentaron a Napoleón III a intervenir en México. Al final de la Guerra de Secesión, los Estados Unidos apoyaron decididamente al gobierno de Juárez, no sólo con armamento; utilizaron la diplomacia. Por ejemplo, presionaron al gobierno imperial de Francisco José con romper las relaciones diplomáticas con Austria si lanzaban un segundo embarque de voluntarios para México. Bajo esta amenaza, las tropas austriacas, que estaban ya embarcadas en Trieste en el verano de 1866, tuvieron que volver a tierra. Por otra parte, la opinión pública norteamericana se encontraba abiertamente a favor de una República Mexicana, y consideró violada la doctrina Monroe.

Antes de entrar de lleno con la narración del sitio, Basch escribió sobre el viaje previo que el emperador hizo a Orizaba. En éste se reprodujeron las mismas circunstancias que se vieron camino a Querétaro: un Maximiliano abatido por la angustia y la indecisión. El relato sobre Orizaba transcurrió entre los planes del emperador para abdicar, las disposiciones conducentes para confirmar tal acto, sus excursiones con

estadunidense, “donados” por los estadounidenses a los militares liberales y que tanto daño causaron a los ejércitos imperialistas. Estos mismos testigos, como Basch, señalaron la participación de soldados norteamericanos peleando bajo el mando de Escobedo en el sitio de Querétaro. Salm citó incluso cifras: “ciento cincuenta norteamericanos, que servían al ejército del enemigo bajo el nombre de ‘Legión de Honor’ y al mando de un coronel Green”. Su tarea, según Salm, era bombardear la ciudad. *Cfr.* Samuel Basch, *op. cit.*, p. 204.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 18.



el profesor Dominique Bilimeck en busca de insectos, y las discusiones de los consejeros de Estado y ministros que lo convencieron de continuar al frente del Imperio.

Basch también se ocupó de narrar la salida de Maximiliano de la capital, su viaje a Querétaro y los pormenores del sitio militar. A partir del decimotercer capítulo, el texto se transforma en una especie de bitácora. El autor recurrió a una escritura narrativa más parca, se limitó a contar los hechos más relevantes del 5 de marzo al 19 de junio. Él mismo advirtió al lector este cambio de cariz en su libro: “Desde este punto dejaré hablar a los restos de mi diario de Querétaro, que logré salvar en la catástrofe del 16 de mayo”.⁶¹

Como la mayoría de los autores que atestiguaron lo ocurrido en Querétaro, antes de contar las acciones militares o el comportamiento de los actores más importantes de ese episodio, Basch hizo un esfuerzo por describir al lector la geografía de la ciudad sitiada, reveló las posiciones que ocupaba cada ejército y señaló los lugares más importantes donde el emperador tuvo muestras de nobleza y sacrificio. El doctor también opinó sobre la simpatía que siempre demostró la ciudadanía queretana respecto al Imperio y a Maximiliano, de la cual comentó:

La acogida que a Maximiliano hizo la población de Querétaro, fue sinceramente cordial. El pueblo ocupaba todo el tránsito de la garita al casino español, que estaba dispuesto para su habitación, el emperador fue aclamado con gritos de júbilo, y con incesantes vivas.⁶²

⁶¹ *Ibid.*, p. 166.

⁶² *Ibid.*, p. 145.



Comentó que la población queretana se mostró la mayor parte del tiempo simpática e incluso ayudó de buena gana a conducir cañones para el Cerro de las Campanas.⁶³ No obstante, estas muestras de apoyo pertenecían a una etapa muy temprana del sitio. Dichas manifestaciones están ausentes en el relato de Basch, a medida que la narración se ocupa de los momentos más apremiantes, cuando los víveres escaseaban y cuando se empezaron a cobrar impuestos risibles, como por el número de ventanas y puertas de cada casa. Si bien cuenta que algunos miembros de las clases acomodadas asistieron a Maximiliano en su prisión, el resto de la población parece estar ya ausente. Sólo mostraron su pena y consternación a la víspera del fusilamiento.

En varias partes del texto se observa tensión entre Basch y los médicos mexicanos. El doctor austriaco nunca estuvo de acuerdo con su forma de proceder, pues aseguraba que los enfermos que trataban eran revisados muy rara vez y atendidos por enfermeros inexpertos. Denunció que, por su origen extranjero, fue obstaculizado en su trabajo una y otra vez. La autoproyección que el autor hizo de sí mismo en la obra fue la de un hombre que padeció, igual que Maximiliano, injusticias y agravios, cuando su intención fue siempre la de hacer el bien. Intención bienhechora que no sólo ejerció con los heridos comunes y corrientes, sino con mayor esmero y cuidado para su paciente principal.

Existen referencias en la narrativa de Basch sobre la persistente diarrea que postró a Maximiliano por varios días y que lo privó de asistir a su juicio en el Teatro Iturbide. El remedio que el doctor imperial encontró para calmar los dolores del soberano fue administrarle pastillas de opio. Maximiliano pudo haber olvidado documentos importantes a la hora que los republicanos entraron a su habitación en La

⁶³ *Ibid.*, p. 167.



Cruz, mas no olvidó la cajita de opio que su doctor le había dejado sobre su buró.

El día de la ejecución, Basch sufrió un ataque de nervios y no acudió al Cerro de las Campanas. Esperaba practicar el embalsamamiento del archiduque, a petición expresa de Maximiliano, pero que fue negada, lo que también provocó severas críticas por parte del galeno ante las autoridades mexicanas. Esta negativa no fue un impedimento para que Basch revisara el cuerpo sin vida de su paciente. Como médico, dio su diagnóstico sobre los daños que causaron las balas del pelotón:

Seis heridas atravesaron el tronco, tres estaban en el vientre bajo, y tres en el pecho, casi en la misma línea. [...] Las tres heridas en el pecho eran mortales por esencia: la primera bala atravesó el corazón; la segunda hirió los vasos gruesos; la tercera atravesó el pulmón derecho. La naturaleza de estas tres heridas induce, pues, a creer que la lucha del emperador con la muerte hubo de ser brevísima.⁶⁴

Basch concluyó su texto con una reflexión sobre el proceso militar que enfrentó el emperador. Advirtió que sus palabras eran severas, pero que las decía con plena “tranquilidad de conciencia”. Puso en duda la competencia del tribunal de guerra que juzgó al emperador.⁶⁵ No creyó nunca en dicho

⁶⁴ Samuel Basch, *op. cit.*, pp. 301-302.

⁶⁵ Basch mostró siempre añoranza en sus memorias por la supuesta civilización europea que hacía conducir a los hombres mediante el respeto, la palabra empeñada, el honor, la decencia, etcétera, virtudes que eran necesarias urgentemente en México. Implantar la civilización era una de las tareas de Maximiliano, lo que implicaba una exportación de costumbres, tradiciones e incluso instituciones. En este sentido, Basch cayó en una contradicción digna de señalarse: al mismo tiempo que criticó la incompetencia del Tribunal de Guerra,



proceso, y aunque reconoció los esfuerzos de los abogados del sentenciado, Mariano Riva Palacio, Rafael Martínez de la Torre, Jesús María Vázquez y Eulalio María Ortega, sostuvo que Maximiliano fue asesinado con alevosía.

INÉS DE SALM SALM Y LOS PLANES DE FUGA

Si existió alguien que encarnó a la perfección la esencia de la aventura y del cabildeo durante los días de Querétaro, fue sin duda Inés Isabel Winona LeClerec Joy. De padres franceses pero norteamericana de nacimiento, se convirtió en princesa por su matrimonio en 1862 con Félix Salm Salm. Se dice que en su juventud trabajó en un circo y que fue cantante en La Habana.⁶⁶ Muchos autores que han revisado la historiografía sobre la Intervención Francesa y el Segundo Imperio calificaron a Inés de Salm Salm como una mujer sumamente inteligente, hermosa y hábil jinete.⁶⁷ Resulta indudable que esta mujer explotó muy bien sus cualidades físicas, las cuales utilizó para seducir a un par de oficiales republicanos y organizar un plan de fuga para Maximiliano.

Durante su estancia en Estados Unidos, Inés cultivó amistades importantes, siempre con el afán de ayudar a su marido a ascender en el escalafón militar. Tuvo contacto cercano con los presidentes norteamericanos Abraham Lincoln y An-

alegó que esa era una costumbre en boga en Europa desde las conmociones de 1848. Otros testigos estuvieron de acuerdo con la competencia del tribunal, así lo manifestó Bernabé Loyola, quien sostuvo que, de haber caído Benito Juárez, Sebastián Lerdo de Tejada y José María Iglesias en manos de Miramón, en Zacatecas, Maximiliano los habría juzgado de la misma manera, ya que una carta del emperador a Miramón así lo confirma. *Cfr.* Bernabé Loyola, *op. cit.*, p. 68.

⁶⁶ Erika Pani, *op. cit.*, p. 36.

⁶⁷ Daniel Moreno, *op. cit.*, p. 131; Konrad Ratz, *Tras las huellas de un desconocido*, p. 182, y Egon Caesar Conte Corti, *Maximiliano y Carlota*, 1984, p. 580.



drew Johnson, y con el mexicano Benito Juárez, así como con importantes periodistas. Antes de que su marido iniciara la campaña a Querétaro, Inés lo persuadió de acompañarlo, a lo que Salm se negó rotundamente. La dejó en la ciudad de México al cuidado del anciano liberal Federico Hube, en una casa provista de todos los lujos por el rumbo de Tacubaya.

Dos años después de la caída del Imperio, apareció el diario de la princesa Salm Salm, el cual, poco después de publicado, se mal tradujo al español bajo el título de *Querétaro. Apuntes del diario de la princesa Inés de Salm Salm*.⁶⁸ Para Konrad Ratz, la princesa exageró sus hazañas y las de su marido en Querétaro.⁶⁹ Una vez más encontramos que en la narrativa testimonial, en este caso en voz de una autora, idealiza su propia figura. Ahora no son las proezas en el campo de batalla las que se exaltan en el relato, sino la utilización de la feminidad y su atractivo contra un mundo dominado por códigos y valores impuestos por los varones.

La apelación a su condición frágil, bella, en palabras de algunos “erótica”,⁷⁰ sumada a su título nobiliario, le permi-

⁶⁸ Daniel Moreno, *op. cit.*, p. 132.

⁶⁹ Konrad Ratz, *Tras las huellas de un desconocido*, p. 183.

⁷⁰ Konrad Ratz profundiza en la relación que entabló Inés de Salm Salm con los coroneles republicanos Ricardo Villanueva y Miguel Palacios, a fin de lograr de ellos su colaboración para la fuga del archiduque cautivo. Señala que Inés “se le va a echar literalmente al cuello” a Villanueva, dejando entrever que Inés tuvo relaciones sexuales con él para lograr su cometido. Más tarde, además de ofrecer una suma de dinero a Palacios, también le ofreció sus favores eróticos. Ratz menciona que la libertad sexual de la princesa se explicaba, según indicación propia en sus memorias, por su infertilidad. *Cfr.* Konrad Ratz, *Querétaro: fin del Segundo Imperio Mexicano*, pp. 234, 299 y 396.

Khevenhüller también escribió sobre la desinhibición sexual de la princesa, pues narró que, varios días antes de que capitulara la plaza de México, se presentó inesperadamente en sus aposentos, pidiéndole que entregara la ciudad. Khevenhüller no se explicó cómo pudo haber saltado las líneas de fortificación durante el sitio de Mé-



tieron a Inés de Salm comportarse con seguridad y determinación frente a los hombres más duros e inflexibles, Márquez entre ellos, quien se transformó ante la princesa: “su rostro moreno y maligno se puso casi risueño y cariñoso”.⁷¹

Son sumamente elocuentes las primeras líneas de sus memorias: “Durante los últimos seis años he oído y visto muchas cosas”.⁷² Recordemos su condición viajera. Vivió la Guerra Civil norteamericana, estuvo en varias ciudades de aquel país, como Nueva York y Washington; viajó por Cuba y México. Una vez que su marido fue amnistiado, partió para Europa. Legitimó su crónica por el hecho de haber sido testigo de acontecimientos políticos y militares muy importantes. Líneas más adelante, contó que fue instada por sus amigos a escribir todo lo acontecido durante esos años. Cumplió con esa petición con agrado y hasta cierto punto con facilidad, pues decía: “tengo la costumbre de llevar un diario y poseo además una memoria excelente”.⁷³

De alguna manera, su diario fue un prelude de la obra de su marido. Declaró que mientras Félix se encontraba preparando sus memorias, le pidió que escribiera por lo menos un breve relato sobre su estancia en México y sobre los hechos de Querétaro, en los que “tuvo parte principal”. Una diferencia palpable entre ambas memorias es que Inés no se refirió a los mexicanos con términos despectivos; por el contrario, manifestó siempre su agradecimiento para con éstos, especialmente con los altos mandos republicanos, quienes la trataron “con la mayor cortesía y consideración”.⁷⁴

xico. Entre paréntesis escribió: “se dice que a besos”. Cfr. Carl Khevenhüller, *op. cit.*, p. 215.

⁷¹ Inés de Salm Salm, “Querétaro. Apuntes del diario de la princesa Inés de Salm Salm”, en Daniel Moreno, *op. cit.*, p. 133.

⁷² *Idem.*

⁷³ *Idem.*

⁷⁴ *Ibid.*, p. 163.



El objetivo principal de la narración fue resaltar su posición como negociadora útil y de primer orden. Sus servicios desinteresados, y a la vez arriesgados,⁷⁵ los brindó en dos ocasiones importantes, siempre con la intención de preservar la vida de su esposo y de Maximiliano: la primera, como mediadora en la capital, buscando la rendición pacífica entre las brigadas extranjeras de Khevenhüller y Alphons Kodolitsch, y el ejército de Porfirio Díaz, próximo a tomarla. En este intento salieron a relucir sus excelentes dotes de jinete, pues cabalgó constantemente de la ciudad a Tacubaya, a la Villa de Guadalupe y de regreso a la capital; agradece a “su buena estrella” salir ilesa de un par de atentados.⁷⁶

Sus salidas tenían el propósito de conferenciar con Díaz, quien nunca llegó a fiarse de ella, pues la consideró peligrosa; sin embargo, logró recibir de Porfirio un salvoconducto para Querétaro, hecho que habla de su perseverancia, ya que el camino era extremadamente peligroso por la cantidad de ladrones de diligencias. La propia Inés constató la violencia reinante en el camino, señaló el espanto que le causó encontrarse con dos cadáveres colgados de unos árboles. Hay que mencionar que ni el mismo Khevenhüller logró de Díaz un pasaporte para Querétaro, incluso cuando el fusilamiento del archiduque ya se había verificado.

La segunda negociación importante constatada en el texto sucede cuando la princesa se prestó como intermediaria entre el gobierno de Benito Juárez y la causa perdida del archiduque. En este intento, Inés de Salm narró sus constantes traslados de San Luis Potosí a Querétaro, y viceversa, tratando de conseguir el aplazamiento del proceso militar,

⁷⁵ Gracias a estos servicios, Maximiliano esperaba condecorarla con la orden de San Carlos, fundada por Carlota. La insignia consistía en una pequeña cruz de esmalte blanco con la inscripción “Humilitas”. Cfr. Inés de Salm Salm, *op. cit.*, p. 150.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 138.



propósito que logró. Pero la dilación no significó el perdón tan anhelado, lo que determinó a Inés de Salm a fraguar un plan de fuga para Maximiliano. Ya su marido había actuado en ese sentido; sin embargo, el archiduque declinó a participar en tal escape, ya que todavía confiaba en la habilidad de sus abogados y en las negociaciones que pudieran entablar los embajadores Anton von Magnus, ministro de Prusia; Eduard von Lago y Ernst Schmit von Tavera, encargados de negocios de la legación austriaca; Frederic Hoorickx, encargado de negocios de Bélgica, y el ministro de Italia, el marqués Curtopassi.⁷⁷

Justo cuando el proceso militar comenzaba, Inés de Salm actuó con mayor celeridad para conseguir la fuga. Declaró que el plan consistía en sobornar mediante dos pagarés, por el monto de cien mil dólares cada uno, firmados por los ministros europeos como garantía⁷⁸ y girados sobre la casa imperial austriaca a nombre de los coroneles republicanos Ricardo Villanueva y Miguel Palacios, encargados de custodiar a los reos. Los coroneles les otorgarían facilidades para salir de la prisión del Convento de las Capuchinas, montar algunos caballos que Carlos Rubio había financiado para conducirse hacia la Sierra Gorda, y de allí dirigirse a la costa.

La misma noche en que se llevó a cabo la negociación, la princesa Inés de Salm condujo hasta su habitación al coronel

⁷⁷ Egon Caesar Conte Corti, *op. cit.*, pp. 582-585.

⁷⁸ Es interesante comentar la participación de los ministros en este negocio. Von Lago nunca creyó que el intento de fuga tuviera éxito; sin embargo, fue el único que firmó los pagarés más tarde. Cuando quiso que sus colegas firmaran también los documentos, se negaron señalando que no querían comprometer a sus gobiernos. Incluso convinieron al propio Lago de eliminar su firma, lo cual hizo con el auxilio de unas tijeras. Esta acción le valió a Lago no sólo la acusación de la princesa Inés de Salm como uno de los causantes del fracaso del plan de fuga, también perdió su puesto en el cuerpo diplomático de Austria. *Cfr.* Egon Caesar Conte Corti, *op. cit.*, p. 585.



Palacios, donde habría de persuadirlo “de todos los modos posibles” para comprometerlo con su colaboración. Al final, en palabras de Salm, Palacios “no podía familiarizarse con la idea de que un tan pequeño pedacito de papel, con algunos garabatos daría la seguridad de una vida sosegada para su mujer y su hijo: un bolsillo de oro habría hablado un lenguaje mucho más persuasivo”.⁷⁹ Horas más tarde, Palacios acudió con Escobedo para descubrirlo todo.⁸⁰ Al día siguiente, Escobedo mandó poner centinelas fuera del apartamento de Inés de Salm y la mandó a llamar para informarle su resolución de exiliarla de Querétaro.

Inés de Salm Salm partió para San Luis Potosí, pero incluso allá no estuvo quieta, pues emprendió los últimos intentos de pedir el indulto para Maximiliano. En cuanto llegó, se entrevistó con Benito Juárez y José María Iglesias; por lo menos logró escuchar de ellos que la fuga del archiduque no les hubiera desagradado. Una noche antes del fusilamiento, Inés de Salm volvió a conducirse con elocuencia: se arrojó a los pies del presidente implorando el perdón. Le dijo: “Si ha de correr sangre, entonces tomad mi vida, la vida de una mujer inútil; y perdonad la de un hombre que puede hacer aún mucho bien en otro país”.⁸¹

Todo fue en vano. Ni las doscientas mujeres potosinas ni la esposa de Miramón, Concepción Lombardo, lograron conmover a Juárez, quien pidió no ver a nadie más durante los tres días siguientes. Inés de Salm, desconsolada, pasó

⁷⁹ Inés de Salm Salm, *op. cit.*, p. 159.

⁸⁰ Existe una versión no confirmada de que el propio Escobedo alentó la relación de Inés de Salm Salm con sus coroneles con el fin de que ella intentara sobornarlos. La razón: tener un pretexto para poder expulsarla junto con los ministros extranjeros de Querétaro, como en efecto sucedió, o probar la lealtad y honestidad de sus dos jóvenes coroneles. *Cfr.* Kornrad Ratz, *Querétaro: fin del Segundo Imperio Mexicano*, p. 301.

⁸¹ Inés de Salm Salm, *op. cit.*, p. 164.



la víspera de la ejecución orando en compañía de dichas mujeres. Ante el deceso del emperador, los esfuerzos de la princesa Salm Salm se concentraron en abogar por su marido, quien todavía se encontraba preso. Félix continuó su presidio en Querétaro hasta el mes de octubre, cuando se dio la orden de trasladarlo a Oaxaca. Benito Juárez cumplió con la promesa que le había hecho a la princesa Salm en San Luis Potosí: respetar la vida de su marido. A finales de 1867, el gobierno permutó la condena de prisión por el destierro. Félix Salm Salm fue enviado a Europa. Su esposa no se pudo reunir con él en la costa. Se vieron en Europa unos meses más tarde. La princesa terminó su diario con la esperanza de poder olvidar “los días funestos que había pasado en el último año”.⁸²

MANUEL RAMÍREZ DE ARELLANO Y SU DISPUTA CON EL LUGARTENIENTE DEL IMPERIO

La participación del general Manuel Ramírez de Arellano resultó muy relevante durante el sitio. Maximiliano lo designó como general en jefe del cuerpo de artillería, cargo que desempeñó con gran talento. A medida que se desarrollaba el sitio y las municiones se terminaban, supo elaborar granadas de cartón que, en opinión de muchos de sus compañeros, fueron bastante eficaces. A este personaje se le atribuye la fundición de la mayoría de las campanas de los templos de la ciudad para convertirlas en balas; lo mismo hizo con el techo del Teatro Iturbide, el cual estaba cubierto de plomo.⁸³

⁸² *Ibid.*, p. 168.

⁸³ Esta improvisación no se detuvo aquí, pues también supo utilizar cañerías de agua, tinas de baño, material de imprenta y diferentes construcciones de zinc y antimonio para elaborar material bélico. Improvisó también una fábrica de pólvora y una salitrera. *Cfr.* Manuel Ramírez de Arellano, *Últimas horas del imperio*, 1903, pp. 83-84.



La instrucción militar de Ramírez de Arellano provino del Colegio Militar, donde destacó de manera importante en las “matemáticas, [...] la documentación militar, el dibujo, la física, la mecánica, la fortificación pasajera y permanente, y la construcción de materiales de guerra”.⁸⁴ Fue compañero de aula de los más destacados militares de su tiempo, como su amigo Miguel Miramón y sus adversarios, Sóstenes Rocha y Leandro Valle. Estuvo presente en la batalla de Churubusco y en la defensa del Castillo de Chapultepec durante la Intervención Norteamericana, donde cayó prisionero. Más tarde ocupó el cargo de comandante militar y gobernador del estado de Sonora, a mediados de la década de los cincuenta. Tuvo una discreta participación durante la Guerra de Reforma. Posteriormente se unió al Imperio, al cual defendió con armas, principalmente en el estado de Michoacán.

El origen indígena de Ramírez de Arellano fue su salvación cuando cayó Querétaro. Se rasuró el bigote, se hizo pasar por un subalterno sin importancia, y se escapó de los republicanos brincando azoteas. Incluso estuvo presente en el fusilamiento de Ramón Méndez mientras varios republicanos estaban buscándolo.⁸⁵ Ramírez de Arellano salió de Querétaro y llegó hasta México, donde le informó de viva voz a Leonardo Márquez de la toma de la ciudad y la prisión de Maximiliano, Miramón y Mejía.⁸⁶

⁸⁴ Ángel Pola, “Entre los réprobos”, en Manuel Ramírez de Arellano, *op. cit.*, p. VIII.

⁸⁵ Agustín Rivera, *Anales mexicanos: la Reforma y el Segundo Imperio*, 1994, pp. 310-311.

⁸⁶ La supuesta audacia de Ramírez de Arellano de poderse evadir de Querétaro por sus propios medios fue puesta en entredicho por Ángel Pola, quien en el prólogo a la obra *Últimas horas del imperio*, de Ramírez de Arellano, en la edición de 1903, señaló que Arellano gozó de la protección del general republicano José Montesinos, quien lo escondió, y de Mariano Escobedo, quien le otorgó una carta para



Como ocurrió con los autores europeos analizados en el presente capítulo, Ramírez de Arellano también fue un viajero, aunque no se movió por el afán de aventuras sino por el destierro. Sus viajes se caracterizaron por contar con un sinfín de penalidades. En noviembre de 1867 salió rumbo a Europa; en su primera escala en La Habana, le tocó presenciar la muerte de su asistente y compañero, el comandante Patricio Rodríguez, quien falleció a causa de la fiebre amarilla. A principios de 1868 llegó a París, donde enfrentó varias adversidades y fue asistido por manos caritativas.⁸⁷ Dos años más tarde publicó en ese país sus memorias sobre el sitio de Querétaro, bajo el título *Últimas horas del imperio*. De París pasó a Roma, donde continuaron sus penalidades económicas y físicas; sin embargo, tuvo el entusiasmo necesario para continuar su labor como historiador. Escribió un par de obras más, *La ciencia de la guerra* e *Historia del imperio de Maximiliano*.⁸⁸ En la misma Roma, cayó gravemente enfermo. Se trasladó a San Marino y, posteriormente, al pueblo de Rímini, donde fue socorrido con devoción cristiana por un grupo de monjas. Murió en diciembre de 1877.

Últimas horas del imperio es interesante por varios motivos: al ser un militar que vivió de cerca el sitio queretano, se esperaba que Ramírez de Arellano narrara los acontecimientos militares más destacados con el mismo orden expositivo con el que lo hicieron Hans, O. Arce, Rocha y Salm Salm. Ramírez de Arellano rompió con esta estrategia, aunque reparó en discutir algunas batallas. No se concentró en demasía en discurrir sobre detalles técnicos en el fracaso o éxito de tal o cual operación.

Porfirio Díaz en donde le pedía lo dejara entrar en la capital. *Cfr.* Ángel Pola, *op. cit.*, p. XII.

⁸⁷ *Ibid.*, p. XIV.

⁸⁸ *Ibid.*, p. XV.



La referencia que hizo sobre sí mismo se aleja de tintes heroicos ocurridos en el campo de batalla. En su obra se describió como una persona ingeniosa, audaz y laboriosa, para ello recordó varias veces al lector las dificultades a las que se enfrentó en su encargo como jefe de artillería. Ramírez de Arellano, al igual que O. Arce, se refirió a él en tercera persona, otorgando a otros personajes el peso principal en la narración. En el caso de *Últimas horas del imperio*, quien llevó dicho peso fue Leonardo Márquez. En el material, se analizan con detenimiento las decisiones que tomó este personaje, todas supuestamente encaminadas al desastre del Imperio y a la muerte del soberano.

El general de artillería escribió, en las primeras páginas de sus memorias, que el propósito principal de *Últimas horas del imperio* era demostrar la traición de Márquez. Para aseverar dicha acusación, Ramírez de Arellano apeló a cuestiones científicas, auxiliado de “pruebas auténticas y solemnes”, cartas personales, documentos oficiales y el testimonio de otros individuos, lo que reviste al texto de un valor extraordinario. Incluso fue el único autor que se apoyó en un aparato crítico al pie de página.

Ramírez de Arellano sostenía que el motivo principal por el cual Márquez actuó en contra de Maximiliano fue por venganza. El acto que originó tales deseos fue el destierro que Maximiliano hizo de “la hiena” al asignarle una misión diplomática en Oriente, alejándolo del país. Gran error, ya que significó:

Herir a la “hiena” de una manera tan imprudente como cruel y peligrosa; era privar al Imperio y la Intervención del soldado más adicto, [...] era aniquilar a un hombre a quien los compromisos, las antiguas opiniones y los servicios prestados



designaban naturalmente como la primera espada del régimen imperial.⁸⁹

Pero en la parte final del Imperio, Márquez volvió al país y fue nombrado por el emperador su consejero privado para todos los asuntos relacionados con la guerra. Estaba, según Ramírez de Arellano, en una posición privilegiada, donde aquel hombre podía saciar su sed de venganza.

Antes de que Ramírez de Arellano entrara de lleno a narrar “el plan maquiavélico de venganza” que Márquez ejecutó contra Maximiliano, describió al lector “la fisonomía repugnante” del general aludido. Relacionó los rasgos desagradables de su físico con la maldad, la crueldad y la violencia, asunto que fue reproducido una y otra vez por los autores citados. Lo relevante de Ramírez de Arellano es que trató de sostener este argumento con el auxilio de la ciencia, pues sugirió que la conducta criminal de Márquez tenía fundamento frenológico.⁹⁰ “Su cráneo ofrece notables depresiones en los puntos que se consideran como sitio ordinario de la bondad, de la generosidad, y gran desarrollo en los lugares donde se localiza el odio y la audacia”.⁹¹ Lo consideró severo, desleal, adulator con sus superiores y cobarde.

Para este autor, los rasgos malignos de la fisonomía de Márquez coincidían con sus actos. El autor recordó los asesinatos atribuidos a Márquez en Tacubaya durante la Guerra de Reforma, pero exoneró del suceso a Miramón, quien fungía como jefe de Estado en ese momento. También trajo a cuento los crueles fusilamientos que Márquez cometió en contra de

⁸⁹ Manuel Ramírez de Arellano, *op. cit.*, p. 17.

⁹⁰ La frenología fue una disciplina médica muy en boga durante el siglo XIX, la cual tenía por objeto llegar a conocer la personalidad de alguien con base en la forma, protuberancias y huecos del cráneo. El padre de esta práctica fue Franz Joseph Gall (1758-1828).

⁹¹ Manuel Ramírez de Arellano, *op. cit.*, p. 20.



Melchor Ocampo y Leandro Valle, y pidió que no se olvidaran otros tantos de menor importancia política o militar, o los que él mismo cometió cuando era subalterno. Una vez hecho este recordatorio, Ramírez de Arellano se dispuso a narrar punto por punto el plan de venganza que aparentemente Márquez ejerció contra Maximiliano y el Imperio.

Ramírez de Arellano sumó al colofón de traición, deslealtad e ingratitud de Márquez las del coronel López, a quien señaló como el personaje que coronó la venganza del lugarteniente del Imperio. No obstante, continuó presentando al lector más pruebas, con las que se esmeró en culpar a Leonardo Márquez de lo sucedido, como, por ejemplo, de la resolución tomada en el consejo de guerra celebrado durante la víspera del 15 de mayo, donde todos los generales partícipes, incluido el propio Maximiliano, señalaron que la catastrófica posición en que se encontraban se debía a la negligencia del lugarteniente del Imperio. Más tarde, cuando el emperador fue pasado por las armas, Ramírez de Arellano reprodujo en sus memorias una nota del ministro barón de Lago, en la que le informaba a su gobierno que el emperador Maximiliano le había señalado a “Márquez como el mayor traidor”, que no había recibido la orden de avanzar sobre Puebla, y que desobedeció al no llevar a Querétaro los recursos que le fueron solicitados.⁹²

Después de que Ramírez de Arellano logró salir de Querétaro y dirigirse a México para entrevistarse con Márquez, los señalamientos contra este general continuaron. En *Últimas horas del imperio* narró la violencia con la que el lugarteniente se hizo de recursos pecuniarios en la capital y describió la destitución que hizo de los ministros imperiales Santiago Vidaurri y Nicolás de la Portilla. Líneas más adelante, señaló que Márquez fue capaz de hacer algo todavía

⁹² *Ibid.*, p. 163.



peor: impedir la salida de México a los abogados que Maximiliano había solicitado para su defensa, Rafael Martínez de la Torre y Mariano Riva Palacio. Contó que tampoco dejó salir a los ministros extranjeros. Para sostener su afirmación, se apoyó en un famoso memorando sobre el proceso de Maximiliano, elaborado por los abogados de archiduque, donde se confirma esta versión.

Para el autor, el poder autocrático que ejerció Márquez en México llegó a tal extremo que se dedicó a prodigar grados militares y otorgar condecoraciones al por mayor. Si faltase alguna otra cosa, Ramírez de Arellano comentó que, en su entrevista con Márquez, éste le pidió mentir a sus tropas al decirles que el emperador estaba bien y que se encontraba en marcha rumbo a México. Ramírez de Arellano declaró no poder acceder a tal petición alegando principios morales; sin embargo, amagado por Márquez, tuvo que hacer esta declaración en una junta de ministros.

El funesto día de la causa imperial llegó el 19 de junio. Márquez envió una carta a Porfirio Díaz en la que le anunciaba su renuncia como lugarteniente. Una semana antes, según Ramírez de Arellano, se dedicó a robar a las personas acaudaladas de la ciudad. Al final de la narración, el artillero insinuó que la única explicación que encontraba a la perfecta ejecución del plan de Márquez se debía a que actuó en contubernio con las autoridades republicanas. Repitió las decisiones que tomó Márquez en Querétaro, encaminadas a la muerte del emperador, su posterior comportamiento en México, y el hecho de que ni Juárez ni Díaz hubieran actuado contra él.

VICIOS, DEFECTOS Y CARENCIAS QUE MOTIVARON LA DENUNCIA

Aristóteles decía sobre la acusación en la *Retórica*: “lo primero es ver a partir de qué cosas podría uno desvirtuar la eno-



josa sospecha; porque nada importa que se haga hablando o no, con tal de que ello se logre en absoluto”.⁹³ En este caso los denunciantes, la mayoría de ellos europeos, ponderan la ignorancia, desorganización e incluso la fealdad del mexicano como un factor que incidía para que éste cometiera actos nocivos que a la postre fueron desastrosos en la conclusión del Imperio.

Otro medio para denunciar es “ensalzar un poco prolijamente y luego censurar mucho y concisamente, o bien, presentando por delante muchos buenos aspectos; lo único que atañe al asunto es censurarlo”.⁹⁴ Nuevamente, quienes ensalzaron o engrandecieron sus acciones para luego censurar las de los demás fueron los europeos. Bajo su perspectiva, se encontraban mejor preparados para la guerra, tenían un mayor sentido de lealtad y del honor. La propia Intervención Francesa fue una acción “bella”,⁹⁵ “civilizatoria”, la cual alabaron y defendieron. Detrás de ella existía un sentido legítimo: se insistía en las ventajas que supondría la tutela y protección de Francia ante el posible avance de Estados Unidos, además de la permanencia y defensa de la latinidad.

La denuncia supone que se ha cometido algún tipo de injusticia, que equivale a un desorden donde predomina el odio, el egoísmo, la crueldad y el despojo.⁹⁶ Para Aristóteles, la injusticia constituye dañar a otros voluntariamente y hacer el mal en contra de la ley. El vicio mueve a las personas que cometen una injusticia. Para Cicerón la injusticia es de dos tipos, quien comete injuria, pero también es injusto aquel que puede evitarla y no lo hace.⁹⁷

⁹³ Aristóteles, *op. cit.*, pp. 224-225.

⁹⁴ *Ibid.*, p. 226.

⁹⁵ Recuérdense en este sentido las palabras de Albert Hans.

⁹⁶ Joaquín E. Meabe, “Sócrates, Trasímaco y el argumento de la banda de ladrones”, *A parte Rei*, 2009, pp. 1-5.

⁹⁷ Cicerón, *Los oficios*, 1980, pp. 34-35.



En nuestro caso existe una circunstancia o condición de inferioridad que determinó las denuncias de los autores europeos: el hecho de ser mexicanos. Para la mayoría de los europeos, los nacionales eran incultos, incapaces y negligentes. Dicha incapacidad los condujo a actuar en detrimento del Imperio e incluso contra la República, pero saber el motivo por el cual se comete una injusticia es un primer paso. Hay otras dos premisas que se deben considerar al respecto: qué disposición de ánimo suponen los que la cometen; contra quiénes se comete y qué disposición de ánimo hay en los que la padecen.⁹⁸

En este caso, la disposición de ánimo de los que cometieron una injusticia era buscar una posición de poder, por ira o por concupiscencia. El engrandecimiento personal, la búsqueda de gloria en el campo de batalla y el resguardo de su integridad física, política y material eran aspectos que proteger ante un futuro que bajo un cambio de régimen podría alterarse. La injusticia fue cometida, en la mayoría de los casos, hacia el emperador y sus súbditos europeos. Maximiliano nunca pudo darse cuenta de la afectación a su persona dado lo que en él existía predominantemente: “bondad innata, por su caballerosidad, y por su sensibilidad humana”.⁹⁹ Tal vez sus cambios continuos de opinión, la impotencia de no poder resolver la cuestión militar e incluso su debilidad física le impidieron darse cuenta de que algunos personajes actuaban claramente en su contra. Para la consecución de estos fines, los infractores cometieron actos malvados debido a sus vicios, pero también a sus carencias intelectuales y falta de destreza, los cuales coinciden en la narración de los diferentes autores. A continuación, se hará mención a ellas.

⁹⁸ Aristóteles. *op. cit.*, p. 114.

⁹⁹ José Manuel Villalpando, *Maximiliano*, 1999, p. 228.



Es un vicio caracterizado por la falta de cuidado o falta de aplicación. Khevenhüller y Ramírez de Arellano se la atribuyen a Leonardo Márquez; Inés de Salm Salm, por su parte, al doctor Vicente Licea. Khevenhüller señalaba en su narrativa que la marcha que Márquez mandó sobre Puebla pudo haber tenido un mejor resultado de haberla ejecutado con mayor rapidez en la zona de acción. La terrible lentitud o rodeo, ordenado por Márquez, no sólo provocó que Porfirio Díaz tomara Puebla, sino que atacara la columna imperial. Khevenhüller consideraba que Márquez había hecho averiguaciones deficientes respecto a la posición que ocupaba el enemigo. No obstante el descalabro de Puebla, al regresar a la ciudad de México, Khevenhüller se encontró con regimientos de jinetes republicanos a los que enfrentó con éxito. La victoria fue total; sin embargo, Márquez cometió otro acto negligente, ya que no ordenó la persecución del enemigo que huyó en desbandada hasta Tulancingo. Khevenhüller tenía la seguridad de que, bajo el ánimo de la victoria, sus 2000 soldados de caballería, frescos y con deseos de combatir, hubieran tomado Puebla. Pero al parecer la negligencia de Leonardo Márquez no sólo se hizo patente en la ciudad de México.

Durante su estancia en Querétaro, Márquez también mostró la misma actitud. Manuel Ramírez de Arellano denunció varias conductas negligentes, como impedir el aprovisionamiento de artillería y establecer una fortificación adecuada de la plaza, lo que la ponía en una situación bastante endeble,¹⁰⁰ no prever el abastecimiento de víveres para

¹⁰⁰ Ramírez de Arellano denunció que Márquez no había traído de México ni municiones ni cápsulas de guerra ni estopillas fulminantes suficientes para entrar en campaña. Aseguraba que en México se en-



los soldados,¹⁰¹ colocar a Maximiliano en un punto de defensa muy peligroso, como La Cruz,¹⁰² y quizá lo más grave, no mandar auxilio a Querétaro una vez que salió de esta plaza.¹⁰³

contraba una gran cantidad de arsenal; a pesar de tener la promesa del lugarteniente de que las mandaría traer, nunca llegaron.

¹⁰¹ El autor fue muy pertinaz al repetir que la posición militar que ostentaba Márquez le obligaba a tomar las medidas necesarias para defender con éxito la plaza. Además de subestimar al enemigo, sembrar la discordia entre los principales jefes, un nulo abastecimiento de municiones y una fortificación deficiente, Márquez se olvidó de almacenar provisiones de boca. A pesar de que las haciendas circundantes a Querétaro, como la de San Juanico, resguardaban gran cantidad de grano, no se aprovecharon, dejándola en manos de los republicanos.

¹⁰² Ramírez de Arellano consideraba que la ubicación del cuartel general, ubicado en el Cerro de las Campanas, ofrecía un punto de defensa mucho más ventajoso al encontrarse más lejos de las posiciones que ocupaban los republicanos. En su opinión, Márquez convenció al emperador de cambiar su cuartel general al Convento de la Cruz, ubicado “en la dirección en que el enemigo aglomeraba ya grandes masas”. Para la fecha en que este cambio se efectuó, el 13 de marzo, el punto se encontraba poco fortificado y apenas presentaba algunos trabajos de defensa. El propio Márquez se opuso terminantemente a colocar una defensa en el panteón que se encontraba detrás del convento, dando la oportunidad al enemigo de entrar a la plaza por ese punto. Los republicanos, en efecto, tomaron dicho panteón; sin embargo, lograron ser rechazados por Miramón. El mismo Miramón rindió un informe muy detallado al emperador sobre las deficientes órdenes que había mandado Márquez. Ramírez de Arellano señaló que Márquez impidió que ese informe saliera a la luz en Querétaro, pero Miramón lo mandó a México, donde se publicó en el número 37 del diario *La Unión*, del 30 de marzo de 1867. Esta es otra prueba a la que alude el autor sobre el supuesto plan de Márquez por buscar la ruina del Imperio.

¹⁰³ A pesar de todas las arbitrariedades ya mencionadas, Ramírez de Arellano comentó que el emperador decidió premiar a Márquez mandándolo a México. Esta fue, según el autor, una nueva oportunidad para que el recién nombrado lugarteniente del Imperio consumara su anhelada venganza. El texto de Ramírez de Arellano guarda muchas coincidencias con el de Khevenhüller respecto a la estancia



Otro caso de negligencia fue denunciado por la princesa Inés de Salm Salm. Días antes de que se trasladara a Oaxaca, donde recluyeron a su marido, recibió una visita inusitada: “un hombre chaparro, trigüeño y de un aspecto repugnante, quien llevaba un paquete debajo del brazo”.¹⁰⁴ Era el doctor Licea, el mismo que había denunciado a Miramón y había embalsamado al emperador, en cuya ocasión “se había conducido con mucha brutalidad”.¹⁰⁵ De la anterior cita se desprenden dos aspectos dignos de análisis. El primero es la denuncia sobre un mal proceso de embalsamamiento; el segundo punto es la relación que estableció Inés de Salm Salm entre la fealdad y la maldad, una marca distintiva, según los cánones de la época, en los que cometían algún tipo de injusticia.

La negligencia no fue el único agravio del doctor Licea. La visita a la princesa tenía otro propósito: traficar con las reliquias del finado emperador. Licea cometía otra falta quizá más grave, la codicia. El paquete que llevaba bajo el brazo contenía la ropa del difunto y “otras reliquias”. Licea se las ofreció por cierta cantidad de dinero. La princesa no sintió el deseo de comprar tales objetos, pero le pidió al doctor elaborar una lista con los artículos que podía vender, entre ellos, quizá el más interesante, era el molde de yeso que había tomado del rostro del archiduque. Cuando la princesa volvió a México, se presentó ante Benito Juárez para mostrarle la

de Márquez en México y posterior campaña sobre Puebla. En suma, Márquez hizo lo posible por encaminar a sus tropas a un desastre total. Pero el texto de Ramírez de Arellano reveló algunos datos que la narración de Khevenhüller omite: por ejemplo, que cuando Márquez llegó de Puebla a la capital prácticamente derrotada, Vidaurri le instó a llevar los últimos hombres y recursos disponibles rumbo a Querétaro, a lo que el lugarteniente se negó rotundamente. *Cfr.* Manuel Ramírez de Arellano, *op. cit.*, p. 122.

¹⁰⁴ Inés de Salm Salm, *op. cit.*, p. 166.

¹⁰⁵ *Idem.*



lista de objetos que Licea pretendía comerciar. Obviamente, el presidente se indignó con este intento de venta y le sugirió a la princesa entablar una demanda, lo que ella hizo.¹⁰⁶ A raíz de esta demanda, el doctor Licea fue arrestado y llevado a México. Fue sentenciado a dos años de prisión y fue acreedor a una multa. Inés de Salm escribió: “Abrigo la esperanza de que ni uno ni otro castigo se le habrá perdonado, por haberlos merecido más que sobradamente por su conducta vil”.¹⁰⁷

IMPERICIA

Es una carencia de sabiduría, de práctica y habilidad en una ciencia o arte. Recordemos la profesión de la mayoría de los autores: la milicia. Muchas de las denuncias se basan en la impericia militar. Tal fue el caso de Leonardo Márquez, denunciado por Ramírez de Arellano; Félix Salm Salm imputó también esta carencia a Miguel Miramón.

Khevenhüller y Ramírez de Arellano coincidieron en señalar una acción a todas luces contrarias al arte de guerra: la destrucción de parque, misma que Márquez llevó a cabo en su camino de Puebla hacia México.¹⁰⁸ En la capital, Márquez

¹⁰⁶ *Idem.*

¹⁰⁷ *Ibid.*, pp. 167-168.

¹⁰⁸ En el pueblo de Otumba, las tropas imperiales tuvieron que transitar por un puente en ruinas. Para apresurar el paso, Márquez ordenó tirar al precipicio cajas de pólvora, proyectiles cargados y tres cañones. El estruendo producido causó estragos en la tropa, pues algunos soldados resultaron heridos y sus caballos huyeron a los montes. En opinión de Khevenhüller, este hecho constituyó un gran error, pues si en ese momento los hubiera sorprendido el enemigo, nadie de los imperiales hubiera contado con parque suficiente para defenderse. Sostuvo que, a partir de ese momento, los soldados mexicanos empezaron a flaquear. Después del acontecimiento, Márquez se había adelantado a la capital; dejó como general de brigada al general Andrade. Khevenhüller lo colocó en la misma posición negativa en que



cometió, según Khevenhüller, otra acción perjudicial: salir constantemente a enfrentar a los soldados sitiadores de México sin ninguna dirección enérgica. Estas acciones provocaron muchas muertes. Una de ellas ocurrió el 25 de mayo, día en que su compañero Hammerstein recibió un tiro en la cabeza, el cual produjo su muerte un día después. La persistencia en las salidas y la complejidad de éstas sembraron la sospecha en Khevenhüller: “parece como si Márquez quisiera acabar con nosotros por completo”.¹⁰⁹ Para el día 28 se intentó otra salida peligrosa, “Márquez la dirigió de manera tan torpe que sufrimos grandes bajas”.¹¹⁰ En ésta, el príncipe austriaco perdió a su capitán de caballería, Schälder.

La situación en la capital era ya tan desesperada como en Querétaro. Los soldados se vieron en la necesidad de comer carne de caballo, la población indígena sufría hambre, Khevenhüller no pudo más que sentir compasión por ellos. Contrariamente, iba creciendo su desprecio hacia “estos miserables mestizos”.¹¹¹

Las impericias de Márquez también dejaron huella en Querétaro; fue otra vez Ramírez de Arellano quien las denunció. La primera fue que, al parecer, Márquez le vendió la idea al emperador de que enfrentaría a un enemigo dócil, indisciplinado y falto de estrategia.¹¹² También recordó la ne-

tuvo a Márquez: “un tipo pequeño y gordo de apariencia ridícula [...] No lo habíamos visto en el calor de la batalla. Era otro tipo miserable”. Cfr. Carl Khevenhüller, *op. cit.*, p. 195.

¹⁰⁹ *Ibid.*, p. 206.

¹¹⁰ *Ibid.*, p. 208.

¹¹¹ *Idem.*

¹¹² No supo darles el crédito que merecían. En opinión de Ramírez de Arellano, ocultó sus talentos y le hizo creer a Maximiliano que se enfrentaban a una chusma insignificante, que no estaba “organizado ni en brigadas ni en divisiones” y que “ni siquiera reconocían en Juárez un centro común”. Cfr. Manuel Ramírez de Arellano, *op. cit.* pp. 31-32.



gativa de Márquez de enfrentar *a detall* a los ejércitos republicanos, lo que hubiera evitado encontrarse en un permanente estado de sitio. Recuérdese la máxima militar: “ciudad sitiada, ciudad tomada”. Pero hay otra acción que, además de mostrar su impericia, era sumamente peligrosa: salir de la plaza en una situación poco conveniente.¹¹³ Sin embargo, Maximiliano titubeó ante la propuesta de su jefe del Estado Mayor, pues, en palabras de Ramírez de Arellano, “tuvo el suficiente sentido común para darse cuenta de que en dicha salida perecería sin honor”.¹¹⁴ Esta negativa instó a Márquez a “combinar nuevas infamias para lograr su objetivo”.¹¹⁵

Como ya se había adelantado, Márquez no es al único que se condena por su impericia. Salm Salm imputó ese mismo cargo a Miramón. Salm escribió con mucho orgullo acerca del triunfo obtenido por él y por sus cazadores europeos en la batalla del 14 de marzo, día en que logró defender con éxito el Convento de la Cruz. Esta victoria, según su versión, se logró por su propio ingenio y valor,¹¹⁶ mas no se repitió hazaña semejante, máxime cuando la acción estaba a cargo de Miramón.

En la batalla del 1o. de abril, Miramón y Salm habían proyectado un ataque nocturno sobre el barrio de San Sebastián, al norte de la ciudad. La misión de Salm consistía en tomar dos baterías y la capilla del mismo nombre. Él iba a la vanguardia, recibió promesas de Miramón de sostenerlo en

¹¹³ Ramírez de Arellano escribió que, para el 10 de marzo, cuando la plaza se encontraba ya sitiada por un ejército provisto de todos los auxilios, que aventajaba tres a uno a los sitiados, que contaba con numerosa caballería e infantería, Márquez persuadió al emperador de romper el sitio y regresar a México, lo que para Ramírez de Arellano hubiera significado sin duda una derrota completa. *Cfr.* Manuel Ramírez de Arellano, *op. cit.*, pp. 47-52.

¹¹⁴ *Ibid.*, p. 51.

¹¹⁵ *Ibid.*, p. 52.

¹¹⁶ Félix de Salm Salm, *op. cit.*, pp. 59-71.



la retaguardia con una brigada; sin embargo, el general Miramón no pudo lograr su cometido, ya que se retrasó combatiendo a un grupo de republicanos en las inmediaciones. En esta acción, Salm estuvo a punto de perder la vida, si no es por uno de sus ayudantes de campo, quien interpuso su brazo al pecho de su amo. Empero, al final logró tomar las dos baterías, no así la capilla de San Sebastián. El autor mencionó que este hecho se logró con muchas dificultades y que costó varios muertos y heridos. Consideró que, si Miramón lo hubiera seguido como prometió, se habría tomado el barrio de San Sebastián, ya que “los mexicanos no pueden resistir un ataque vigoroso, por esa razón Miramón no intentó nada, como sólo mandaba a mexicanos, y no a los cazadores, cuya pericia y gritería salvaje ningún enemigo en México podía resistir”.¹¹⁷

Para el 11 de abril, Miramón le asignó a Salm otra misión igual de peligrosa: desalojar al enemigo de la garita de México. “El joven general” le dio instrucciones precisas apoyándose en un mapa. Salm comentó: “una mirada al mapa mostrará a cualesquiera, aun a una persona que no entienda mucho de operaciones militares, que estas disposiciones eran sumamente defectuosas”.¹¹⁸ Se tomó la libertad de recomendar a Miramón, quien lo ignoró y ordenó esperar hasta recibir la orden de avanzar. La espera, bastante larga, eliminó el factor sorpresa, y el enemigo ya se encontraba preparado para recibir a los cazadores. El ataque fue un desastre más. Salm estuvo otra vez a punto de morir, aunque nuevas manos salvadoras impidieron que fuera tocado por las balas. Desilusionado, Salm regresó al cuartel general de La Cruz, donde se entrevistó con Maximiliano. El soberano le pidió que se expresara sin restricciones sobre Miramón. El prín-

¹¹⁷ *Ibid.*, p. 109.

¹¹⁸ *Ibid.*, p. 116.



cipe prusiano le explicó “los defectos de las instrucciones dadas por él [...] y la manera que me había dejado a la buena ventura, en el ataque del día primero de abril”.¹¹⁹

La historiografía sobre el sitio de Querétaro le ha concedido a Miguel Miramón el triunfo de las tropas imperiales en el Cerro del Cimatario.¹²⁰ Quizá este fue el triunfo más importante de las tropas de Maximiliano durante todo el sitio. Tuvo tanta relevancia que pudo haber sido la llave de escape de las tropas apresadas en la ciudad; sin embargo, la sorpresa de la victoria, la desorganización y la falta de un plan efectivo de escape por parte de los imperiales, le brindaron la oportunidad a Escobedo de reorganizarse y volver a tomar la posición. Salm no sólo no le atribuyó a Miramón la victoria en el Cimatario, también lo responsabilizó de no haber organizado a los imperiales y evacuar Querétaro. “Pareciera como a si Miramón le importase más infligir un castigo severo al enemigo, que cumplir nuestro designio principal”.¹²¹ No obstante, la impericia de Miramón no terminó con este hecho. Después del triunfo en el Cimatario, se consideró atacar inmediatamente el Cerro de San Gregorio. Salm fue claro al afirmar que el ataque, a toda luz ventajoso, no fue ordenado por Miramón, otra contradicción con la historiografía del periodo, pues fue planeado por el emperador. De cualquier for-

¹¹⁹ *Ibid.*, p. 120.

¹²⁰ José Fuentes Mares, *Miramón, el hombre*, 1974; Carlos González Montesinos, *Por Querétaro hacia la eternidad. El general Miramón en el Segundo Imperio*, 2000; Luis Islas García, *Miramón, caballero del infortunio*, 1957; Carlos Sánchez Navarro y Peón, *Miramón, el caudillo conservador*, 1949.

¹²¹ Salm arguyó que, cuando concluyó el sitio, escuchó decir a varios oficiales liberales que algunos generales habían propuesto levantar el sitio. Admitieron que lo hubieran tenido que hacer “Si Miramón hubiera al instante apoyado a Severo Castillo, y la garita de México hubiera sido tomada”. *Cfr.* Félix de Salm Salm, *op. cit.*, p. 143.



ma, el segundo ataque tampoco se presentó con la celeridad necesaria.

Sea porque Miramón había olvidado adquirir informes tocantes a los movimientos del enemigo, o sea por la embriaguez que el triunfo produjo en él [...] los refuerzos enviados por Escobedo estaban ya cerca de esa cima. Por descuido había perdido Miramón la gran ventaja de su posición, y otra prueba más de su negligencia fue la de haber permitido que los cazadores fuesen al ataque con sólo dos o tres cartuchos en las cartucheras.¹²²

La impericia y negligencias cometidas por Miramón no sólo se tradujeron en la derrota de sus tropas. Éstas le resultaban a Salm sospechosas, pues lógicamente ponían en peligro la integridad física del emperador. ¿Habría, pues, un interés de Miramón para que Maximiliano fuera borrado de la escena?, ¿quizá volver a tener una posición de poder? Ya Tomás Mejía le había advertido al soberano que no estuviera presente en los momentos de mayor peligro: “Considere Vuestra Majestad que, si le matan, todos nos peharemos entre nosotros por la presidencia”.¹²³

Luego entonces, tanto Miramón como Márquez buscaban una posición de poder que perduraría incluso después de la caída del Imperio. Para los autores europeos, estos dos individuos están marcados por otro vicio: la avaricia.

AVARICIA

La avaricia es un vicio del alma por medio de la cual los hombres buscan obtener una ganancia de todas partes. Para

¹²² *Ibid.*, p. 146.

¹²³ *Ibid.*, p. 63.



Cicerón, “apetecen los hombres las riquezas, no solamente para socorrerse las necesidades de la vida, sino también para gozar los deleites; incita a abandonar la justicia por el deseo de honores y gloria”.¹²⁴ Ante la situación precaria y próxima a tener un desenlace adverso, los hombres fuertes del Imperio buscaron asegurar su posición en el futuro. Para Khevenhüller y Salm Salm, Márquez y Miramón buscaron esa seguridad, escudados en su avaricia y, para lograrlo, atentaron contra el emperador y contra los militares europeos. La denuncia que hace Salm Salm sobre Miramón es muy ilustrativa en este sentido.

Ante el no retorno de Márquez a Querétaro, durante los primeros días de abril se planteó por primera vez la posibilidad de evacuar la ciudad. Si bien resultaba bastante complejo que saliera todo el ejército de la ciudad, se pensó que el emperador, acompañado únicamente por la caballería, podría romper las líneas y dirigirse a la Sierra Gorda. En aquel lugar Tomás Mejía era extremadamente popular. Salm pensaba que, estando en un territorio tan escarpado, de difícil acceso y ocupado por gente adicta a Mejía, Maximiliano podía haber permanecido sin dificultades por meses y, así, fraguar con toda calma un plan para llegar sin peligros a la costa. Todos los generales parecían estar de acuerdo con lo propuesto, excepto Miramón. Pero tampoco estuvo de acuerdo el propio Maximiliano, quien expresó que este plan iba en contra de su honor, pues no escaparía de la ciudad si no era con todo su ejército, y que tampoco abandonaría a los heridos, dejándolos a su suerte ante un posible final violento. Esta negativa pesó en el ánimo de algunos generales, como Ramón Méndez, quien se dio cuenta de que cada día la situación era más apremiante. Este general

¹²⁴ Cicerón, *Los oficios*, 1980, p. 35.



compartía con Salm la misma desconfianza para con Miramón.¹²⁵

Salm señaló constantemente las desavenencias existentes entre Méndez y Miramón, las cuales contribuyeron a esparcir un ambiente sumamente tenso en los consejos de guerra y en el resultado de las operaciones. Cada uno instaba al emperador a mandar arrestar al otro. Méndez incluso llegó a esparcir el rumor de que Miramón planeaba arrestar a Maximiliano.¹²⁶ La sospecha estaba sembrada. Salm coincidía con Méndez respecto a un “interés maligno” en Miramón, que iría encaminado a buscar la ruina de Maximiliano, el Imperio y del propio Salm. Sobre este último punto, el autor prusiano declaró abiertamente que Miramón pretendía librarse de él. Bastó una sonrisa perspicaz de Méndez para preguntarle por qué siempre eran él y sus cazadores europeos los que iban a la vanguardia en las acciones más peligrosas: “No podía menos que extrañar esto igualmente, abrigando una sospecha de que Miramón tal vez se alegraría de deshacerse de mí, conociendo mi adhesión al emperador”.¹²⁷ La disciplina fue una característica del príncipe prusiano, supo contener las protestas de sus cazadores, quienes indicaban ser siempre “carnaza para los cañones”; al final, siempre cumplió las órdenes de Miramón, aunque éstas, desde su perspectiva, carecieran de sentido común.

Otra medida que Salm consideró atentatoria contra su vida ocurrió el 15 de abril. Maximiliano tomó la decisión

¹²⁵ Salm narró un encuentro en el que Méndez lo previno sobre el futuro de Maximiliano: “dígame Vd. de mi parte que haga por salirse lo más pronto posible de su ratonera, y que se precava de Miramón”. Le recordó que él, como Mejía, eran indios, personas fieles y adictas al emperador. Insistió en la idea de conducirlo hasta la Sierra Gorda, donde podría hacer lo que quisiera, de lo contrario le advirtió: “a todos nos fusilarán”. *Cfr.* Félix de Salm Salm, *op. cit.*, p. 114.

¹²⁶ *Ibid.*, p. 134.

¹²⁷ *Ibid.*, p. 115.



de enviar a Salm en busca de Márquez. Al consultarlo con Miramón, le propuso mejor enviar a su amigo personal, el general Pantaleón Moret. Para evitar una confrontación, se resolvió mandar a los dos. Siendo Moret amigo íntimo de Miramón, Salm sospechó de él, pues creía que “probablemente recibió de Miramón instrucciones secretas”. ¿Cuáles serían éstas?, ¿acaso eliminar a Salm?¹²⁸

La salida, proyectada para la noche del 17 de abril, no tuvo el éxito que se deseaba, pues, por el camino del Cerro de las Campanas, recibieron descargas de infantería, cuando ese lado sólo estaba resguardado por caballería. Salm sospechó por primera vez de López, a quien le achacó avisar a los republicanos, pues el emperador “le confiaba cosas que no debía haber comunicado sino a las personas a quienes concernían”.¹²⁹ En ese momento Salm lamentó no haber estado en la vanguardia de la operación, pues seguramente habría podido burlar a la infantería enemiga, cosa que Moret no pudo lograr. No tuvieron más opción que retirarse. Salm manifestó sentirse en extremo frustrado y mortificado con la retirada, la cual se debía a “la falta de resolución del general Moret, y aún más a la ligereza del general Miramón por haberme hecho cargar con ese hombre”.¹³⁰ Salm encontró en esta decisión el deseo de Miramón por evitar la salida de Querétaro.¹³¹

A Leonardo Márquez, el sujeto más denunciado en la historiografía testimonial, también se le imputa este vicio. Khevenhüller sospechaba que el lugarteniente interceptó todas las misivas que el emperador cautivo le mandó con

¹²⁸ Líneas más adelante en su relato, no tuvo reparo en confesar que él sí llevaba instrucciones secretas del emperador, las que incluían arres-
tar a Moret si era necesario.

¹²⁹ Félix Salm Salm, *op. cit.*, p. 130.

¹³⁰ *Ibid.*, p. 131.

¹³¹ *Idem.*



órdenes de capitular. Cuando al fin obtuvo una nota en ese sentido, el príncipe austriaco se reunió con los demás oficiales europeos sobrevivientes, Kodolitsch, el mayor Kurzbauer y el barón Bertrand d'Omballe, y les informó que, estando preso Maximiliano y prescrita la neutralidad de su parte, ya no debían más obediencia a los generales mexicanos. Khevenhüller buscó a Márquez para hacerle saber la resolución: "Usted nos ha ocultado la captura del emperador. Ahora estamos enterados, sin embargo, y al mismo tiempo declaramos que el emperador nos ha ordenado dejar a partir de ahora la espada en la vaina. Usted ya no es nuestro comandante".¹³² Por la respuesta que dio Márquez, "estoy perdido", Khevenhüller comprendió que al general imperialista únicamente le importaba salvarse a sí mismo: "Así que sólo su propia y miserable vida le interesaba. ¡Por ella había sacrificado al país y el honor del emperador!".¹³³

Además, sumó otro vicio: la codicia. En la noche del 19 de junio, mismo día de la triple ejecución en el Cerro de las Campanas, Khevenhüller denunció que Márquez sacaba del palacio unos pequeños barriles que parecían muy pesados. "No dudé ni por un momento que ese canalla había guardado sus tesoros con nosotros, por ser el lugar más seguro, para al final llevárselos y esconderlos".¹³⁴ Se trataba de dinero que, en su opinión, pudo utilizarse para pagar los sueldos atrasados de los soldados.

LA VINDICACIÓN

Aarón Grageda propone que el discurso vindicatorio comprende dos ejes configurativos: por un lado, el eje *longitu-*

¹³² Carl Khevenhüller, *op. cit.*, p. 213.

¹³³ *Idem.*

¹³⁴ *Ibid.*, p. 215.



dinal que recorre toda la narración y que correspondería a las operaciones de producción retórica: *inventio*, *dispositio* y *elocutio*; mientras el segundo, el eje *transversal*, está compuesto de una serie de imágenes recurrentes, lugares comunes y previsibles que pueblan la generalidad del relato. En este contexto, la narración vindicativa se encuentra compuesta por una serie de *fases secuenciales* o momentos de composición, cuya finalidad es que el acusado articule sus alegatos de tal manera que logre convencer al lector de su inocencia. Los elementos que componen la estructura *longitudinal* de la narración vindicativa son *excurso*, *argumentación* y *clausura*.¹³⁵ Analicemos cada una de estas partes:

EXCURSO

Apertura del discurso vindicativo. En éste, el autor puede llevar a cabo varias estrategias en las que se advierte al lector que su honor o su integridad han sido mancillados y que, a través de su relato, irá desmintiendo las acusaciones. Este momento inaugural del discurso “podía ser un lugar privilegiado para atrapar al lector en el interés de la historia que habría de narrarse”.¹³⁶ Para tal efecto, el autor se describe como una víctima, tratando de obtener la identificación o solidaridad del lector. Se presenta como un sujeto caído en desgracia, que ha sufrido injusticias, pero que está dispuesto a resarcir su honor esclareciendo las verdaderas razones de sus actos. El *excurso* vindicativo era, en cierta medida, un “final abreviado”. La autodefensa se desarrollará con mayor precisión en la segunda fase de la estructura vindicativa.

¹³⁵ Aarón Grageda, *Vindicación. Nuevos enfoques sobre la condición retórica, literaria y existencial de las fuentes históricas*, 2008, p. 200.

¹³⁶ *Ibid.*, p. 202.



En el intento de restituir los agravios, el autor elabora una narración de tipo judicial, caracterizada por la acumulación de pruebas, en la que “se exhibían los testimonios, se citaban los argumentos de autoridad, y se justificaban las acciones y omisiones cometidas”.¹³⁷ En esta parte, el autor recurre a diversos procedimientos de refutación mencionados en la retórica aristotélica, a saber: que el hecho no existe o que no es dañoso, que no ha sido para el adversario, que no ha sido tanto, que no es injusto, que no lo es mucho, que no es vergonzoso, y que no tiene mayor valor, o bien, decir que aunque se haya cometido injusticia, ha habido compensación,¹³⁸ que la acción ha sido perjudicial, pero ha sido honesta; si ha ocasionado molestia, no obstante ha sido provechosa. Otro modo de refutar consiste en afirmar que la acción fue un error, o una desgracia, o algo inevitable.

Así, Sófocles dijo que temblaba no por parecer anciano, como decía su acusador, sino por necesidad, porque no era su voluntad tener 80 años.¹³⁹ También es común contradecir cambiando la causa de la acción, afirmando que no se pretendía causar un daño, sino tal cosa, y que no se deseaba hacer aquello de lo que se acusa, sino que se hizo daño por causalidad. Otra forma de contradecir es implicar al acusador, ya sea él o alguno de los suyos, o implicar a un tercero. Otro modo se deriva de ver si el que acusa acusó a otros o fue acusado por otro o, si no existiendo acusación, han sido

¹³⁷ *Ibid.*, p. 206.

¹³⁸ Consiste en admitir que hicimos algún mal, pero que ello está compensado por otras cosas buenas.

¹³⁹ “Sófocles... fue llamado a juicio por sus hijos, para que, así como según nuestra costumbre suele privarse de la administración de los bienes a los padres que administran mal, así también los jueces lo separasen a él del patrimonio familiar, como ya no estaba en su sano juicio”. *Cfr.* Cicerón, *De Senectute*, 1963, libro VI, p. 22.



sospechosos, como ahora el acusado, aquellos de los que se comprobó que no eran culpables. También se puede revivir al acusador porque sería absurdo que, si él no es digno de fe, lo sean sus palabras. Existe la posibilidad de alegar calumnia y demostrar su gravedad.¹⁴⁰

La refutación implica una sucesión de intrigas, la cual podemos explicar en dos momentos. El primero se encuentra en el “texto de origen”, es decir, en aquel donde surgió la polémica; en el que el fiscal o autor ha denunciado, y al que denominaremos *comienzo*. En éste se narran las tropelías o crímenes cometidos. La segunda parte se encuentra a cargo del acusado y es conocida como el *transcurso*. Éste aparece inmediatamente después del excurso, y es donde el acusado plantea una estrategia de defensa, donde refuta los crímenes o negligencias adjudicadas. El *transcurso*, en la intriga, implica que el nudo argumental del que vindica sufra de vez en vez ciertos retrocesos en la estructura narrativa. Cuando esto ocurre, el testimonio no se desarrolla linealmente, ya que al autor regresa a aclarar algunos puntos de la obra de origen. Cuando la estructura de la intriga progresa, llega a alcanzar un momento culminante, llamado *clímax argumental* o *momento de clausura*, y es la etapa de resolución definitiva y estable del proyecto vindicatorio.

CLAUSURA

Constituye una etapa totalmente previsible, pues invariablemente se concluirá con la inocencia del que se haya calumniado. En este tercer momento de la narración vindicativa, “se resolvía la espera, el desenlace en que se significaba globalmente la sucesión de intrigas narradas”.¹⁴¹

¹⁴⁰ Aristóteles, *op. cit.*, pp. 324-325.

¹⁴¹ Aarón Grageda, *op. cit.*, p. 207.



El final vindicativo otorgaba al autor la defensa y la explicación de sus actos, pero en algunos casos representaba, también, una contraacusación, pues el que vindica revertía los señalamientos hasta el punto de convertirse él también en denunciante. Los mismos adjetivos denigrantes que se utilizaron en el texto de origen para denostarlo fueron ocupados para calificar a quienes lo denunciaron.

Ante esta breve explicación del discurso vindicativo, procedemos al análisis de la narrativa testimonial del sitio de Querétaro, producida a raíz de las denuncias presentadas. Ante el señalamiento de Ramírez de Arellano sobre Márquez, éste escribió su defensa teniendo como principal argumento que su marcha a Puebla y defensa de México se debió a que así lo había dispuesto el propio Maximiliano. Muestra al lector una serie de cartas, presuntamente escritas por el emperador, con las que dice sustentar sus declaraciones.

Entre los discursos vindicativos también encontramos el del doctor Licea, quien respondió a la princesa Salm que nunca intentó comerciar con las prendas del emperador. Analicemos, pues, cada uno de ellos.

VINDICACIÓN DE LEONARDO MÁRQUEZ
(REFUTACIÓN HECHA POR EL GENERAL DE DIVISIÓN
LEONARDO MÁRQUEZ AL LIBELO DEL GENERAL DE
BRIGADA DON MANUEL RAMÍREZ DE ARELLANO)

La estrategia que siguió Leonardo Márquez en su refutación fue contraacusar a Ramírez de Arellano con los mismos vicios que este último le atribuyó. Alegó calumnia, infamia y dolo. Puso en entredicho la credibilidad del artillero, tildándolo de hombre de poco crédito e indigno, un “charlatán” y “mentiroso”. Para Márquez, los malos consejos que Ramírez le dio al



emperador fueron una acción peor que la traición de López: el denunciante se convirtió en culpable.

En el excurso del texto de Márquez se percibe encono y un marcado resentimiento. Consideró en todo momento a Ramírez de Arellano como un sujeto sin ningún tipo de experiencia militar, de un bajo perfil, incapaz del don de mando; se refirió siempre a él como un simple subordinado y lo vituperó con los calificativos más denigrantes y ofensivos. Llegó a burlarse de su nivel intelectual y sugirió que su “detractor” tendría que avergonzarse por el pésimo uso del lenguaje empleado en su “libelo”. Otro argumento que Márquez utilizó como defensa fue señalar que la condición de subalterno de Ramírez de Arellano le impedía saber asuntos que sólo trataban los altos mandos, “su opinión para nada se necesitaba”.¹⁴² Por tanto, todo lo que se afirmó en la narrativa de *comienzo* eran simples mentiras, habló con “ligereza de lengua para hablar cosas que no se saben, o un corazón eternamente pervertido para calumniar asegurando como posible lo que sabe de ciencia cierta no lo era”.¹⁴³ En el excurso Márquez sentenció:

He leído ese documento con calma y el detenimiento necesarios para apreciar con esactitud (*sic*) sus conceptos; y aseguro mi honor que había resuelto no responder nada a lo que no merece más contestación que el desprecio; pero como por desgracia el silencio se interpreta equivocada y desfavorablemente, y como no puedo ver con indiferencia que se falsifique la verdad, me he decidido a hacer el enorme sacrificio de escribir para refutar ese libelo que tergiversando unos hechos,

¹⁴² Leonardo Márquez, *Refutación hecha por el general de división Leonardo Márquez al libelo del general de brigada don Manuel Ramírez de Arellano*, 1869, p. 49.

¹⁴³ *Ibid.*, p. 34.



desfigurando otros, inventando muchos [...] es un tejido de mentiras y de absurdos dichos con mala fe, cuando es mala la índole de su autor.¹⁴⁴

Márquez se negó en un principio a sostener un diálogo con Ramírez de Arellano, ya que, como se observa en la cita anterior, lo consideraba indigno; sin embargo, terminó por hacerlo. Su intención fue vindicar su honor presuntamente mancillado, no sólo en México sino en el mundo. Pretendía demostrar con sus memorias que él no tenía instintos sanguientos, por el contrario, dignos y leales. Pero el texto también tenía otro propósito: mostrar la aparente “saña”, “des-honestidad” y “deslealtad” de Ramírez de Arellano. Quería mostrarlo en estos términos: “tal cual es: yo arrancaré la careta de ese hipócrita que me difama: yo probaré que es un falsario, traidor e ingrato”.¹⁴⁵

Márquez sospechaba que los celos y la ingratitud de su acusador tenían su origen en el prestigio de su carrera militar. Sostenía que no fue por casualidad que recibiera altos nombramientos como lugarteniente del Imperio, regente del Imperio y general en jefe de todo el ejército. Para Márquez, estos grados despertaron la envidia de muchos individuos “de almas pequeñas que, todavía hoy dominadas por la ira

¹⁴⁴ *Ibid.*, p. v.

¹⁴⁵ *Ibid.*, p. vi. Sobran los calificativos denigrantes para Ramírez de Arellano: “ingrato”, “mequetrefe”, “falsario”, “perverso”, “tonto”. Pero quizá su defecto más grande fuera la ingratitud. En el excurso, Márquez hizo un breve recuento bibliográfico de Ramírez de Arellano, enfatizando en que él lo favoreció en su carrera e incluso lo distinguió con toda la solemnidad con la entrega de la Cruz de la Legión de Honor en Morelia. Por otra parte, Márquez alegó que él tuvo mucho que ver para que a Ramírez de Arellano se le distinguiera con el grado de general. Así queda, según Márquez, demostrada la ingratitud de Ramírez de Arellano, quien además obró “bajo las inspiraciones de un alma depravada”. *Cfr.* Leonardo Márquez, *op. cit.*, p. 4.



y por el despecho, me hacen la guerra encarnizada, calumniándome y desprestigiándome, el único recurso que les queda".¹⁴⁶

Como ya se ha adelantado, la narración de Márquez tiene un doble sentido: mostrar su inocencia y denunciar a Ramírez de Arellano. Para lograr ambos propósitos, el autor recurrió a cartas, documentos y otras narraciones testimoniales, como las de Albert Hans, Félix e Inés de Salm Salm, que en algunos pasajes lo describen favorablemente. Al mismo tiempo, "apela al testimonio" de señores cercanos al Imperio y Maximiliano, como el padre Agustín Fischer, quienes, dice, "no lo dejarían mentir".¹⁴⁷

¿Pero qué fue lo que refutó Márquez con exactitud? Recordemos las denuncias que señaló Ramírez de Arellano: desde la perspectiva del artillero, la principal razón por la cual Márquez actuó en perjuicio de Maximiliano era la venganza, la cual tenía su origen en la misión diplomática que el emperador le encomendó en Asia. Márquez negó esta posibilidad, pues indicó que sólo podían tener deseos de venganza aquellos que habían presenciado el asesinato de un padre, el insulto a su esposa o el rapto de la prometida. Márquez sostenía que de ninguna manera pudo tener sentimientos vengativos ni para Maximiliano ni para el Imperio, pues, con la instauración de este sistema de gobierno, él había logrado una posición política y militar muy ventajosa. Recordó al lector que Maximiliano lo había favorecido de muchas formas, incluso había procurado a su madre enferma cuando él se encontraba lejos. Márquez se preguntaba cómo podría haber cometido una venganza contra una persona que lo había llenado de beneficios y honores.¹⁴⁸

¹⁴⁶ *Ibid.*, p. 15.

¹⁴⁷ Éstas son las pruebas extratécnicas o antiartísticas de las que habló Aristóteles, como las declaraciones que hacen los testigos.

¹⁴⁸ Leonardo Márquez, *op. cit.*, p. 7.



Sobre su trabajo diplomático, sostuvo que él mismo lo sugirió al soberano, dado que deseaba estar en Europa para reponerse de la herida sufrida en su rostro, la misma a la que aludieron Ramírez de Arellano e Inés de Salm Salm con una connotación negativa.¹⁴⁹ Para comprobar su dicho, insertó en su refutación cartas que versan en este sentido. Márquez afirmó que su encomienda diplomática lo llenó siempre de orgullo y que trató de desempeñarla con patriotismo, intentó dejar “bien puesto el honor de México en todas partes y en todas ocasiones”.¹⁵⁰ Desde el recurso retórico de refutación, acepta que el hecho existió, pero no fue dañoso.

Márquez se justificó de los asesinatos cometidos en Tacubaya, aclarando que no se atentó contra niños, y que los médicos que se sacrificaron no eran médicos civiles sino médicos oficiales del ejército enemigo. Además, quiso dejar en claro que no actuó por cuenta propia, sino por órdenes de Miramón. Reprodujo en su texto otra carta, en la cual Miramón le ordenó actuar en consecuencia; en ella se lee: “mandará sean pasados por las armas *todos los prisioneros* de la clase oficiales y jefes”.¹⁵¹ Se deslindó también de los fusilamientos de Valle y Ocampo achacando toda la responsabilidad al entonces presidente Félix Zuloaga. Si bien aceptó que la acción fue perjudicial, por otro lado, su conducta fue honesta.

En lo tocante a los sucesos de Querétaro, Márquez volvió a refutar los señalamientos de Ramírez de Arellano punto

¹⁴⁹ Márquez también estableció una relación entre los rasgos físicos y los sentimientos negativos, en mero racismo. Sobre el aspecto indígena de Ramírez de Arellano, sentenció: “tiene la necia pretensión de culparme, atribuyéndome responsabilidades que no tengo y faltas que no he cometido, para lavarse de la negra mancha que no lavará nunca y que cada día oscurecerá más su rostro color de cobre”. Cfr. Leonardo Márquez, *op. cit.*, p. 59.

¹⁵⁰ *Ibid.*, p. 14.

¹⁵¹ *Ibid.*, p. 25.



por punto. En primer lugar, argumentó que la idea de partir rumbo a Querétaro no fue suya sino de Maximiliano. Mencionó que el propio emperador deseaba, desde tiempo atrás, ponerse al frente del ejército, y que el archiduque escogió personalmente las tropas que lo acompañaron. Citó la famosa proclama de Maximiliano en San Juan del Río del 17 de febrero, donde el archiduque confirmó este deseo.

Sobre la denuncia en el sentido de que Márquez impidió el aprovisionamiento de artillería y una fortificación adecuada de la plaza, contestó que, en efecto, en México existía el arsenal necesario para entrar en campaña; sin embargo, dijo que no se recurrió a él porque “la artillería no podía moverse por falta de personal, municiones y ganado”.¹⁵² Márquez reviró a Ramírez de Arellano al señalar que habla de cosas “que no sabe”. Alegó que el traslado de dichos materiales de México a Querétaro no hubiera servido de nada, ya que para esas fechas el camino estaba enteramente poblado de republicanos, y la jornada, además de penosa, hubiera sido contraproducente porque la carga habría sido tomada y usada en su contra.

Respecto a la fortificación de la plaza, Márquez respondió que no era su obligación ejercer tal trabajo, pues para ello se encontraban los ingenieros militares. En efecto, una vez más, la acción fue perjudicial, pero honesta. Para desmentir a Ramírez de Arellano, recurrió en más de una ocasión al *Tratado de la Ordenanza General del Ejército* para citar las obligaciones del jefe del Estado Mayor. Se esmeró en señalar que en ningún artículo de tal ordenanza se mencionaba que el cargo que ostentaba lo obligaba a proveer municiones, fortificar una plaza, abastecer al ejército de víveres, ni mucho menos recaudar dinero, misión exclusiva del intendente general del ejército.

¹⁵² *Ibid.*, p. 34.



Si Ramírez de Arellano apeló a las doctrinas del arte su-
puestamente ignoradas por Márquez, éste respondió que no
bastaba con leer la doctrina sino llevarla a cabo, y que Ra-
mírez de Arellano nunca se vio en la tarea de mandar a todo
un ejército, cuestión que volvía su opinión “necia y ligera”.

Otro asunto digno de discusión es la petición que hizo
Márquez al emperador de salir de Querétaro el 10 de marzo.
Ya hemos visto que Ramírez de Arellano consideraba esta
salida en extremo peligrosa y que el emperador resolvió que
no se efectuara. Márquez comentó en su vindicación que su
idea era posicionar al Ejército Imperial en la Estancia de Va-
cas, lugar cercano al camino de Celaya y donde no había
mucha presencia de efectivos republicanos. El plan consistía
en llevar a cabo una “retirada”¹⁵³ rumbo a esa ciudad. Es-
tando allí, le harían creer al enemigo que se dirigían hacia
diferentes puntos, pero, en realidad, tratarían de regresar a
México, donde pedirían al ejército que ocupaba Puebla que
se replegara, así aumentarían en número y habrían estado
listos para dar una batalla decisiva, cosa que no se logró por
“las intrigas” de Ramírez de Arellano. Éste convenció al em-
perador de que no se proyectara el movimiento. La negativa
se convirtió en una pesquisa importante en toda la vindica-
ción, pues sirvió a Márquez para delegar la responsabilidad
a Ramírez de Arellano de la situación desfavorable que se
tuvo después del 10 de marzo y que puso a la ciudad en

¹⁵³ Márquez reflexionó que una retirada no significaba un movimiento
forzosamente cobarde, negativo o predestinado al fracaso. Al contra-
rio, era un “movimiento de estrategia”, que, si se practicaba adecua-
damente, podía incluso considerarse una victoria. Para defender este
argumento y confrontar la opinión de Ramírez de Arellano, Már-
quez “invocó” el espíritu de generales muertos que habían practica-
do “retiradas”. Pidió a las almas de Mariano Arista, Vicente Filísola
y Miguel Miramón “levantarse de su tumba” para que se ruborizara
Ramírez por expresarse en contra de sus opiniones. *Cfr.* Leonardo
Márquez, *op. cit.*, p. 81.



franco estado de indefensión ante la circunvalación que se completó por los republicanos un par de días más tarde. “Se ve el resultado funesto y lamentable de los consejos pérfidos e infames de Arellano dados al emperador”.¹⁵⁴

Uno de los argumentos de defensa del injuriado es tratar de deshacer la intriga al contradecir las declaraciones pronunciadas por el que acusa. De tal manera que, en *Últimas horas del imperio*, Ramírez de Arellano dijo que en México había toda clase de recursos, mientras que en Querétaro se carecía de todo. Entonces, Márquez declaró que le asentaba la razón al pretender volver a México, donde encontraría una situación más favorable. Márquez apeló a la valentía y pundonor del emperador, y señaló, en su vindicación, que de ningún modo le sugirió que se situara en el lugar más peligroso (Convento de la Cruz) sino que fue su propio deseo. Dada su condición como general en jefe del Ejército Imperial y observando las reglas del arte militar, quien ostenta tal rango “es el primero que se bate y se presenta en toda la línea de batalla, exhortando a sus subordinados y dando ejemplo de valor con su arrojo”.¹⁵⁵ Márquez volvió a revirar a Ramírez de Arellano: mientras Maximiliano dormía, primero, entre los cactus del Cerro de las Campanas, y después se exponía constantemente a los bombardeos a La Cruz, el general de artillería “dormía segura y cómodamente dentro de la ciudad”.¹⁵⁶

Pero la acusación más incisiva sobre Márquez, que no sólo denunció Ramírez de Arellano sino otros autores, fue la marcha del lugarteniente del Imperio rumbo a México, en busca de auxilio para Querétaro, y el regreso esperado que

¹⁵⁴ *Ibid.*, p. 58.

¹⁵⁵ *Ibid.*, p. 65.

¹⁵⁶ *Ibid.*, p. 64.



nunca se dio. ¿Qué dice Márquez en sus refutaciones respecto a esta acusación?

He aquí lo que pasó [...] El Emperador Maximiliano no me mandó a México para que yo recogiese su guarnición y la condujese a Querétaro, sino por el contrario para que revestido de su Lugar-Teniente (*sic*), cuidase de la capital del imperio, a fin de conservarla para contar con un centro de unión en caso de acontecer en Querétaro un evento desgraciado.¹⁵⁷

Aun con una orden en sentido contrario, como muchos aseguraron, Márquez afirmó que el auxilio por parte del ejército que se encontraba en México no era posible, ya que “su escaso número impedía fraccionarla debido a que no había suficientes para auxiliar Querétaro y para asegurar a México”.¹⁵⁸ Contradijo la causa de la acción. Afirmó que no se pretendía causar un daño, sino lo contrario. Dichas afirmaciones vuelven a tener sustento, según el autor, en documentos fidedignos, aunque elaborados por él. Márquez se mostró seguro de convencer al lector de esto a través “su” *Libro de Situación del Estado Mayor*, en el que informaba sobre el número de combatientes, armas y demás recursos bélicos que se habían movilizad.

Márquez se excusó una y otra vez de su ausencia en Querétaro, repitió en su vindicación que “no se le dio la orden para volver”, lo afirmó tantas veces que no tuvo reparo en declarar: “Ya he repetido hasta el fastidio que no tenía orden para hacerlo”.¹⁵⁹ Se percibe en cada página el hastío del autor por el tema y el rencor hacia los que lo incriminaron por su ausencia en Querétaro. Aunque repitió que no tuvo orden expresa

¹⁵⁷ *Ibid.*, p. 94.

¹⁵⁸ *Ibid.*, p. 96.

¹⁵⁹ *Ibid.*, p. 104.



del soberano de acudir con refuerzos a Querétaro, Márquez sintió el deber de marchar sobre Puebla. Las acusaciones en relación con dicha marcha y su comportamiento tienen una explicación por parte del injuriado. La marcha lenta se debió al pésimo estado del camino... Fue una desgracia, un hecho inevitable según los caprichos de la naturaleza. Márquez alegó que sus tropas no iban a reconstruir cada puente dañado. Si destruyó parque fue por la imposibilidad de llevarlo consigo en un camino tan agreste y porque tampoco la iba a dejar en el camino para que fuera usado por el enemigo, por ello la hizo volar. Si bien acepta los hechos, consideró que no actuó de forma vergonzosa. La conciencia del autor parecía tranquila: “obré conforme a las reglas del arte”.¹⁶⁰ Si dejó sola a la tropa y se regresó a México solo, fue porque “no era un soldado raso para que se me obligase a marchar embebido en la fila, sin poder separarme de ella”.¹⁶¹

Negó que hubiera impedido u obstaculizado el libre tránsito de los ministros extranjeros y los abogados del archiduque. Tuvo la disposición para que Santiago Vidaurri movilizara recursos a Querétaro. No obstante, el mismo Vidaurri se dio cuenta de la dificultad de la empresa y fue él quien decidió abandonar la idea.¹⁶²

La conclusión de este primer discurso vindicativo sigue dos líneas: la primera es la insistencia de Márquez en aclarar su verdad, más que justificarse ante las acusaciones de una persona a quien despreciaba y que no consideró a su mismo nivel tanto intelectual como militarmente. La segunda fue denunciar a Ramírez de Arellano como traidor, falsificador, mentiroso y, hasta cierto punto, peligroso para quien aceptara llevarlo a sus filas. Márquez quiso formar el mismo per-

¹⁶⁰ *Idem.*

¹⁶¹ *Idem.*

¹⁶² *Ibid.*, pp. 111-113.



fil negativo que su detractor hizo de él. “No porque a nadie le importe conocerlo, sino porque a mí me interesa que sea generalmente conocido”.¹⁶³ Recalcó que, en *Últimas horas del imperio*, se anunciaban pruebas que nunca terminaron por aparecer, y que su autor bien las pudo “inventar y redactar a su gusto”.¹⁶⁴ Para Márquez su detractor no merecía más “que el desprecio universal, con que la sociedad anatemiza a los ingratos”.¹⁶⁵ Márquez sentenció que su interpelado no fue ingrato sólo ante él sino ante el emperador, por mal aconsejarlo, y ante su amigo Miramón, por no compartir su misma gloria y huir del enemigo trepando azoteas.

El autor esperaba que la disputa “literaria” contra Ramírez de Arellano continuara, pues tenía la seguridad de que habría una respuesta a sus refutaciones: “Ha de escribir hasta que muera [...] hasta que se le pudra la lengua”.¹⁶⁶

VINDICACIÓN DE VICENTE LICEA (LOS HARAPOS DEL IMPERIO)¹⁶⁷

En este exordio, el doctor Licea aludió a la belleza, capacidad histriónica y destreza como jinete de Inés de Salm, asuntos

¹⁶³ *Ibid.*, p. 206.

¹⁶⁴ *Ibid.*, p. 190.

¹⁶⁵ *Ibid.*, p. 206.

¹⁶⁶ *Idem.*

¹⁶⁷ Manuscrito localizado en el archivo de Condumex. Publicado por primera vez en el texto *Miradas sobre los últimos días de Maximiliano de Habsburgo en la afamada y levítica ciudad de Querétaro durante el sitio a las fuerzas del imperio en el año de 1867*, Ramón del Llano (comp.), 2009. En dicho documento no aparece la firma del autor, pero Ramón del Llano considera que fue escrito por el mismo Vicente Licea. Se expone información que sólo él conocía y sólo él podía escribir tal como está plasmada, con seguridad y defendiendo incondicionalmente al doctor Licea en tres frentes: la acusación de haber entregado a Miramón, el señalamiento de haber practicado un mal embalsamamiento y la aseveración de haber vendido la ropa del finado.



que, sin embargo, podrían tratarse con mayor detenimiento en otro texto, incluso podrían ser parte de un discurso “divertido y hasta ameno”.¹⁶⁸ No obstante, el objetivo de *Los harapos del imperio* era negar indulgencia y garantía de sexo a una mujer que había afectado “el amor propio nacional”.¹⁶⁹ Obsérvese que ya no se trataba exclusivamente de una vindicación personal, sino que atañía al país entero, por “ridiculizar a algunas personas y a insultar y calumniar a otras”.¹⁷⁰ El doctor consideró que la princesa no era más que una de los “mil y mil extranjeros de la época del Imperio; a lo que vienen siempre a México a hacer negocios”.¹⁷¹ Aquí tenemos un adelanto de lo que se resuelve en la clausura del discurso, a la vez un método eficaz de refutación practicado también por Márquez: implicar al acusador. No fue Licea quien pretendió vender la ropa ensangrentada del emperador, sino el ánimo de “hacer negocios” de la princesa, quien se interesó por las reliquias.

Licea siguió revirando a la princesa y reclamando su condición de extranjera, pero fue más allá en esta “contraofensiva”. El doctor apeló a la conducta “poco femenina” con la que su acusada se condujo en el país: “el relato de las aventuras de una señora, excesivamente varonil, pues en tales páginas se nota una intención perfectamente marcada, de deprimir a México y a los mexicanos”.¹⁷² No sólo era indigno y poco común que montara una bestia como hombre, sino que se atreviera a marcar con un tono negativo la apariencia física de los ciudadanos de este país, rasgos comunes en Licea. El argumento de esta vindicación no versaba únicamente en torno a la supuesta venta de las reliquias imperiales,

¹⁶⁸ Ramón del Llano Ibáñez, *op. cit.*, p. 220.

¹⁶⁹ *Ibid.*, p. 218.

¹⁷⁰ *Ibid.*, p. 220.

¹⁷¹ *Ibid.*, p. 219.

¹⁷² *Idem.*



sino a dos acusaciones previas: en primer lugar, la presunta entrega que hizo Vicente Licea de Miramón a las autoridades republicanas;¹⁷³ y, en segundo término, el “brutal” embalsamamiento del cadáver de Maximiliano.

Si Miramón fue descubierto en la casa de Licea (se curaba de un balazo en la cara) fue porque allí lo encontró el general republicano Refugio González, cuñado de Licea. La acción, aunque perjudicial para el honor del doctor y que causó molestia en varios oficiales imperiales, como Hans, fue un error, una desgracia y un asunto inevitable. Como sucedió en el caso de Márquez, esta vindicación se caracteriza por la reproducción de cartas y documentos que pretenden avalar las afirmaciones del injuriado y pretenden dejar a la denunciante como una persona que señalaba con “toda ligereza y mala fe”. “¡Sólo faltó al Dr. Licea vestirse de Miramón, y vestir a Miramón de Dr. Licea, para hundir a aquél el incógnito que hubiera deseado la caprichosa y fantástica cronista!”.¹⁷⁴

Sobre la acusación por practicar un mal embalsamamiento,¹⁷⁵ el doctor Licea se expresó: “Dice la señora cronista que se manejó con mucha brutalidad. [...] ni lo prueba; ni siquiera lo explica: nada más dice”.¹⁷⁶ Utiliza otra estrategia de

¹⁷³ En 1887, el doctor Vicente Licea publicó una vindicación que versaba únicamente a este respecto. En el texto *El sitio de Querétaro. Apuntes relativos a aquel episodio*, dirigido a Porfirio Díaz, Licea se defendió aduciendo que Miramón siempre lo había distinguido con su amistad, y que el 15 de mayo, cuando cayó herido, le propuso fugarse utilizando caballos y vestimentas con los cuales pasaría desapercibido. Si fue hallado en su casa, fue por una circunstancia fortuita en la que Licea, alegó, nada tuvo que ver.

¹⁷⁴ Ramón del Llano Ibáñez, *op. cit.*, p. 228.

¹⁷⁵ A pesar de haberse encargado el proceso al doctor del cuerpo médico militar Ignacio Rivadeneira, éste no contaba con la experiencia ni los aditamentos médicos necesarios, por lo cual lo tuvo que practicar Vicente Licea.

¹⁷⁶ Ramón del Llano Ibáñez, *op. cit.*, p. 238.



refutación: la acción fue perjudicial, puesto que el cadáver fue “inyectado” y “hecho literalmente pedazos”, pero el doctor Vicente Licea actuó de forma honesta y la intervención, a su parecer, fue exitosa. Lo expresó de la siguiente forma: “poco importan los medios, con tal fin se obtenga”.¹⁷⁷ Para sostener que actuó de buena forma, echó mano también de las pruebas “extra-técnicas”. Insertó en su relato elementos epistolares de connotados médicos, como el doctor Basch, donde certifica que el embalsamamiento se llevó a cabo a su entera “satisfacción, sin dejarme qué desear”,¹⁷⁸ además de utilizar para ello los instrumentos quirúrgicos indicados.

Para contestar a la principal acusación, el doctor Licea utilizó la mayoría de los argumentos de la refutación: que el hecho no existió, que no fue ni dañoso, injusto o vergonzoso, y no tenía el mayor valor. O bien, aseguró que, si acaso se cometió injusticia, tenía compensación. El doctor Licea alegó que no obtuvo pago alguno por el embalsamamiento, por ello pensó en la venta de los “harapos” que nadie reclamó; por lo tanto, no constituía delito recoger lo abandonado, y que el doctor conservó con el ánimo de tener un pedazo de historia.¹⁷⁹ Consideró que no actuó como comerciante ni traficante. Quiso prescindir de aquellos despojos “de la misma manera que lo hubiera hecho con un autógrafo de Confucio”.¹⁸⁰

El doctor fue terminante en su clausura: la princesa trató de apoderarse sin razón ni derecho de los “harapos” que recogió. Éste rehusó la entrega, sin embargo, vio en esta

¹⁷⁷ *Ibid.*, p. 238.

¹⁷⁸ *Ibid.*, p. 239.

¹⁷⁹ Licea fue muy persistente en este punto. Conservó los “harapos” como un simple “recuerdo”, una “curiosidad” que “despertó el interés, y atrajo la atención de ambos mundos”. *Cfr.* Ramón del Llano Ibáñez, *op. cit.*, p. 240.

¹⁸⁰ Ramón del Llano Ibáñez, *op. cit.*, p. 246.



oportunidad la forma de indemnización por las pérdidas económicas que sufrió durante el Imperio.

LA RECTIFICACIÓN

Existen diferencias entre la vindicación y la rectificación. Si bien esta última también representa una respuesta con un fin persuasivo respecto a una acusación o señalamiento, no era escrita por el que se consideraba injuriado, calumniado o injustamente notado, sino por algún otro individuo que también había sido testigo y participante en los hechos. La rectificación buscaba “aclarar”, por lo cual perseguía dos fines: completar una historia que a su juicio no había sido contada de manera correcta, lo que implicaba también una ofensa que tenía que ser resarcida,¹⁸¹ o vindicar el honor no sólo de una persona, sino de una colectividad. Este ánimo de defensa coloca a la rectificación en el terreno del género judicial. La parte más importante de su estructura discursiva se encontraba en el argumento, igual que en la vindicación. Aquí se desarrollaba lo que la retórica clásica entendía como *probatio*, donde se aducían las pruebas que confirman la propia posición revelada en la tesis de la exposición; *refu-*

¹⁸¹ Un buen ejemplo sobre este punto es el texto histórico de Ignacio Manuel Altamirano titulado *El 27 de abril de 1867*. Altamirano estuvo presente durante el sitio, se ocupaba como coronel a las órdenes del general Vicente Jiménez, su tío. El propósito del texto fue completar la historia de la famosa batalla del Cimatario. En su exordio declaró que los dos textos más importantes que habían mencionado este episodio, *Reseña histórica de formación y operaciones del cuerpo del ejército del norte, durante la intervención francesa y el sitio de Querétaro*, de Juan de Dios Arias, y *Ensayo histórico del ejército de occidente*, de José M. Vigil y Juan B. Híjar y Haro, “eran imprecisos y sus datos diminutos”. Altamirano aducía que, para sostener su rectificación, contaba con dos ventajas: haber sido testigo y poseer el diario de Miguel Miramón. Cfr. Ignacio Manuel Altamirano, *Obras completas II. Obra histórica*, 1986, p. 210.



tatio, parte en la que refutaban las tesis que sostenía la parte contraria, y *peroratio* o enunciado sin prueba, el cual no debía debilitar la credibilidad del que rectificaba, para lo cual se recurría al postulado no veraz pero plausible (*hipótesis*), a fin de debilitar al adversario desorientando su credibilidad; lo mejor en ese caso era sugerirlo y no decirlo.

Dos de las denuncias que hemos presentado fueron objeto de rectificaciones: la narrativa de Samuel Basch por el doctor Hilarión Frías y Soto, y la de Félix de Salm Salm por parte de Ignacio de Peza y Agustín Pradillo.

RECTIFICACIÓN DE HILARIÓN FRÍAS Y SOTO¹⁸²
A LA NARRATIVA DEL DOCTOR BASCH
(RECTIFICACIONES A LAS MEMORIAS DEL MÉDICO
ORDINARIO DEL EMPERADOR MAXIMILIANO)

Cuando analizamos la narrativa testimonial de Albert Hans, se decía que la edición de 1869 contaba con el capítulo de rectificaciones escrito por Lorenzo Elizaga, pero que fue suprimido en la edición de 1962. Esta supresión se debía a “su criterio liberal rabioso”. Para Hilarión Frías, el texto de Hans no era susceptible a una rectificación por haber estado “palpitante de verdad y revele los hechos con tanta precisión, comentándolos con una lógica tan justa”.¹⁸³ No obstante, rectificó la del doctor Basch, ¿por qué razón? Se identifican por lo menos dos cuestiones: aclarar que la ocupación médica de Basch durante el sitio impidió observar los principales he-

¹⁸² Célebre médico queretano, fundador del periódico estatal *La Sombra de Arteaga*. Rectificó tres obras: primero, la del conde E. de Kératry, *Elevación y caída del emperador Maximiliano, intervención francesa en México (1861-1867)*, en 1870. Un año más tarde, la de Samuel Basch, *Recuerdos de México*, y en 1905, año de su muerte, el libro de Francisco Bulnes, *El verdadero Juárez y la verdad sobre la intervención y el imperio*.

¹⁸³ Ramón del Llano Ibáñez, *op. cit.*, p. 106.



chos históricos; por tanto, lo que había contado en *Recuerdos de México* eran simples especulaciones y divagaciones. Esta ausencia del lugar neurálgico de los acontecimientos, más la ignorancia sobre las costumbres practicadas en México,¹⁸⁴ dieron como resultado el ataque pertinaz de Basch sobre los mexicanos. Vindicar la honorabilidad nacional fue el segundo propósito en las rectificaciones de Frías.

El argumento principal en esta rectificación se basa en un *peroratio*: “El médico Samuel” se la pasó la mayoría de las hostilidades encerrado en el Hospital de San Francisco. Se sostuvo, por otro lado, que la descripción de sus hazañas no fue otra cosa sino los testimonios que le habían contado sus enfermos, aunque esta hipótesis no es el único hilo conductor de la rectificación. Frías debió rectificar otras cuestiones plasmadas en *Recuerdos de México*. Por ejemplo, elaboró una nueva descripción de la ciudad, pues la que hizo Basch solamente revelaba “una audacia mayor que su ignorancia”.¹⁸⁵ El aparente buen ánimo de los ciudadanos y su disposición para el trabajo también fueron echados por tierra, ya que habló de la existencia de leva y el rechazo que sentía la gente por la causa imperial. La presunta ausencia de Basch en los campos de batalla incitó a Frías a afirmar que el médico Samuel no supo describir con exactitud las escaramuzas de los ejércitos mexicanos. Ante un señalamiento un tanto burión y sarcástico, Frías defendió a los suyos sin importar el bando en que militaran. Aquí entra el terreno de la vindi-

¹⁸⁴ Para Hilarión Frías, dicha ignorancia confundió las apreciaciones de Basch. Por ejemplo, el supuesto recibimiento pomposo dado a Maximiliano cuando llegó a Querétaro no tenía nada de espectacular, pues el adorno de calles y las fanfarrias eran una simple simulación de los ciudadanos.

¹⁸⁵ Hilarión Frías y Soto, “Rectificaciones a las memorias del médico ordinario del Emperador Maximiliano”, en Ramón del Llano Ibáñez, *op. cit.*, p. 78.



cación, ya que no permitía que “un escritorzuelo cualquiera deprimiera de una manera tan injusta a los mexicanos”.¹⁸⁶ Para él, se condujeron siempre conforme a los protocolos de guerra.

Resulta interesante señalar que, aunque Frías fuera médico, entró en el debate militar.¹⁸⁷ Mientras que Basch afirmó que el Ejército Imperial obtuvo victorias importantes, puesto que en ninguna de ellas permitieron que el enemigo penetrara al interior de la ciudad, Frías recalcó que eran movimientos que no buscaban entrar, ya que los republicanos jamás tuvieron pensado proyectar una acción que hubiera significado el derramamiento de muchísima sangre.

RECTIFICACIÓN DE IGNACIO DE LA PEZA Y AGUSTÍN
PRADILLO A LA NARRATIVA DE FÉLIX SALM SALM
(MAXIMILIANO Y LOS ÚLTIMOS SUCESOS DEL
IMPERIO EN QUERÉTARO Y MÉXICO)

El exordio de esta rectificación sigue los patrones de toda la narrativa perteneciente al género judicial: cimentar una relación entre la fealdad y los vicios. En esta ocasión, Salm Salm era un “hombre robusto, de mirada inquieta, modales bruscos y pesados, y por demás antipático”.¹⁸⁸ La negatividad que irradiaba era confundida por el príncipe prusiano con la envidia. Para De la Peza y Pradillo, era sólo indiferencia lo que los demás oficiales imperialistas sentían por él.

¹⁸⁶ *Ibid.*, p. 86.

¹⁸⁷ Frías comentó que la misión de Basch fue simplemente velar por Maximiliano y los heridos, no la de ser un soldado. Las palabras constantemente repetidas por Basch, “hicimos, apoyamos, rechazamos, matamos”, no tenían razón de ser, pues nunca estuvo en batalla.

¹⁸⁸ Ignacio de la Peza y Agustín Pradillo, *Maximiliano y los últimos sucesos del imperio en Querétaro y México*, 1870, p. 9.



Estas rectificaciones también buscaban corregir las impresiones en las que supuestamente había caído Salm. Éste no era el héroe que había pretendido construir en sus memorias. Se rectificó que él no fue comisionado por Maximiliano para negociar el reconocimiento del Imperio mexicano con Estados Unidos, sino el teniente de la marina austriaca, conde de Ressequi. Había cometido diferentes equivocaciones desde el empleo que desempeñaron los oficiales del Imperio, el apodo del general Márquez, la situación geográfica de Querétaro¹⁸⁹ (coincidentemente con Basch), la cantidad de oficiales condecorados con la Orden Francesa de la Legión de Honor, los tipos de heridas que habían sufrido algunos combatientes, hasta la opinión que de él tenía el emperador. Para De la Peza y Pradillo, Maximiliano lo consideraba un “cirquero, un hombre tan pesado”.¹⁹⁰

Quizá las rectificaciones anteriores fueron las menos graves, puesto que hubo equivocaciones más importantes en las batallas que fueron narradas por Salm. No había contado con veracidad las posiciones defensivas imperiales ni había descrito adecuadamente su propio desempeño en las acciones. Para estos autores, Salm no se había conducido con el heroísmo que había pregonado en las batallas más importantes, las del 14 y 22 marzo y la del 1o. de abril. Las tomas de cañones, víveres y animales, además de no ser tantas, fueron hechas por otros oficiales y no por Salm.

La refutación tuvo también cabida en este texto, concretamente a las acusaciones sobre la presunta negligencia de Miramón y de los soldados mexicanos. En lo tocante a Miramón, los autores coinciden en que fue el general imperial

¹⁸⁹ Es interesante el hecho de que los autores rectifican que Salm había “inventado” nombres de ríos e incluso la existencia de pequeños pueblos circundantes a las haciendas. Ignacio de la Peza y Agustín Pradillo, *op. cit.*, p. 28.

¹⁹⁰ *Ibid.*, p. 9.



que mostró mayor valentía y determinación en los combates. Insisten en que el episodio del 27 de abril fue la acción más destacada ideada por Miramón.

Puede decirse que las narraciones testimoniales, analizadas aquí a la luz del género retórico judicial, se encuentran llenas de artificios retóricos muy bien estructurados. Desde el ámbito de la denuncia, se puede percibir que los que escribieron como “fiscales”, Carl Khevenhüller, Samuel Basch, Félix Salm Salm, Inés de Salm y Manuel Ramírez de Arellano, utilizaron los entimemas que creyeron convenientes para culpar a sus contrapartes. Buscaron “vencer convenciendo, y convencer mediante lo verosímil, mediante lo conveniente al contexto en todo [...] tratando de ganar adhesiones”.¹⁹¹

No obstante, los agraviados o injuriados, Leonardo Márquez, Vicente Licea, Hilarión Frías y Soto, Ignacio de la Peza y Agustín Pradillo, entraron a la discusión o pleito completando así una *litis*. El principal argumento defensivo de Márquez y Licea fue “el cambio de causa en la acción”. Es decir, si bien aceptaron que habían cometido alguna indiscreción o imprudencia, no había sido para buscar un daño o perjuicio. Por su parte, Frías, De la Peza y Pradillo nunca aceptaron las acusaciones imputadas, reviraron a los fiscales en todo momento, convirtiéndolos a ellos en culpables, pero no sólo de hechos aislados, sino de ser cómplices de una intervención imperialista.



¹⁹¹ Antonio López Eire, *Esencia y objeto de la retórica*, 1996, p. 219.



Conclusiones



En estas páginas se trató de establecer tres puntos: el primero, sentar la diferencia que subyace entre la *memoria* en su acepción más sencilla como una forma de registrar y reproducir información del pasado colectivo e individual a través de un discurso escrito y la *narrativa testimonial*. Esta última categoría abrió la discusión sobre los diferentes tipos de memorias que la cultura letrada del siglo XIX mexicano escribió, ya fuese para ir forjando una identidad nacional o para describir la conducta individual respecto a un acontecimiento político o social de carácter coyuntural.

Dentro de este primer objetivo, se quiso dejar en claro que la escritura de esta centuria no respondía únicamente a los patrones del romanticismo, sino a los códigos de la retórica.¹ Constituye algo que Tomás Albaladejo conoce como

¹ Estos códigos retóricos, que retoman aspectos clásicos, son perfectamente válidos en la actualidad. No obstante, algunos autores, como Chaïm Perelman, prefieren hablar de la *Teoría de la narratividad* o *Nueva retórica*, cuyo objeto de estudio son las técnicas discursivas que tienden a provocar o acrecentar la adhesión intelectual de los hombres a las tesis que se les presentan para obtener su acuerdo. También propone las condiciones que hacen posible el comienzo y desarrollo de la argumentación, así como sus efectos. Señala en qué sentido la nueva retórica es una continuación de la clásica y en qué se distancia de ella. La llamada *nueva retórica* continúa la retórica de Aristóteles en tanto se dirige a todo tipo de auditorios. Abarca lo que los autores clásicos denominaban *dialéctica* (la técnica de la discusión y el debate por medio de preguntas y respuestas, que trataba principalmente sobre cuestiones opinables), analizada por Aristóteles en sus *Tópicos*; incluye el razonamiento que Aristóteles calificaba como dialéctico

retórica restringida,² que implica una sistematización teórica o investigación científica de los medios de persuasión dentro de la literatura. No obstante, esta capacidad metalingüística de la retórica se encontraba presente en otras actividades de los hombres de letras del siglo XIX. A saber: en las imágenes y representaciones por medio de las cuales se percibían a sí mismos y al marco histórico y social en el que se desenvolvieron el escritor, el historiador, el poeta, el funcionario público, etcétera, como oradores, pronunciando un discurso frente a una asamblea; en la intención de sistematizar la práctica de la escritura mediante un sistema de géneros, aunque incipiente y que trató de ejemplificarse en un caso concreto; y en la utilización de un vocabulario trazado sobre el molde del sistema retórico para referirse críticamente a la actividad letrada.

Dicha sistematización retórica opera también en las memorias escritas a partir de un acontecimiento coyuntural. Quien se encontró interactuando en una coordenada espacio-temporal perfectamente identificable regularmente narró sus impresiones en un tipo de relato que aquí se designó como *narrativa testimonial*. Este género discursivo persigue por lo menos dos finalidades:³ primeramente, alabar la con-

para distinguirlo del razonamiento analítico de la lógica formal. Esta teoría de la argumentación es llamada *nueva retórica* porque Aristóteles, a pesar de que reconocía la relación entre retórica y dialéctica, sólo desarrolló la primera en función de todo tipo de auditorios. Cfr. Chaïm Perelman y Lucie Olbrechts-Tyteca, *op. cit.*, p. 15.

² Tomás Albaladejo, "Retórica, comunicación, interdiscursividad", *Revista de Investigación Lingüística*, 2005, pp. 7-33.

³ Observamos que la narrativa testimonial también da cuenta de otros aspectos que resultan de suma relevancia para la historiografía, como la concepción del espacio, es decir, que el autor cumple una doble función, como observador y participante dentro de coordenadas concretas y definidas. Podemos hacer referencia también a la defensa y disputa entre identidades. Sobra decir que estos tópicos pueden perfectamente ser retomados por los estudios culturales.



ducta valiente, noble, piadosa y oportuna del autor, como la de otros sujetos que intervinieron en los hechos; en segundo lugar, ser un medio de denuncia cuya intención es culpar a otros individuos de los desastres y calamidades que se desataron durante el suceso. Al mismo tiempo, el autor se exonera de cualquier cargo y señala que su participación se ve opacada o limitada por la injerencia de los que considera culpables. Estas posibilidades de la narrativa testimonial remiten a los otros dos puntos que se consideran relevantes en esta investigación: el elogio y vituperio, ceñidos al género retórico demostrativo, y la denuncia y refutación al género judicial. Éstos fueron los derroteros que siguieron los testigos, quienes escribieron sus memorias sobre la caída del Segundo Imperio.

EL SITIO DE QUERÉTARO COMO DETONANTE DE TODA UNA NARRATIVA TESTIMONIAL

El Segundo Imperio llegó a su punto culminante durante el sitio de Querétaro de 1867. El archiduque de Austria, Maximiliano de Habsburgo, quien había sido designado por Napoleón III como emperador de México tres años antes, fue pasado por las armas en las medianías del Cerro de las Campanas, dos meses después de concluido el episodio. Varios personajes involucrados en la trama imperial tomaron la pluma para contar su versión de lo sucedido. Este evento coyuntural puso en funcionamiento las operaciones retóricas que les permitieron a los autores reducir el mundo a una estructura referencial (*inventio*). Ello implicó que los acontecimientos padecidos resultaron determinantes para escoger los contenidos del discurso. Consecuentemente, esta estructura referencial se transformó en materia verbal (*dispositio*) o en una narrativa testimonial que se dividió en este trabajo en los siguientes géneros:



En el segundo capítulo quedó establecido que, en las memorias de los autores Albert Hans, José Luis Blasio, Bernabé Loyola, Sóstenes Rocha y Francisco O. Arce, se utilizaron las pautas culturales más importantes relativas a la retórica, es decir, el código del honor y la vergüenza, de lo bello y lo feo; en suma, del vicio y la virtud. Es común encontrar en su discurso un tipo de “pirueta” retórico-dialéctica que prefigura de manera muy eficaz la fusión de ética y estética: el *logos* o discurso lógico logró combinarse con éxito con elementos como la fealdad o lo bello. De esta manera, el individuo feo era por antonomasia malvado; sus conductas se encontraban encaminadas a buscar el fin del Imperio y la consecuente muerte del emperador. Contrariamente, la persona bella se distinguía por su defensa estoica en el terreno de las ideas o las armas sobre el proyecto político que defendía. Era noble con el enemigo, leal con los suyos y valiente en el campo de batalla.

Este grupo de autores supo elaborar un argumento para elogiar o criticar; le resultó conveniente encontrar lo *complementario*. Notamos esta dicotomía en la serie de virtudes y vicios hallados en sus narraciones y que son susceptibles de ser tratados como punto de partida del elogio y el vituperio, respectivamente. Se comenzó por los más particulares hasta llegar a los más generales y universalmente aplicables. En lo tocante al elogio, se identificaron las siguientes virtudes: fortaleza y magnanimidad; mientras que, en el vituperio, la injusticia y la traición, además de carencias como la impericia.

Albert Hans, José Luis Blasio y Francisco O. Arce trataron bajo un juicio sereno y digno a la mayoría de los involucrados. Encontraron más virtudes que vicios, sólo tuvieron muestras de admiración hacia los actores colectivos: Hans y O. Arce al ejército, mientras que José Luis Blasio a los pre-



tendientes de la vida cortesana, de la cual se sentía parte y a la que acogió con entusiasmo.

En lo que tocante a las memorias de Sóstenes Rocha y Bernabé Loyola, se señalan con mayor persistencia los vicios. El primero los imputa a miembros del propio ejército republicano, a quienes proyecta como la figura más brillante e importante de su narración. Bernabé Loyola hizo una proyección similar, pues se mostró virtuoso ante su familia, parientes y amigos. Su injerencia resultó fundamental en la conservación de la vida de oficiales imperiales que habían caído en desgracia una vez que cayó su ciudad. A su juicio, el principal vicioso fue Maximiliano, al que en varias ocasiones tildó con los calificativos más denigrantes y ofensivos.

DENUNCIA Y REFUTACIÓN

Se concluye con el último sentido retórico encontrado en la narrativa testimonial sobre el sitio de Querétaro e ilustrado en el capítulo 3: el proceso de denuncia y defensa sobre la actuación de los involucrados. La característica principal de esta narrativa testimonial era denunciar y justificar la posición ajena y propia sobre los acontecimientos, es decir, se acusó y se defendió, mediante argumentos convincentes y con pruebas, los motivos por los cuales se asumió tal o cual postura. En estos discursos también se recuperan las virtudes y los vicios. El más virtuoso tuvo la prerrogativa a la hora de denunciar. Al vicioso también se le cargaron otros delitos inherentes, como las llamadas indiscreciones y faltas imperdonables en el arte de la guerra. Tales impericias también fueron señaladas y condenadas.

La diferencia sustancial entre los géneros demostrativo y judicial es que, en este último, el vicioso tomó la palabra para justificarse, para tratar de desvanecer los extravíos que le fueron atribuidos.



La denuncia y defensa tienen como propósito principal lograr la persuasión de los antagonistas y del lector, vestido como juez. Los argumentos utilizados en el discurso pretenden conseguir que la tesis propuesta sea admitida por el interlocutor, que se justifique así la acción o el hecho. También tiene como fin lograr la adhesión del auditorio o los lectores a quienes se dirige. Uno de los asuntos primordiales en este tipo de narrativa es persuadir, pero también convencer, es decir, lograr que la otra parte simpatice con las tesis expuestas y que sean aceptadas.

Aquí valoramos a un grupo de autores europeos, Carl Khevenhüller, Félix de Salm Salm, Samuel Basch e Inés de Salm, y al mexicano Manuel Ramírez de Arellano. Con excepción de Inés de Salm, los extranjeros señalaron con índice inquisidor al ciudadano mexicano por rechazar “la mano civilizatoria” brindada por Europa para impulsar el desarrollo social, cultural y económico del país. Éste fue el argumento principal de Samuel Basch. Pero en una segunda etapa, señalan a un personaje en particular que en su opinión fue culpable de la triste suerte del soberano y de su imperio.

Carl Khevenhüller y el mexicano Manuel Ramírez de Arellano denunciaron a Leonardo Márquez; Félix de Salm Salm, a Miguel Miramón; la princesa Inés de Salm Salm, al doctor Vicente Licea. La respuesta a las acusaciones no se hizo esperar, pues aparecieron las llamadas *refutaciones*, cuya finalidad era defender el honor supuestamente mancillado. La que se analizó fue la de Leonardo Márquez, donde se observa que, entre la mayoría de las herramientas propias de la refutación, la más común era revirar al fiscal acusándolo de los mismos cargos que había imputado.

Se vieron también otras formas de defensa, como la *rectificación*, tales como las escritas por Hilarión Frías e Ignacio de la Peza y Agustín Pradillo. Cabe resaltar que no fueron necesariamente escritas por alguno de los denunciados,



pero que existía en los autores un sentimiento herido debido a las denuncias, que no sólo estaban orientadas a condenar a un personaje en lo particular, sino que, de alguna manera, podían trasladarse a actores colectivos.

Finalmente, quisiera recordar que la máxima de Aristóteles sobre la retórica es “la facultad de discernir en cada circunstancia lo admisiblemente creíble”.⁴ Esto induce a mencionar que estos testimonios no deben ser entendidos como representaciones exactas de la realidad, sino como una construcción semántico-verbal que el sujeto enunciante llevó a cabo con base en sus intereses (persuasivos) para lavar su nombre o dignificar su actuar respecto a señalamientos específicos. En este sentido, se recomienda leer estas memorias sin buscar verdades en ellas. Simplemente debe atribuírseles verosimilitud en la medida que logre la aquiescencia tanto emotiva como intelectual del lector.



⁴ Aristóteles, *loc. cit.*, p. 13.

Anexo



CRONOLOGÍA SINTÉTICA SOBRE EL SITIO DE QUERÉTARO

1867

FEBRERO

5. Salen de la ciudad de México las últimas tropas francesas al mando del mariscal François Bazaine.
13. Maximiliano sale de la capital hacia Querétaro.
17. La columna imperial llega a San Juan del Río.
19. Maximiliano arriba a Querétaro.

MARZO

- 4-6. Llegan los primeros ejércitos republicanos a las inmediaciones de la plaza.
8. Comienzan formalmente las hostilidades cuando las baterías imperiales ubicadas en el Cerro de las Campanas disparan contra un grupo de jinetes republicanos en labores de reconocimiento.
9. Los republicanos toman los cerros de San Pablo y San Gregorio, al norte de la ciudad.
10. Se suscitan combates en las inmediaciones de las haciendas del Hércules y La Purísima. Los republicanos destruyen el tercer arco del acueducto, dejando a la ciudad sin abasto de agua potable.
13. Maximiliano instala su cuartel principal en el Convento de la Cruz.

14. Primer ataque masivo de las fuerzas republicanas. Las batallas más encarnizadas se libran en los alrededores del Convento de la Cruz y en el barrio de San Sebastián.
23. Sale de madrugada el general Márquez rumbo a México; nunca regresa.
24. Segundo ataque masivo de los republicanos. Los puntos de acción: la hacienda de la Casa Blanca, la llanura de la Cuesta China y las faldas del Cerro del Cimatario.
30. El emperador condecora a varios soldados. Miramón reconoce al soberano con la medalla al mérito militar, insignia destinada a los soldados rasos.

ABRIL

10. Los imperiales tratan de reconquistar sin éxito la iglesia de San Sebastián, pero logran hacer prisioneros y confiscar armamento.
10. Los imperiales celebran en La Cruz el tercer aniversario de la aceptación del trono por Maximiliano.
17. Los coroneles Salm Salm y Pantaleón Moret tratan de salir sin éxito de la ciudad.
20. Los republicanos circunvalan completamente la plaza.
27. Los imperialistas sitiados derrotan a los republicanos en la famosa batalla del Cimatario. No obstante, horas más tarde los republicanos recobran la posición.

MAYO

10. Escaramuza en la garita de México. Muere de manera trágica el joven coronel imperialista Joaquín Rodríguez.
3. Los imperiales intentan repetir la salida del 27, pero esta vez en el Cerro de San Gregorio; la acción fracasa.
5. Los imperiales esperan un asalto masivo en conmemoración del aniversario de la batalla de Puebla. Sin embargo, los republicanos se limitan a “hacer salva” y a tocar música en sus campamentos.



- 14-15. El coronel Miguel López se entrevista con Mariano Escobedo para negociar la entrega de la plaza.
15. Cae Querétaro en poder de los republicanos. Maximiliano, Tomás Mejía, Salm Salm, Severo Castillo, Blasio, Basch, entre otros, son tomados prisioneros.
17. Maximiliano es cambiado de prisión al Convento de las Teresitas.
18. Es capturado Ramón Méndez.
19. Por la mañana es fusilado Ramón Méndez. Por la tarde llega Inés de Salm Salm a Querétaro, quien se entrevista de inmediato con su marido y el depuesto emperador.
20. Entrevista entre Maximiliano y Escobedo. El archiduque acepta mandar telegramas pidiendo la rendición de las ciudades que todavía controla el Imperio.
21. El gobierno de Juárez, instalado en San Luis Potosí, ordena a Escobedo que los prisioneros sean sometidos a un consejo de guerra.
22. Cambian de prisión a los reos, del Convento de las Teresitas al de las Capuchinas.
24. Escobedo designa a Manuel Azpíroz como fiscal en el proceso contra Maximiliano. Ese mismo día comienza a interrogarlo.
25. Maximiliano se entera de los cargos en su contra.

JUNIO

5. Llegan a Querétaro los ministros extranjeros que Maximiliano había convocado.
8. Mariano Riva Palacio y Rafael Martínez de la Torre, defensores del archiduque, se entrevistan en San Luis Potosí con Sebastián Lerdo de Tejada y Benito Juárez, alegando la anticonstitucionalidad del consejo de guerra.
13. Sin la presencia física de Maximiliano, da comienzo en el Teatro Iturbide el proceso contra los inculcados. Mientras el juicio se lleva a cabo, la princesa Inés de



Salm Salm fragua la fuga de Maximiliano; sin embargo, no logra la colaboración de sus cómplices republicanos.

14. El presidente del consejo de guerra, Rafael Platón Sánchez, clausura la sesión y lee la sentencia: pena de muerte. La ejecución debe efectuarse el día 16.
16. El gobierno de Juárez prorroga la sentencia para el día 19.
19. A las 7:15 de la mañana son pasados por las armas Maximiliano, Miguel Miramón y Tomás Mejía en el Cerro de las Campanas.

ESPACIOS DONDE SE DESARROLLÓ LA ACCIÓN NARRATIVA

CONVENTO DE LA CRUZ: Hospital de sangre y cuartel general de Maximiliano del 13 de marzo hasta el 15 de mayo. El 14 de marzo fue tomado el panteón adyacente por los republicanos, pero fue recuperado por los imperiales. Del 15 al 17 de mayo sirvió como primera prisión del archiduque.

CONVENTO DE LAS TERESITAS: Convento de Carmelitas. Del 17 al 22 de mayo, segunda prisión de Maximiliano.

CONVENTO DE SAN FRANCISCO: Hospital de sangre dirigido por el doctor Samuel Basch.

TEATRO DE ITURBIDE (HOY TEATRO DE LA REPÚBLICA): En este edificio tuvo lugar, el 13 y 14 de junio, el consejo de guerra contra Maximiliano, Miramón y Mejía.

CONVENTO DE LAS CAPUCHINAS: Del 22 de mayo al 19 de junio fungió como prisión militar de Maximiliano, Miramón y Mejía. Aquí se desarrollaron los interrogatorios a los tres reos por el fiscal Manuel Azpíroz. Después de la ejecución se trasladaron a la iglesia del convento los cadáveres del emperador y de Tomás Mejía, donde fueron embalsamados por el doctor Vicente Licea.



CASA BLANCA: Antigua hacienda ubicada al sur de la ciudad. Fue una de las bases de la defensa imperial. El 24 de marzo, el general Mejía dirigió desde ahí el ataque con su caballería.

CERRO DE LAS CAMPANAS: Situado al norponiente de la ciudad de Querétaro, del 6 al 13 de marzo fue el primer cuartel general de Maximiliano. Fue el lugar del triple fusilamiento el 19 de junio.

CERRO DEL CIMATARIO: Ubicado al sur de la ciudad, fue punto de partida dominante para los ataques de los republicanos. El 27 de abril se llevó a cabo la famosa batalla encabezada por Miramón, donde casi logró romper el sitio.

CERRO DE SAN GREGORIO: Situado al norte de la ciudad, a sus faldas se encuentra el barrio de San Sebastián. Escenario de la batalla del 3 de mayo.

HACIENDA DE SAN JUANICO: Hacienda propiedad de Bernabé Loyola. Desde el 8 de marzo, cuartel general del republicano Ramón Corona (Ver Anexo).

Cuadro informativo de las narrativas testimoniales analizadas

| <i>Autor</i> | <i>Texto</i> | <i>Filiación política</i> |
|------------------|---|---------------------------|
| Albert Hans | <i>El sitio de Querétaro: memorias de un oficial del emperador Maximiliano</i> | Imperial |
| José Luis Blasio | <i>Maximiliano íntimo. El emperador Maximiliano y su corte. Memoria de un secretario particular</i> | Imperial |
| Bernabé Loyola | <i>El sitio de Querétaro en 1867. Memorias íntimas por el señor Bernabé Loyola</i> | Republicano |



| <i>Autor</i> | <i>Texto</i> | <i>Filiación política</i> |
|----------------------------|---|---------------------------|
| Sóstenes Rocha | <i>Apuntes históricos sobre el sitio de Querétaro</i> | Republicano |
| Francisco O. Arce | <i>El sitio de Querétaro: del 11 de marzo al 15 de mayo de 1867</i> | Republicano |
| Carl Khevenhüller | <i>Tres años en México: Memorias del príncipe Khevenhüller- Metsch</i> | Imperial |
| Samuel Basch | <i>Recuerdos de México, memorias del médico ordinario del emperador Maximiliano</i> | Imperial |
| Félix de Salm Salm | <i>Mis memorias sobre Querétaro y Maximiliano</i> | Imperial |
| Inés de Salm Salm | <i>Querétaro. Apuntes del diario de la princesa Inés de Salm Salm</i> | Imperial |
| Manuel Ramírez de Arellano | <i>Últimas horas del imperio</i> | Imperial |
| Leonardo Márquez | <i>Refutación hecha por el general de división Leonardo Márquez al libelo del general de Brigada don Manuel Ramírez de Arellano</i> | Imperial |
| Vicente Licea | <i>Los harapos del imperio</i> | Republicano |
| Hilarión Frías y Soto | <i>Rectificaciones a las memorias del médico ordinario del Emperador Maximiliano</i> | Republicano |



Fuentes consultadas



BIBLIOGRÁFICAS

- ALAMÁN, Lucas, *Memoria que el secretario de Estado y del Despacho de Relaciones y Exteriores e Interiores presenta a su cargo, leída en la sesión de 8 de noviembre de 1823 e impresa por orden del Soberano Congreso*, 1823.
- ALBALADEJO, Tomás, *Retórica*, Madrid, Síntesis, 1991.
- , “Los géneros retóricos: clases de discurso y constituyentes textuales”, en Paraíso Isabel (coord.), *Téchne Rhetoriké. Reflexiones actuales sobre la tradición retórica*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1999.
- ALGABA, Leticia, “Por los umbrales de la novela histórica”, en Belem Clark de Lara y Elisa Spekman (coords.), *La república de las letras, asomos a la cultura escrita del México decimonónico, vol. 1. Ambientes, asociaciones y grupos. Movimientos, temas y géneros literarios*, México, UNAM, 2005.
- ALTAMIRANO, Ignacio Manuel, “Revistas literarias”, en *La literatura nacional*, México, Porrúa, 1949.
- , *Obras completas II. Obra histórica*, México, SEP, 1986.
- ALTAMIRANO, Marcela, *Carlota, emperatriz de México*, México, Grupo Editorial Tomo, 2005.
- ANKERSMIT, Frank R., *Historical representation*, California, Stanford University Press, 2000.
- ARIAS, Juan de Dios, *Reseña histórica de la formación y operaciones del cuerpo de ejército del Norte durante la intervención francesa, sitio de Querétaro y noticias oficiales sobre la captura de Maximiliano, su proceso íntegro y su muerte*, México, Nabor Chávez, 1867.

- ARISTÓTELES, *Arte poética. Arte retórica*, México, Porrúa, 2007.
- BASCH, Samuel, *Recuerdos de México, memorias del médico ordinario del emperador Maximiliano*, México, Editora Nacional, 1953.
- BERISTÁIN DÍAZ, Helena, *Diccionario de retórica y poética*, México, Porrúa, 2001.
- BOBES, Carmen, et al., *Historia de la teoría literaria. II Transmisores. Edad Media, poéticas clasicistas*, Madrid, Gredos, 1998.
- BRIOSCHI, Francisco, y Costanzo di GIROLAMO, *Introducción al estudio de la literatura*, Barcelona, Ariel, 1988.
- BULNES, Francisco, *El verdadero Juárez y la verdad sobre la intervención y el imperio*, México, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1904.
- BUSTAMANTE, Carlos María de, *Memoria estadística de Oaxaca y descripción del valle del mismo nombre, Extractada de la que en grande trabajó José Murguía y Galardi*, Veracruz, Impr. Constitucional, número 7, 1821.
- CARMONA TINOCO, Jorge Ulises, "Panorama breve sobre la retórica, su naturaleza y su evolución histórica", en David Cienfuegos y Miguel Alejandro López Olvera (coords.), *Estudios en homenaje a don Jorge Fernández Ruiz. Derecho internacional y otros temas*, México, UNAM, 2005.
- CHARTIER, Roger, *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa, 1992.
- CICERÓN, *De senectute*, Madrid, Gredos, 1963.
- , *Los oficios*, Madrid, Colección Austral, 1980.
- , *De la invención retórica*, México, UNAM, 2010.
- CONTE CORTI, Egon Caesar, *Maximiliano y Carlota*, México, FCE, 1984.
- DESTERNES, Suzzane, y Henriette CHANDET, *Maximiliano y Carlota*, México, Diana, 1971.
- FERNÁNDEZ DEL CASTILLO, Antonio, *Los mártires de Tacubaya*, México, Departamento del Distrito Federal, 1974.
- FERNÁNDEZ DE LIZARDI, José Joaquín, *El periquillo sarniento*, México, Porrúa, 1987.



- FRÍAS Y SOTO, Hilarión, “Rectificaciones a las memorias del médico ordinario del Emperador Maximiliano”, en Ramón del Llano Ibáñez (comp.), *Miradas sobre los últimos días de Maximiliano de Habsburgo en la afamada y levítica ciudad de Querétaro durante el sitio a las fuerzas del imperio en el año de 1867*, México, Porrúa/Universidad Autónoma de Querétaro, 2009.
- FLORES D., Jorge, *Memorias inéditas*, México, SRE, 1973.
- FUENTES MARES, José, *Miramón, el hombre*, México, Joaquín Mortiz, 1974.
- GADAMER, Hans Georg, *Verdad y método*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1988.
- GARRIDO DEL TORAL, Andrés, *A 150 años del sitio de Querétaro y el triunfo de la República*, México, Secretaría de Cultura/INEHRM, 2017.
- GALEANA, Patricia, “Prólogo”, en José Luis Blasio, *Maximiliano íntimo. El emperador Maximiliano y su corte. Memoria de un secretario particular*, México, UNAM, 1996.
- GARCÍA BERRIO, Antonio, “Retórica como ciencia de la expresividad (Presupuestos para una retórica general)”, en *Estudios de lingüística*, Alicante, Universidad de Alicante, 1984.
- GONZÁLEZ BEDOYA, Jesús, “Perelman y la retórica filosófica, Prólogo de la traducción española”, *Tratado de argumentación*, Madrid, Gredos, 1989.
- GONZÁLEZ DE COSÍO, Francisco, “Reproducción a la introducción de la edición de 1967”, en Francisco O. Arce, *El sitio de Querétaro del 11 de marzo al 15 de mayo de 1867*, Querétaro, Gobierno del Estado de Querétaro, 2009.
- GONZÁLEZ MONTESINOS, Carlos, *Por Querétaro hacia la eternidad. El general Miramón en el Segundo Imperio*, México, Comunicación Gráfica, 2000.
- GRAGEDA, Aarón, *Vindicación. Nuevos enfoques sobre la condición retórica, literaria y existencial de las fuentes históricas*, México, UAM-A/INAH/Conaculta, 2008.



- GUERRERO OROZCO, Omar, "La investigación histórica: notas sobre la historia de la Secretaría de Gobernación", en Patricia Galena (comp.), *Normatividad archivística*, México, AGN, 1997.
- HALBWACHS, Maurice, *Los marcos sociales de la memoria*, Barcelona, Antropos, 2004.
- HAMMAN, Brigitte, *Con Maximiliano en México. Del diario del príncipe Carl Khevenhüller, 1864-1867*, México, FCE, 1989.
- HANS, Albert, *El sitio de Querétaro: memorias de un oficial del emperador Maximiliano*, México, Jus, 1962.
- HOUVENAGHEL, Eugenia, *Alfonso Reyes y la historia de América. La argumentación del ensayo histórico: un análisis retórico*, México, FCE, 2003.
- IBARRA, Ana Carolina, "Entre la historia y la memoria. Memoria colectiva, identidad y experiencia. Discusiones recientes", en Maya Aguiluz Ibarra y Gilda Waldman M. (coords.), *Memorias (in)cógnitas. Contendidas en la historia*, México, UNAM, 2007.
- ILLADES, Carlos, *Nación, sociedad y utopía en el romanticismo mexicano*, México, Conaculta, 2005.
- ISLAS GARCÍA, Luis, *Miranón, caballero del infortunio*, México, Jus, 1957.
- JELIN, Elizabeth, *Los trabajos de la memoria*, Barcelona, Siglo XXI Editores, 2001.
- JIMÉNEZ RUEDA, Julio, *Letras mexicanas en el siglo XIX*, México, FCE, 1989.
- KHEVENHÜLLER, Carl, "Tres años en México: Memorias del príncipe Carl Khevenhüller-Metsch", en Brigitte Hamman, *Con Maximiliano en México. Del diario del príncipe Carl Khevenhüller, 1864-1867*, México, FCE, 1989.
- KÉRATRY, Emile de, *Elevación y caída del emperador Maximiliano, intervención francesa en México (1861-1867)* (trad. Hilarión Frías y Soto), México, Nabor Chávez, 1870.
- LARRAINZAR, Manuel, "Algunas ideas sobre la historia y la manera de escribir la de México", en Juan Ortega y Medina, *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, México, UNAM, 1970.



- LAUSBERG, Heinrich, *Manual de retórica literaria*, vol. 1, Madrid, Gredos, 1966-1968.
- LE GOFF, Jacques, *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, Barcelona, Paidós, 1991.
- LEÓN GARDUÑO, Ángela, *El proyecto de monarquía social durante el Segundo Imperio Mexicano (1864-1867)*, México, UNAM, 2017.
- LICEA, Vicente, *El sitio de Querétaro. Apuntes relativos a aquel episodio*, México, Buruceo Hnos., 1887.
- LLANO IBÁÑEZ, Ramón del (comp.), *Miradas sobre los últimos días de Maximiliano de Habsburgo en la afamada y levítica ciudad de Querétaro durante el sitio a las fuerzas del imperio en el año de 1867*, México, Porrúa/Universidad Autónoma de Querétaro, 2009.
- LÓPEZ EIRE, Antonio, *Esencia y objeto de la retórica*, México, UNAM, 1996.
- LOYOLA, Bernabé, *El sitio de Querétaro en 1867. Memorias íntimas, por el señor Bernabé Loyola*, Querétaro, Gobierno del Estado de Querétaro, 2009.
- LUNA ARGUDÍN, María, “La construcción de la historiografía liberal: construcción de saberes y los principios dominantes, 1822-1850”, en José Ronzón y Saúl Jerónimo Romero (coords.), *Reflexión en torno a la historiografía contemporánea*, México, UAM-A, 2002.
- , “La escritura de la historia y la tradición retórica (1834-1885)”, en Jorge Ruedas de la Serna *et al.*, *La tradición retórica en la poética y la historia*, México, UAM-A/Conacyt, 2004.
- , *Historiografía general del siglo XIX: constitución de saberes, principios dominantes y sus géneros de expresión*, México, Posgrado en Historiografía, UAM-A, 2008.
- MAESTRO, Jesús G., *Introducción al estudio de la literatura*, Vigo, Vicerrectorado de Investigación, 1997.
- MAGALLÓN IBARRA, Jorge Mario, *Proceso y ejecución vs. Fernando Maximiliano de Habsburgo*, México, UNAM, 2005.
- MAQUIAVELO, Nicolás, *El príncipe*, México, UACM, 2008.



- MÁRQUEZ, Leonardo, *Refutación hecha por el general de división Leonardo Márquez al libelo del general de brigada don Manuel Ramírez de Arellano*, Nueva York, 1869.
- MARTÍNEZ CARRIZALES, Leonardo, “La mentalidad retórica. Apuntes sobre la cultura letrada en México durante el siglo XIX”, en Leticia Algaba, *Las licencias del novelista y las máscaras del crítico*, México, UAM-A, 2008.
- MATEOS, Juan Antonio, *El Cerro de las Campanas, memorias de un guerrillero*, México, Porrúa, 1985.
- , *El sol de mayo, memorias de la intervención*, México, Porrúa, 1993.
- , *Memorias de un guerrillero*, Buenos Aires-México, Maucci Hermanos e Hijos, 1900.
- MAY, Georges, *La autobiografía*, México, FCE, 1982.
- MAYER, Edelmiro, *Campaña y guarnición. El ambiente republicano contra el imperio de Maximiliano*, México, Departamento del Distrito Federal, 1985.
- MEDINA BUSTOS, José Marcos, “Las memorias estadísticas en la primera mitad del siglo XIX: el caso del noreste mexicano”, en José Ronzón y Saúl Jerónimo Romero (coords.), *Formatos, géneros y discursos. Memoria del Segundo Encuentro de Historiografía*, México, UAM-A, 2000.
- MENDOZA GARCÍA, Jorge, *El conocimiento de la memoria colectiva*, México, UAT, 2004.
- MIER, Servando Teresa de, *Memoria política instructiva enviada desde Filadelfia en agosto de 1821 a los jefes independientes del Anáhuac, llamado por los españoles Nueva España*, Filadelfia, 1821.
- , *Memorias*, Madrid, Editorial América, 1917.
- MILLA, José, *Cuadros de costumbres. Selección*, Ciudad de Guatemala, Editorial Tierra Santa, 2002.
- MONSIVÁIS, Carlos, *A ustedes les consta, antología de la crónica en México*, México, ERA, 1993.
- MORA, José María Luis, *México y sus revoluciones*, México, Porrúa, 1950.



- MORENO, Daniel, *El sitio de Querétaro según protagonistas y testigos*, México, Porrúa, 1972.
- MORTARA GARAVELLI, Bice, *Manual de retórica*, Madrid, Cátedra, 1991.
- NEUMANN, Bernd, *La identidad personal: autonomía y sumisión*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1973.
- NORA, Pierre, *Entre memoria e historia: La problemática de los lugares*, París, Gallimar, 1984.
- O. ARCE, Francisco, *El sitio de Querétaro del 11 de marzo al 15 de mayo de 1867*, Querétaro, Gobierno del Estado de Querétaro, 2009.
- ORTEGA Y MEDINA, Juan A, “Prólogo”, en William H. Prescott, *Historia de la conquista en México*, México, Porrúa, 1970.
- , *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, México, UNAM, 1970.
- ORTIZ DE AYALA, Simón Tadeo, *Resumen de la estadística del Imperio Mexicano 1822*, México, UNAM, 1991.
- PADUA ARRANGOIZ, Francisco de, *México desde 1808 hasta 1867*, México, Porrúa, 1994.
- PANI, Erika, *Para mexicanizar el Segundo Imperio*, México, El Colegio de México, 2001.
- , *El Segundo Imperio*, México, FCE/CIDE, 2004.
- PAYNO, Manuel, *El fistol del diablo*, México, Selector, 2004.
- PAPPE, Silvia, “El concepto de principios dominantes en la historiografía crítica”, en Gustavo Leyva (coord.), *Política, identidad y narración*, México, UAM-I/Conacyt/Porrúa, 2003.
- PERELMAN, Chaïm, y Lucie OLBRECHTS-TYTECA, *Tratado de la argumentación* (trad. J. Sevilla Muñoz), Madrid, Gredos, 1994.
- PEZA, Ignacio de la, y Agustín PRADILLO, *Maximiliano y los últimos sucesos del imperio en Querétaro y México*, México, Ignacio Cumplido, 1870.
- PITNER, Ernest, *Maximilian's Lieutenant: A Personal History of the Mexican Campaign, 1864-1867*, Texas, I. B. Tauris, 1993.
- POLA, Ángel, “Entre los réprobos”, en Manuel Ramírez de Arellano, *Últimas horas del imperio*, México, F. Vázquez Editor, 1903.



- POLLACK, Michael, *Memoria, olvido, silencio. La producción de identidades frente a situaciones límite*, Buenos Aires, Ediciones al Margen, 2006.
- PRIETO, Guillermo, *Obras completas II. Cuadros de costumbres 1*, México, Conaculta, 1993.
- , *Obras completas III. Cuadros de costumbres 2*, México, Conaculta, 1993.
- , *Obras completas XXV. Periodismo político y social 5*, México, Conaculta, 1993.
- , *Memorias de mis tiempos*, México, Porrúa, 2004.
- QUINTILIANO DE CALAHORRA, *Obra completa* (trad. y ed. Alfonso Ortega Carmona), Salamanca, Universidad Pontificia, 2000.
- QUIRARTE, Martín, *Historiografía sobre el imperio de Maximiliano*, México, UNAM, 1993.
- RAMÍREZ DE ARELLANO, Manuel, *Últimas horas del imperio*, México, F. Vázquez Editor, 1903.
- RATZ, Konrad, “Nuevas investigaciones en torno a la estancia de Maximiliano en Querétaro”, en Patricia Galeana (comp.), *La definición del Estado mexicano 1857-1867*, México, AGN, 1999.
- , *Querétaro: fin del Segundo Imperio Mexicano*, México, Conaculta, 2005.
- , *Tras las huellas de un desconocido. Nuevos datos y aspectos de Maximiliano de Habsburgo*, México, Siglo XXI Editores, 2008.
- RICOEUR, Paul, *Historia y narrativa*, Barcelona, Paidós, 1999.
- , *La memoria, la historia, el olvido*, México, FCE, 2004.
- , *Tiempo y narración I*, México, Siglo XXI Editores, 2007.
- RIVA PALACIO, Vicente *et al.*, *El libro rojo*, México, Conaculta, 1989.
- , *Martín Garatuza. Memorias de los tiempos de la Inquisición*, México, Porrúa, 1998.
- , *Monja, casada, virgen y mártir*, en dos tomos, México, Porrúa, 2007.
- RIVERA CAMPAS, Manuel, *Historia de la intervención europea y norteamericana en México y del imperio de Maximiliano de Habsburgo*, tomo III, México, INEHRM/Gobierno del Estado de Puebla, 1987.



- RIVERA, Agustín, *Anales mexicanos: la reforma y el Segundo Imperio*, México, UNAM, 1994.
- ROCHA, Sóstenes, "Apuntes históricos sobre el sitio de Querétaro", en Daniel Moreno (comp.), *El sitio de Querétaro según protagonistas y testigos*, México, Porrúa, 1972.
- ROSA, Luis de la, "Utilidad de la literatura en México", en Jorge Ruedas de la Serna (coord.), *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*, México, UNAM, 1996.
- RUIZ PÉREZ, Armando, "Estudio previo", en Francisco O. Arce, *El sitio de Querétaro del 11 de marzo al 15 de mayo de 1867*, Querétaro, Gobierno del Estado de Querétaro, 2009.
- SALM SALM, Félix, *Mis memorias sobre Querétaro y Maximiliano*, México, Tomás F. Neve, 1869.
- SALM SALM, Inés de, "Querétaro. Apuntes del diario de la princesa Inés de Salm Salm", en Daniel Moreno (comp.), *El sitio de Querétaro según protagonistas y testigos*, México, Porrúa, 1972.
- SÁNCHEZ NAVARRO Y PEÓN, Carlos, *Miramón, el caudillo conservador*, México, Jus, 1949.
- SÁNCHEZ SANZ, José, *Retórica a Alejandro, de Anaxímedes de Lámpsaco*, Salamanca, Publicaciones de la Universidad de Salamanca, 1989.
- SARLO, Beatriz, *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*, México, Siglo XIX Editores, 2006.
- SIERRA O' REILLY, Justo, *Un año en el hospital de San Lázaro*, Mérida, Ediciones de la Universidad Autónoma de Yucatán, 1997.
- SPANG, Kurt, *Fundamentos de retórica*, Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra, 1984.
- TEIXIDOR, Felipe, "Prólogo", en Frances Erskine Inglis Calderón de la Barca, *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*, México, Porrúa, 2003.
- VIGIL, José M. y Juan B. HÍJAR Y HARO, *Ensayo histórico del ejército de occidente*, Guadalajara, Corresponsalía del Seminario de Cultura Mexicana Guadalajara, 1970



VILLALPANDO, José Manuel, *Maximiliano frente a sus jueces*, México, Escuela Libre de Derecho, 1993.

———, *Maximiliano*, México, Clío, 1999.

HEMEROGRÁFICAS

ABAD, José, “La virtù según Maquiavelo: significados y traducciones”, *Tonos. Revista de Estudios Filológicos*, núm. 15, junio de 2008, Universidad de Granada.

AGUILAR OCHOA, Arturo, “La influencia de los artistas viajeros en la litografía mexicana (1837-1849)”, *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, núm. 76, México, UNAM, 2000.

ALBALADEJO, Tomás, “Retórica, comunicación, interdiscursividad”, *Revista de Investigación Lingüística*, vol. VIII, 2005, Ediciones de la Universidad de Murcia.

CASTAÑARES, Wenceslao, “La prueba y la probabilidad retórica”, CIC. *Cuadernos de Información y Comunicación*, núm. 4, 1998/1999, Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense de Madrid.

MICHELÍ, Alfredo de, “Los inicios de la cardiología mexicana en los albores de la Academia Nacional de Medicina”, *Archivos de Cardiología Mexicana*, núm. 86, vol. 3, 2016.

MILÁN LÓPEZ, Juan Alfonso, “El discurso de las litografías que acompañaron a las novelas históricas de Mateos y Riva Palacio durante los primeros años de la República Restaurada (1868-1870)”, *Historia Mexicana*, vol. 72, núm. 1, 2022, El Colegio de México.

HARTOG, François, “El testigo y el historiador”, *Historia y Grafía*, núm. 18, 2002, México, UIA.

HERNÁNDEZ LÓPEZ, Conrado, “Querétaro en 1867 y la división en la historia (sobre una carta enviada por Silverio Ramírez a Tomás Mejía el 10 de abril de 1867)”, *Historia Mexicana*, vol. LVII, núm. 4, abril-junio, 2008, El Colegio de México.



- KIBÉDI VARGA, Aron, “Université et limites de la rhétorique”, *Rhetorica*, 2000.
- MEABE, Joaquín E., “Sócrates, Trasímaco y el argumento de la banda de ladrones”, *A parte Rei*, núm. 63, mayo 2009, Buenos Aires.
- RANERO CASTRO, Mayabel, “Mujeres viajeras”, *Ulúa Revista de Historia Sociedad y Cultura*, año 5, núm. 10, junio-diciembre de 2007, Universidad Veracruzana.
- RODRÍGUEZ, Dhyana A, “El secretario de Maximiliano”, *Relatos e Historias en México*, año VII, núm. 78, febrero de 2015.
- RODRÍGUEZ, Francisco, “El género autobiográfico y la construcción autorreferencial”, *Filología y Lingüística*, núm. 25, 2000, Universidad de Costa Rica.
- RUIZ DE LA CIERVA, María del Carmen, “Los géneros retóricos desde sus orígenes hasta la actualidad”, revista *Retórica*, núm. 0, marzo de 2008, Universidad de Beira.
- WILSON-BAREAU, Juliet, “Manet, Maximiliano y México II”, revista *Saber Ver. Lo contemporáneo del arte*, núm. 14, enero-febrero, México, 1994.

ARCHIVOS Y DOCUMENTOS

- GARCÍA DE LEÓN MELO, Olivia., *De historias contestatarias: el sitio de Querétaro y el fusilamiento de Maximiliano de Habsburgo a través de los escritos mexicanos y europeos de 1867 a 1869*. Tesis para obtener el grado en licenciatura en historia, UNAM, 2006.
- MEDINA BUSTOS, José Marcos, *Sonora, tierra en “guerra viva”: visiones sobre una sociedad de frontera (1822-1850). Un análisis historiográfico de cinco memorias estadísticas de la época de autores oriundos de la región*. Tesis para obtener el grado en maestría en historiografía de México, México, UAM-A, 1998.
- MORENO FLORES, Alfredo, *Horizontes que se cruzan: El cerro de las campanas y La historia de la guerra de Méjico*. Tesis para obtener el grado de maestro en historiografía, UAM-A, México, 2008.



NAVARRO HERNÁNDEZ, Marlén Paola, *Retrato de costumbres: la sociedad mexicana del siglo XIX en la narrativa de José Tomás de Cuéllar*. Tesis para obtener el título de licenciada en letras hispánicas, UAM-I, 2005.

RODRÍGUEZ HERRERA, Emilio, *Campeche e identidad en el discurso de la memoria*. Tesis para obtener el grado de maestro en historiografía, UAM-A, 2010.



**LA NARRATIVA TESTIMONIAL
SOBRE EL SITIO DE QUERÉTARO**

ESTRATEGIAS RETÓRICAS DE ACUSACIÓN Y VINDICACIÓN
SOBRE EL ÚLTIMO EPISODIO DEL IMPERIO

Alfonso Milán

Fue editado por el

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS
HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO.

Se terminó en la Ciudad de México en abril de 2023.

Uno de los acontecimientos de mayor trascendencia para el México decimonónico fue, sin lugar a duda, la Intervención Francesa y el Segundo Imperio. Tanto autores mexicanos como extranjeros han estudiado esta etapa desde distintas perspectivas, dichos estudios históricos han cavilado sobre numerosos temas como las ambiciones coloniales de Napoleón III, la aparente simpatía entre los actores del conservadurismo mexicano y la intervención francesa, la disputa militar entre republicanos e imperialistas, la lucha civil de Juárez y los liberales, la personalidad de los soberanos Maximiliano de Habsburgo y Carlota de Bélgica, las representaciones artísticas y culturales, entre otros tópicos. Como corolario hay una extensa producción historiográfica acerca de tan atrayente periodo.

El autor del presente libro, además de revisar los estudios históricos más destacados sobre el tema, hace para esta narrativa testimonial un ejercicio de análisis que busca interpretar los textos subyacentes en los testimonios de la época, así, pone en práctica un interesante análisis desde la retórica. Igualmente, la lectora o lector podrá acercarse a una sugerente disertación sobre la memoria y la memoria escrita durante el siglo XIX mexicano, así como adentrarse a las diferentes e interesantes visiones de ciertos actores que reflexionaron sobre el México del Segundo Imperio.

